

AÑO 26.

NUM. 303.

LA  
ESPAÑA MODERNA

---

Director: JOSÉ LÁZARO

---

MARZO 1914

---

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»

Calle López Hoyos, 6

MADRID

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

---

**Imp. y encuad. de Valentín Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.**

# GUIA DEL BUEN DECIR

## ESTUDIO DE LAS TRASGRESIONES GRAMATICALES MÁS COMUNES

---

### CAPÍTULO III

#### **Formación y uso de los diminutivos.**

111. Tratándose de bien decir, no hay asunto, así sea el más nimio, que no tenga alguna importancia. Hasta la formación y el uso de los diminutivos reclaman un momento de atención a quien quiera hablar y escribir con la corrección debida.

Hablar de diminutivos será, si se quiere, hablar de pequeñeces, y a ello voy; mas, pasen por alto estas hojas los partidarios de la licencia, los que no admiten sujeción alguna a los preceptos gramaticales, a las formas más correctas, a los moldes propios de la lengua culta y literaria; los que tienen por único credo y norma el darse a entender, inventando palabras o nuevos giros para salir del paso o tomando al azar cuanto barbarismo o cuanta híbrida construcción rueda por ahí, como si tuviera tanto valimiento el lenguaje correcto, que es verdadero exponente de cultura, como cualquier germanía que muestra muy a las claras la baja condición social de quien da en emplearla.

Los diminutivos, por lo mismo que son tan usados en el len-

guaje familiar, resultan con frecuencia caprichosamente constituidos y mucho se descuidan. La verdad es que de este abuso no resulta mayor mal, si no es el inconveniente de que ese mismo descuido y el consiguiente desaliño vaya trascendiendo al lenguaje culto y literario, el verdadero idioma nacional, que no debe apartarse de las buenas formas, las más propias y correctas.

Los diccionarios de uso más común como guía y medio de consulta para conocer el vocabulario, traen los vocablos propios del idioma, salvedad hecha de los muchos neologismos que andan en circulación como moneda corriente y de buen cuño, sin llegar a ser admitidos por la intransigente Acad.; pero los traen sin detallar todas las variaciones de que son susceptibles para indicar los distintos accidentes y los cambios de significado; y la razón de ser de tal omisión está en que la gramática se encarga de salvarla, dando, si no todos los ejemplos, por lo menos las explicaciones que son del caso. Así, en la formación de los diminutivos, desde que la gramática da todas las reglas pertinentes, con sus excepciones y casos especiales, claro está que holgaría en el léxico la ejemplificación circunstanciada, y de aquí que sólo se anoten los ejemplos que ofrecen alguna singularidad saliéndose de las reglas que son de aplicación general.

Débese reconocer que, en cuanto atañe a los diminutivos, las reglas dadas por la Gram. de la Acad. (últimas ediciones) son bastante acertadas: han sido debidamente inducidas de las formas usadas por los clásicos, las que privan a la vez en todos los buenos escritores modernos o contemporáneos. Las trasgresiones más comunes nacen del vulgo, y cunden y prosperan por mera ignorancia o descuido de las formas más correctas.

Y no se arguya que lo mismo se da a entender quien usa una forma correctamente castiza, como quien adopta las muy libres que se emplean a cada paso, y sin recato ni consideración alguna por la lengua misma, ya en el hogar o en cual-

quier parte, modificadas al solo impulso de la afectividad o de las pasiones. Como lo reconoce la misma Acad., «los aumentativos y diminutivos, tanto como los despectivos, son de suyo en nuestra lengua castellana voces afectivas, y ya expresan amor, cariño, inclinación, admiración, atención o respeto hacia las personas o cosas, ya la confianza con que las tratamos, ya la estimación en que las tenemos, ya la indiferencia, el desdén o el desprecio que nos inspiran». Y desde que fácil, muy fácil, nos será encontrar en nuestro idioma, sin tener que recurrir a perífrasis, inflexiones para expresar con seguridad y acierto todos estos matices de la afectividad y cuantos se quieran, ¿a qué caer en infracción o ir en busca de nuevas formas, que para muchos resultarán hasta oscuras?...

112. No hay lengua alguna, cuya flexibilidad permita tantas y tan útiles variaciones para expresar los distintos grados de significación como la nuestra; contamos 32 desinencias, en el masc. singular solamente, para formar los diminutivos, y ni el mismo italiano aventaja tan exuberante riqueza desinencial, patrimonio de que mucho puede gloriarse el castellano, porque importa un adelantado proceso evolutivo. Es, por tanto, de todo punto imperdonable que haya quienes echen en olvido esta excelencia de nuestra habla incomparable y adopten la pobreza desinencial del francés al decir «PEQUEÑO NIÑO», «PEQUEÑA ALDEA», «PEQUEÑA ESTATUA», «PEQUEÑO RATO», etc., donde corresponde decir *niñito*, *aldehuela* o *aldeilla*, *estatuita*, *ratito*, etc.

113. Los nombres de personas que, dada su condición de nombres propios, podrían parecer refractarios a los accidentes gramaticales, a los cambios desinenciales, tratándose de los diminutivos, resultan de una volubilidad pasmosa. Haya varias *Dolores* en una casa, y se oirá nombrar a *Dolorcitas*, *Lola*, *Lolita*, y ya son muchas *Dolores* para caber en la misma familia; pero así las hubiera y apareciese otra más pequeña, y nada costaría crear un nuevo diminutivo, aunque resultara un empalagoso archidiminutivo, ya fuera éste: *LOLITICA*, que por ser lar-

go acabaría por quedar en LOLI o en TICA; o ya cualquier otro. De igual manera, pasando al otro sexo, tendremos que en casa donde haya muchos *Franciscos*, se oirá nombrar a *Francisquito*, *Francisquillo*, *Frasquito*, *Farruco*, *Frascuero*, *Pancho*, *Paco*, *Panchito*, *Paquito*, y allá por España todavía resultaría corta esta enumeración, porque anda también en boga el llamar *Curro*, *Currito* y *Quico* a los *Franciscos*, ya para achicarlos, ya por mero mote afectivo. La verdad es que los nombres propios poco se cuidan de las formaciones gramaticales; pero lo que de veras choca es oír llamar *Panchito* o *Paquito*, diminutivos de diminutivos, a un grandillón que mejor estaría para ser llamado *Franciscote*. En este punto me limitaré a indicar a los que dicen JUANCITO, que más propio y correcto es decir *Juanito*, y prueba de ello es que nadie tendrá la mala ocurrencia de decir JUANCITA por *Juanita*; las terminaciones que rechazo, tratándose de Juan o Juana, son las que corresponden para formar los diminutivos de Ramón o Ramona: *Ramoncito* o *Ramoncita*.

114. Los participios no escapan a la desinencia diminutiva, tanto más si están usados como nombres sustantivos; se encontrará en el *Quijote*, entre otros ejemplos del mismo tenor, el siguiente, del capítulo X (2.<sup>a</sup> parte): «Haciéndose algún tanto atrás, tomó una *corridica*, y puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina, dió con su cuerpo, más ligero que un halcón, sobre la albarda.»

En las cartas de algunos enamorados platónicos es donde superabundan los participios diminutivos y donde se colma la medida de los nombres y calificativos endulzados hasta hacerlos empalagosos; aun antes de entrar al cuerpo de la misiva, en el tratamiento inicial, se leerán los *queridita*, *queridito*, *pi-choncita*, *ricurita*, *vidita*, *negrita*, *rubita*... y tantos *itas*, que de seguir contando resultaría algo así como una mermelada gramatical o lexicológica.

Quien pueda abrigar dudas sobre la aplicación del incremento diminutivo a los gerundios, recuerde que muchos, *ca-*

*llandico* o *callandito*, pueden hacer grandes cosas... o pequeñas. Vaya un ejemplo: «¿No ven aquel moro que *callandico* y pasito a paso, puesto el dedo en la boca, se llega por las espaldas de Melisendra?» (*Quijote*, 2.<sup>a</sup> parte, cap. XXVI.)

115. Hasta a los adverbios y otras partes invariables de la oración se les conceden los cambios desinenciales o de terminación propios de los diminutivos; y a esta tendencia la vemos muy palpable en nuestros hombres de campo, más por razón de afectividad que por dar idea de disminución: quien, una vez salido de los centros urbanos, pregunte por un paraje cualquiera y su dirección, verá a su guía o interlocutor extender el brazo, apuntar con el índice y decir «ALLICITO es»; y el tal ALLICITO, que a cualquiera poco versado en achaques de campaña haría pensar en un *allí* muy reducido, en una distancia pequeña, insignificante... resulta de dos o tres leguas, si no es de diez o veinte. Menos mal que esto quede como rezagos de nuestras pampas, donde no hay distancia que sea larga para el hombre que vive a caballo; pero, es el caso que otros, si no tan anómalos, no por eso menos originales ni menos inútiles, a las veces se enseñorean en plena ciudad y en gente cultísima. Y no es sólo de argentinos tanta afición a los *itos* e *itas* hasta en adverbios; así lo muestra este ejemplo de L. Alas, citado por Amunátegui Reyes en *Mis pasatiempos*: «Adiosito, ahorita vuelvo.» (*La Regenta*, tomo I, cap. V.) *Apenitas*, *arribita*, *bastantito*, *cerquita*, *despacito*, *juntito*, *lejitos*, *lejillos*, *lejuelos*, *ligerito*, *poquito*, *poquillo*, *poquitito*, *poquitillo*, *poquitico*, *prontito*, *quedito* y *tempranito*, son los adverbios en grado diminutivo de uso más corriente.

116. Hay diminutivos que sólo tienen de tales la desinencia, es decir, diminutivos que no indican *diminución* (sea esto dicho con perdón de Valbuena (D. Miguel de Escalada), que reclama a la Academia, en su *Fe de Erratas*, la *s* suprimida en la primera sílaba), como lo anota y estudia concienzudamente Benot en su obra *Errores en materia de educación* y como lo corrobora el mismo ilustrado autor en la *Arquitect-*

*tura de las Lenguas*, donde agrega algunos párrafos tomados a los *Tiquismiquis gramaticales* de A. Sánchez Pérez, párrafos que terminan con lo siguiente: «Carreras que duran sólo un par de *añitos* (cada uno de doce meses, por supuesto); trabajos que están concluídos dentro de un *mescito*; dolencias para las cuales será preciso tomar dos *docenitas* de píldoras; personas que quieren ser en todo las *primeritas*; funciones en que se reúne lo más *principalito* del pueblo; empleados que solicitan licencia para descansar una *semanita*; vacaciones que duran solamente tres *mescillos*; familias que viven con escaso sueldo y no salen de su *arreglito*, que suele ser arreglo muy grande, y tantos otros ejemplos que podría aducir y aduciría si no temiera hacerme *empalagosito*, que es mucho más molesto que ser solamente *empalagoso*... prueban que los diminutivos no disminuyen.»

Es indudable que la significación dada a las palabras por el incremento diminutivo, casi nunca es exclusivamente de pequeñez; va generalmente asociada, en los llamados diminutivos *de perfección*, a ideas de cariño, suavidad, delicadeza, dulzura, fineza, intimidad, confianza, amabilidad, regocijo, ironía, etc. Los diminutivos denominados *de imperfección*, conocidos comúnmente por despectivos o despreciativos, tienen a veces las mismas terminaciones *uelo* y *ete* propias de los verdaderos diminutivos, y además *uza*, *ucho*, *ucha*, *uco*, *aco*, etc., viniendo en su significación a añadir a la idea de pequeñez las de imperfección, debilidad, pobreza, miseria, fealdad, extravagancia, ridiculez, bajeza, etc.

117. Es curioso y digno de observarse el predominio de la *i* en las desinencias diminutivas, predominio que nos viene del griego y aun más del latín; ya Platón tuvo oportunidad de hacer notar que la *i* se prestaba para expresar las cosas diminutas, delicadas o débiles. Como acertadamente lo dice Monlau en los *Rudimentos de Etimología* que preceden a su *Dic. Etimológico*, «la *i* y la *e*, sonidos intermedios entre la *a* y la *o*, son las vocales que más sirven para la connotación diminu-



tiva, así como la *o* y la *a* son las más adecuadas para la connotación aumentativa».

La mayoría de las desinencias diminutivas hanse elaborado en la época del romance, que se reveló admirablemente predispuesto para la adopción de estas inflexiones, tomándose en gran parte del latín, algunas del griego, del provenzal y del italiano; otras han llegado al castellano proviniendo directamente de provincialismos españoles, como sucede con el incremento *in* (de *calabacín*, *cebollín*, *baldosín*, *calcetín*, *espolín*, *chiquitín*, etc.), netamente asturiano.

A propósito de este *chiquitín*, que acabo de citar, se me ocurre hacer presente que es miembro de numerosa familia, tan numerosa que bastaría ella sola para dar idea de la exuberante floración diminutiva que enriquece al castellano: *chico*, que de suyo es un diminutivo, tiene para acrecentamiento de esta condición, contando en el masc. solamente, a *chiquito*, *chiquillo*, *chicuelo*, *chicuelito* (no consta en los diccionarios, pero es de uso muy común en la Argentina), *chiquitín*, *chiquilín*, *chiquilincito* (olvidado también por los diccionarios, pero muy usado en la Argentina), *chiquitito*, *chiquitico*, *chiquitillo*, *chicorrotico*, *chicorrotito*, *chicorrotillo*, *chicorrotín*, *rechiquito*, *rechiquillo*, *rechiquitito*, *rechiquitico*, *rechiquitillo*, *chiquirritico*, *chiquirritillo*, *chiquirritito*, *chiquirritín*... y todavía no faltan quienes pongan en circulación a CHIRRIQUITÍN, CHIRRIQUITITO, CHIRRIQUITILLO y CHIRRIQUITICO; después de tanto diminutivo, la verdad es que no resultan necesarias estas metátesis; pero, aparece *chiquirritico* puesto en letras de molde por F. Caballero (*Dicha y suerte*, cap. IV), según anota Cuervo en sus *Apuntaciones*, y aunque no haya descollado como hablista la escritora que usó este pseudónimo, la figura queda ya autorizada. Los argentinos derivamos de estos diminutivos *chiquilinada* (igual a *chiquillada*) y *chiquitura*.

118. Agréguese en buena hora nuevas derivaciones si han de expresar novedosos matices, nuevas graduaciones en la significación de las palabras, si han de ser ellas útiles, necesarias

y de uso culto, y no habrá motivos para rechazarlas como deficientes o espurias; mas han de desecharse las formas incorrectas que medran en el vulgo amparadas por el descuido y la ignorancia, con detrimento de las muy castizas que tienen la autoridad que concede el buen uso y la sanción que otorgan las reglas gramaticales.

Tenemos superabundancia de desinencias, múltiples variaciones para expresar los diminutivos. ¿Para qué estropearlos, entonces? ¿Para qué ir en busca de otras formas que nada agregarían si no es incorrección?

119. Como no es mi intento profundizar la naturaleza íntima de los diminutivos, su significación, su alcance, ni sus etimologías, sino estudiar la manera de constituirlos y tender a corregir las muchas formas, ya deficientes, ya erróneas, que corren por ahí enturbiando el caudal puro de la lengua, entraré derechamente a considerar las trasgresiones de esta índole que son más comunes.

120. En ocasiones, el error resulta simple cuestión de ortografía; así, en los *Trozos selectos* de Cosson, que, quién más, quién menos, casi todas cuantas personas han cursado entre nosotros los grados superiores de la escuela primaria o los cursos de escuelas normales y colegios nacionales, habrán tenido ocasión de hojear y releer, vemos estampado en las nociones de literatura preceptiva por Pelissier, que preceden a los trozos escogidos del primer tomo el diminutivo TROZITO; y no puede tratarse de un simple error de imprenta, porque persiste la misma falta en todas las ediciones (que llegan hoy a la 13.<sup>a</sup>) corregidas por un distinguido hombre de letras; para admitir semejante ortografía, tendríamos que escribir también MOZITO, POZITO, LUZECITA, VOZECITA, etc.; pero bien sabido está que el castellano ha conmutado la z en c, toda vez que sigue e o i, en la formación de voces derivadas, plurales, etc.; y hasta vemos igual sustitución en palabras primitivas donde es letra inicial; así, ZÉFIRO, ZELO, ZENIT, ZEQUÍ, ZEDILLA, ZINC, etc., se convierten hoy en céfiro, celo, cenit, cequí, cedilla, cinc, etc. La

Gram. de la Lengua sólo ha tenido oportunidad de informar sobre esta mutación al reglamentar la formación de los plurales en el caso de las palabras terminadas en *z*. Sépase, pues, que *trozo* tiene los diminutivos *trocito*, *trocillo*, *trocico*, y, conservando la *z*, resulta admisible solamente *trozuelo*.

121. Caen en imperdonable yerro ortográfico los que suprimen la *h* del aditamiento *huelo*, *huela*, que corresponde especialmente a nombres y adjetivos terminados en *ea*, *ia*, o *ío*, con la penúltima vocal acentuada. Se escribirá *aldehuela*, *correhuela*, *fehuela*, *judihuela*, *lamprehuela*, *picardihuela*, *Andrehuela*, *Lucihuela*, *Marihuela*, *Matihuelas*, etc., diminutivos de *aldea*, *correa*, *fea*, *judía*, *lamprea*, *picardía*, *Andrea*, *Lucía*, *María*, *Matías*, etc. Ahora bien; contarse debe que estas voces, como lo advierte Clemencín en sus comentarios sobre el *Quijote* (Nota al Cap. XLVI, 1.<sup>a</sup> parte), pueden formar sus diminutivos con otras desinencias; son, por tanto, de recibo *aldeíta*, *aldeilla*, *lampreíta*, *feíta*, etc. Y ya que de advertir se trata, pondré aquí que *FRIHUELO*, con *h* y sin ella queda mal, pues a las palabras bisílabas terminadas en *ío* convienen, de acuerdo con la reglamentación académica, los aditamentos *ecito*, *ecillo*, *ecico*, *ezuelo*, *ichuelo* o *achuelo*; de modo que los diminutivos correctos de *frío* serán *friecito*, *friecillo*, *friecico*, *friezuelo*; y aten estos cabos los que dicen *FRIÍTO*, *FRIÍLLO*.

122. Monlau (*Dic. Etim.*) y otros autores citan como únicos diminutivos de *arroyo* las formas *arroyuelo*, *arroico*, *arroíto*; estas dos últimas voces parecen formadas en nuestras provincias cuyanas, donde la *y* (y también la *ll*) adquiere siempre el sonido de *i*, y claro está que se impone su omisión, desde que tan disonante resultaría el decir *ARROÍCO*, *ARROÍTO*; pero los que no son cuyanos, cuantos dan a la *y* consonante su sonido de palabra fricativa, encontrarán en *arroyito* un diminutivo irreprochable, que tiene recibida la sanción del buen uso literario, como lo indican estos ejemplos: «y luego se concluye con seguidillas de la tempestad, el canario, la pastorcita y el *arroyito*». (L. Moratín. *La Comedia nueva*, Acto I, escena III.)

«Un *arroyito* que corre puro,  
Acariciando con sus cristales  
La madreSelva que escala el muro.»

(V. Riva Palacio. *Idilio*.)

123. El diminutivo de *cabra* es *cabrito*, a:

«Si en tu honor un *cabrito*  
Inmolo cada año.»

(J. de Burgos. *A Fauno*, traduc. de las Odas de Horacio);

y *cabrito* o *cabrita* forma a su vez el diminutivo de diminutivo *cabritillo* o *cabritilla*:

«Un tierno *cabritillo*  
Te inmolaré mañana.»

(J. de Burgos. *A la fuente de Blandusia*, trad. de H.)

Toma valor específico este diminutivo de diminutivo al designar el cuero que tanto se usa y se menta, que es *cabritilla* y no CABRETILLA, como dicen muchos, cayendo en imperdonable barbarismo; ocurre en esta voz un caso de desimilación (cambio de *i-i* en *e-i*) que es común en el habla popular de los americanos y aun en muchos españoles; mas tiene que chocar en personas cultas este CABRETILLA, como chocan DESIMULAR, MELITAR, POLECÍA, etc. (Véase Cuervo. *Apunt.*, pág 551.)

124. Establece la Academia (*Gram.*, Cap. III) que «*prado*, *llano* y *mano* hacen *pradecillo* y *pradillo*, *llanecito* y *llanito*, *manecita* y *manita*». No faltarán autoridades para robustecer este dictamen de la docta Corporación. Los dos diminutivos que se asignan a *prado* están en el *Quijote*: *pradecillo*, en los capítulos XX y XXIV de la 1.<sup>a</sup> parte, y *pradillo*, en el capítulo LVIII de la 2.<sup>a</sup> parte, y los diccionarios de Salvá, Barcia y Monlau anotan *pradecillo*, *pradico*, *pradillo* y *pradito*. Estos mismos diccionarios sólo traen *llanito*, *llanillo* y *llanico*; en la Argentina se usa casi exclusivamente el primero de estos diminutivos, como que siempre da preferencia nuestra ha-

bla popular a las terminaciones *ito, ita*. Por lo que respecta a los diminutivos de *mano*, cúmpleme reconocer que las formas presentadas por la Academia, *manecita* y *manita*, prevalecieron en los clásicos, y hasta hoy siguen prevaleciendo en los mejores escritores de la madre patria; y vayan estas muestras de D.<sup>a</sup> Emilia Pardo Bazán: «Sus *manecitas* flacas alcanzaban para cumplir la tarea.» «Se enguantaba Cipriana las *manitas*, pero no hacía caso» (*El Pañuelo, Lec. de Literatura*); pero contar debo que para los argentinos parece que no existiera otra *manita* que el azucarado purgante que se expende en las boticas (del francés *mannite*, para algunos etimólogos; diminutivo de *mana*, que se dice por *maná*, a mi ver); el diminutivo de *mano*, más popular por estas tierras y por otras (Colombia entre ellas), es MANITO, mal que pese a diccionarios y gramáticas; y métase uno a enmendar esta voz después de la nombradía que llegó a obtener entre nuestros escolares, a pesar de su efímera existencia, el «Club de la MANITO», creado bajo los auspicios del importante diario *La Nación*; en *Stella*, novela de la distinguida escritora D.<sup>a</sup> Emma de la B. de Llanos (César Duayen), se lee: «... y unas MANITOS flacas y largas» (pág. 14). No se anda por acá con mejor suerte el diminutivo *manilla*, que hemos sustituido, en sus dos acepciones más comunes, por «pulsera» y por «esposa».

125. Reclamo para *campo* las mismas prerrogativas que concede la Acad. a los tres nombres que acabo de considerar. El diminutivo CAMPITO es muy común en la Argentina; podrá resultar inusitado en España, ya que todos los léxicos y gramáticas sólo traen *campecito, co, -llo*, pero no disiente con las reglas más generales en la formación de diminutivos y la misma Acad., en las primeras ediciones de su Léxico trajo al diminutivo *campillo*; tiene, por otra parte, tantos puntos de semejanza *campo* con *prado* y *llano*, que bien puede ponerseles a la par aunque rabien los señores académicos. Mayor libertad que la que yo me tomo es la que se permitió Cervantes, cuando escribió: «Tomó un TROTILLO algo picadillo» (*Quijote*,

1.ª parte, cap. XV), ejemplo de donde habrá tomado pie Salvá, y mucho antes que Salvá la Acad. misma (véase la 3.ª edición del Léx.), para dar a *trote* este diminutivo, siendo que más propios y preferibles en todo sentido son *trotecito*, *-co*, *-llo*, pues a todas las voces bisílabas terminadas en *e* se adapta perfectamente el incremento *cito*, *cico*, *cillo*, *zuelo*; y pongan mientes en esto los que dicen BROTITO, cuando corresponde decir *brotecillo*, como puso Pérez Galdós en el cap. XIX de *Marianela*, o *brotecito*, *brotecico*, *brotezuelo*; BROTITO podría ser diminutivo de *broto*, voz arcaica, reemplazada hoy por *brote*.

126. Y habríase de admitir, en la voz *obra*, derecho a formar también de dos maneras sus diminutivos, sea cambiando la *a* por el aditamento *ecilla*, *ecita*, *ecica*, *ezuelo*, o por *ita*, *illa*, desde que el muy erudito académico D. M. M. Pelayo sienta, en su introducción a los *Poetas líricos* (primer tomo, página 297), la casticidad de *obrecilla* y *obrilla*, dando en tachar como anticuado sólo a OBRESILLA; rara ortografía que se deberá seguramente a la indiferencia que antaño reinó en el uso de algunas letras de sonido semejante (*b* y *v*, *s* y *c*), como que la misma causa habrá originado a CAMPESITO, único diminutivo de *campo* que tuvo cabida en las primeras ediciones del léxico académico; Monlau trae como corrientes los diminutivos *obrecilla*, *-ca*, *-ta*, *obrilla* y *obrita*; pero Barcia y Salvá, en sus diccionarios, dan como anticuadas las tres primeras. Por acá sólo recuerdo haber visto *obrecilla* en *Notas al Castellano*, de Monner Sans, y en alguna otra producción; *obrita* es la forma diminutiva que más se ve y oye por estos mundos.

127. Prosiguiendo con el estudio de otras voces que admiten dos formaciones distintas para expresar sus diminutivos, llego a *jardín*, que puede tomar la terminación *cito*, *cico*, *cillo*, según muestran estos versos de J. de Dios Peza:

«Han crecido en los bordes de la fuente  
Que tiene el *jardincillo* de la hacienda.»

(*Las Bodas*);

y este pasaje de D.<sup>a</sup> E. Pardo Bazán: «Cada casa de obreros es independiente, alegre, higiénica, y posee un *jardincito*.» (Crónica de España, *La Nación* de Marzo 31 de 1911); o puede agregar simplemente *ico*, *ito*, *illo*, que *jardinico*, *jardinito*, *jardinillo* están autorizados por la Acad., Salvá y otros autores. En la misma cuenta pueden ser colocados *altar* (*altarcito*, *altarito*, etc.); *pilar* (*pilarcito*, *pilarito*, etc.); *jazmín* (*jazmincito*, *jazminito*, etc.); *sartén* (*sartencito*, *sartenito*, etc.); y también pueden entrar en esta lista *almacén* y *alfiler*; pues aunque la Acad. sólo autoriza las formas *almacenillo* y *alfilerito*, ALMACENCITO y ALFILERCITO, andan muy puestos en razón por estos pueblos, y no dejan de tener derecho para ello, desde que se ajustan a la regla general que corresponde a las voces agudas bisílabas terminadas en *n* o *r*; *alfilerillo*, único diminutivo de *alfiler* que cita Barcia (*Dic. Etim.*), sólo se oye aquí en la designación de algunas variedades del género *erodium* (familia de las geraniáceas), abundantes en la Argentina y en otros países de América.

128. Gramáticas y léxicos asignan a *papá* y *mamá*, como únicos diminutivos, *papaíto* y *mamáita*, respectivamente; tócame dejar constancia de que más comunes son en nuestra habla familiar los diminutivos PAPACITO y PAPITO, MAMACITÁ y MAMITA. Así habla, p. ej., el nieto de Moreira cuando ya había alcanzado alguna instrucción: «Era un alma amante la de *mamita*» (Roberto J. Payró. *Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira*, cap. X.)

129. Aunque la Acad. reclama para todos los bisílabos cuya segunda sílaba es el diptongo *ua* el incremento *ecito*, *ecillo*, *ecico*, *ezuelo*, dando como ejemplo la voz *lengua* (*lengüecita*, *lengüecilla*, *lengüecica*, *lengüezuela*) y, como excepciones, *agua* (*agüita*) y *pascua* (*pascuita*), pienso que bien podría invertirse la regla, puesto que, si a contar nos ponemos, más serán las excepciones que los ejemplos; hasta el último ejemplo aducido mejor se acomoda, por la Argentina al menos, a la excepción que a la regla; y tanto es así, que raro será oír lla-

E. M.—Marzo 1914.

mar *lengüecitas*, v. gr., a las tan conocidas como apetitosas «*lengüitas* de carnero» que se expenden conservadas en latas; prestando oído atento, y sin prevenciones, forzoso será reconocer que más eufónica resulta nuestra *lengüita* que la *lengüezuela* de la Acad. *Yegua*, otro ejemplo que podría presentarse, hace *yegüecita*, -ca, -lla, *yegüezuela* y, según Barcia (Dic. Etim.), *yegüita*, que es el diminutivo preponderante en este país. En los diminutivos de *fragua* mal podrá disonar FRAGÜITA, desde que *agua* admite *agüita*; y por lo que toca a *legua*, *mengua*, *recua*, *tregua*, y algún otro ejemplo que acude a mi mente, nada argüiré, ya que raramente tomarán grado diminutivo.

130. EN DIOSITO, FLORCITA, PANCITO, REICITO O REYCITO, SOLCITO, TULCITO, TRENCITO, diminutivos de uso tan común en la Argentina, hay una síncopa que no está autorizada por los mejores hablistas y escritores, verdaderas autoridades en materia de bien decir; lo propio y correcto es que, conforme lo sienta la Acad., los monosílabos acabados en consonante, incluso la *y*, agreguen los incrementos *ecito*, *ecillo*, *ecico*, *ezuelo*; quien no quiera caer en infracción gramatical, deberá decir y escribir: *diosecito*, -co, -llo, *diosezuelo* (dim. de *dios*); *florequita*, -ca, -lla, *florezuela*, (dim. de *flor*); *panecito*, -co, -llo, *panezuelo* (dim. de *pan*); *reyecito*, -co, -llo, *reyezuelo*, *régulo* (dim. de *rey*); *solecito*, -co, -llo, *solezuelo* (dim. de *sol*); *tulecito*, -co, -llo (dim. de *tul*); *trencito*, -co, -llo (dim. de *tren*); etc. Siguiendo la norma establecida por los que dicen FLORCITA, PANCITO, etc., habríase de formar el diminutivo de *son* diciendo SONCITO, y si se oye esta voz es como diminutivo de *zonzo* (la ortografía correcta pide *zoncito*, pero sabido es que los americanos poco nos cuidamos de distinguir la pronunciación de las dentales *s*, *c* y *z*); *sal* daría SALCITA, que se confunde con *salsita*, diminutivo de *salsa*. Tampoco se acomodan a la síncopa que impone nuestro vulgo los monosílabos acabados en *d*, *s* (con excepción de *dios*) y *z*, pues lo corriente aquí, como en todos los pueblos de habla castellana, es que se diga *redecita*, -ca, -lla (dims. de *red*); *mesequito*, -co, -llo (dims. de *mes*); *tosecita*, -ca, -lla (dims. de *tos*); *cru-*



*cecita, -ca, -lla* (dims. de *cruz*); *lucecita, -ca, -lla* (dims. de *luz*); *hacecito, -co, -llo* (dims. de *haz*); *pececito, -co, -llo* (dims. de *pez*); *vocecita, -ca, -lla* (dims. de *voz*); etc. Bien quisiera librar a nuestros populares diminutivos (los que suprimen la *e* del incremento) de la tacha de incorrección que obligado me veo a ponerles; mas la verdad es que resulta difícil, si no imposible, aportar en su defensa citas de correctos escritores y hablistas capaces de darles la autorización que ha concedido la Acad. a *ruincillo*, p. ej., y a los nombres propios *Blasillo*, *Gilito*, *Juanito*, *Luisito*, que también hacen excepción a la regla; es cierto que escribió el ilustre Sarmiento, en sus *Recuerdos de Provincia*: «Fui relevado de la guardia y llamado a la presencia del coronel del ejército de Chile, D. Manuel Quiroga, gobernador de San Juan, que a la sazón tomaba el solcito, sentado en el patio de la casa de gobierno» (cap. IV, La vida pública); y están en el *Fausto*, poema gauchesco de Estanislao del Campo, estos versos:

«A veces con viento en LA ANCA  
Y con la vela al SOLCITO»;

pero notorio es que el mérito de la obra literaria de Sarmiento no está en la pureza de su dicción, y es de suponer que ninguno tendrá la peregrina ocurrencia de presentar el lenguaje del *Fausto* como modelo de buen decir, que ahí no más, a la par de SOLCITO, léese LA ANCA, locución viciosa, que choca por el hiato y por el número gramatical en que está puesta; y aun cuando por acaso se hallare algún SOLCITO o alguna FLORCITA en nuestros más atildados escritores, será caso de argüir que una golondrina no hace verano. Es, en cambio, fácil, muy fácil, dar con ejemplos que confirmen la regla académica; he aquí algunos que pueden contraponerse a FLORCITA, diminutivo que han desechado Bello (*Gram.*), Amunátegui Reyes (*Mis pasatiempos*) y otros gramáticos y filólogos: «las *floreillas* de los campos se descollaban y erguían» (*Quijote*, II, XXXV);

«Al primer airecico de persecución se pierden estas *floreccicas*»  
(Santa Teresa, *Camino de la perfección*, parte 1.<sup>a</sup>, cap. 28):

«Y su dorado pelo  
Orne de *floreccillas*»

(J. M. Valdés. *Egloga*);

«Quedaban *floreccillas* y yerbezuelas  
Sus cuellos adornados de arandelas»

(Oña. *Arauco domado*, Canto IX);

«Vió una mansa *floreccilla*  
Entre la yerba menuda»

(José Selgas. *La modestia*);

«El suelo requebrado, seco, yerto,  
De *floreccillas* frescas y olorosas  
Con su soplo vital dejó cubierto»

(J. J. Pesado. *Visión del juicio final*).

Pérez Galdós escribió *floreccilla* en *Marianela* (Cap. VIII).  
Para mostrar que está fuera de quicio nuestro vulgar *reicito*,  
bastarán estos ejemplos:

«Y la soberbia que injuriaba al cielo  
Se postraba al maldito *reyezuelo*»

(Rufo. *La Austríada*, C. III);

«Y alzó el *reyecillo* la blanca bandera»

(Marqués de la Pezuela. *Don Juan de Austria en Cadiar*).

131. Los monosílabos terminados en vocal toman, según la Academia, el incremento *cecito*, *cecillo*, *cecico*, *cezuelo*. Pongan mientes en esta regla los que dicen, por acá y por otras partes de la vasta Hispania, *piecito*. Defiende este popular diminutivo mi estimado colega, el estudioso profesor Ramón C. Carriegos (*Minucias gramaticales*, pág. 197), citando como ejemplo fehaciente el que se lee en estos versos del académico argentino Rafael Obligado:

«Cuando aquellos PIECITOS voladores  
No podían llegar hasta las flores»

(*Las quintas de mis tiempos.*)

Este mismo PIECITOS puede leerse en *Stella*, bellísima novela de D.<sup>a</sup> Emma de la Barra de Llanos (César Duayen) y en otras obras de autores argentinos, lo que no quita su mayor corrección a las formas *piececito, llo, -co, piecezuelo*, que traen los léxicos y gramáticas, y que impera en los mejores literatos del habla castellana. Y no se crea que este PIECITO es novedad de los argentinos: merodea en Chile (véase *Mis pasatiempos* de M. L. Amunátegui Reyes), anda por Colombia (*Apuntes* de Cuervo, pág. 591), y se habrá ido también al otro lado del Istmo de Panamá, desde que figura entre los barbarismos del *Diccionario* de Gagini; presumo que ha venido de España y que no ha de ser muy nuevecito. *Piecillo*, de igual formación, está anotado como arcaísmo en el viejo *Diccionario* de Salvá, y la clave de tal anotación la tenemos en la *Gramática* de este autor, cap. de los diminutivos, donde se cita la misma voz por el solo hecho de constar en la introducción del *Símbolo de la fe* (1.<sup>a</sup> parte, cap. 20) del P. Granada; y es el caso que el pasaje donde figura este diminutivo: «No tienen necesidad (las abejas) de regla ni de plomada, ni de otros instrumentos, más que su boquilla y sus *piececillos* tan delicados», aparece transcrito por Garcés en su obra *Fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana*, tal cual lo inserto; esto dice claramente que bien puede ser simple error de imprenta aquel *piecillo*, y, por tanto, ficticio, completamente infundado, el valor literario que ha podido gozar. Error de imprenta ha de ser también, sin duda alguna, un PIESECILLOS que se lee en una edición de *Azorín*, novela de Pérez Galdós, pues dado que no se agrega el incremento a los plurales, lo correcto será *pie-cecillos* y no PIES-ECILLOS.

Y a fe que esta regla de los monosílabos terminados en vocal resulta algo frágil, porque *té*, otro de los pocos ejemplos

que pueden contarse, circula mucho por estos mundos sin la sílaba *ce* reglamentaria; tantos han de ser los que dicen *tececito, -llo, -co, tecezuelo*, como exigen la Acad., y el decir más correcto, como los que abrevian el vocablo diciendo o estampando **TECITO**.

132. La abundancia de *chinas* y *chinitas* habrá dado nombre a una estación de F. C. O. de la provincia de Buenos Aires, la estación «PIEDRITAS»; y no se largue allá en busca de niñeras o mucamas quien ande falto de servicio doméstico, porque se va a dar un chasco soberano. Esas *chinas* que miento son *pedrecitas*, y no «criadas o muchachas de servicio», acepción ésta que hemos tomado al quichua *china* y que hacemos extensiva a toda mujer de color algo cobrizo, mayormente si es de plebeya condición. No estará demás advertir que las frases figuradas, corrientes en España, «tocarle a uno *la china*» y «tropezar con una *china*», que equivalen a decir, respectivamente y sin malicia alguna, «tocarle a uno la suerte» y «detenerse en cosas de poca importancia», resultan aquí escabrosas, sólo podrían usarse con picaresco sentido. Conste, por tanto, que unas son las *chinas* de la madre patria, y otras, muy distintas, las de América; para designar toda «piedra pequeña», *china* o guijarro, sólo emplea nuestro vulgo la voz **PIEDRITA**, que disiente, como disienten **VIEJITO**, **CIEGUITO**, **TIERNITO**, **FIESTITA**, **REINITA**, **NUEVITO**, **CUENTITA**, **FUEGUITO**, **PUESTITO** y otros diminutivos que iré nombrando con la regla académica que exige la terminación *ecito, ecillo, ecico, ezuelo* en todos los bisílabos cuya primer sílaba contiene el diptongo *ei, ie* o *ue*. El decir de los más correctos hablistas y escritores del habla castellana autoriza las formas que impone la regla enunciada. La única excepción que he podido hallar en las gramáticas es *sierrita*; está colocada, quizá inadvertidamente, entre los ejemplos *cuer-necito* y *sierpecita*, en el notable tratado del gramático mejicano D. Angel de la Peña (pág. 275). Cuervo y otros filólogos americanos mientan estos diminutivos (**CIEGUITO**, **TIERNITO**, **PUEBLITO**, etc.) como propios del habla vulgar.

En corroboración de que *pedrecita*, *-lla*, *-ca*, *pedrezuela* y *pedrezuela*, ofrecen mejores títulos de validez literaria que nuestro popular *PIEDRITA*; vayan estos ejemplos: «Aquí se descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas *pedrezuelas*, que oro cernido y puras perlas semejan.» (*Quijote*, I, L.); «Procurábamos, como podíamos, hacer ermitas, poniendo unas *pedrecillas* que luego se nos caían.» (Santa Teresa, *Vida*, parte 1.<sup>a</sup>, cap. 1.<sup>o</sup>);

«Saltando entre los mosaicos  
De pintadas *pedrecillas*»

(Duque de Rivas. *El Alcázar de Sevilla*);

«El agna lleva en pos las *pedrecillas*  
que encuentra al paso, y siempre va adelante»

(Hermosilla. Trad. de *La Iliada*, tomo II, C. XXI.)

«En su victoria, la más pequeña *pedrecilla*, haría volcar su vasta máquina» (Toro y Gómez. Trad. de *El Dinero*, de Zola, pág. 275); «Tragan también (los avestruces) piezas de metal, monedas y aun *pedrezuelas* que encuentran» (A. Bello, *El Avestruz Americano*); «No son más que *pedrecitas* talladas» (R. Palma, *Papeletas Léx.*, pág. 9); Figura *pedrecillas* en *Azorín*, de Pérez Galdós (pág. 94), en la *Gram. Hist.* de Menéndez Pidal (pág. 148), etc.

*Pedrecita*, *-ca*, *-lla*, que antaño tuvieron algún uso, son ahora arcaísmos; contrariando las leyes de derivación más comunes, privan hoy, tanto en éstos como en otros diminutivos, las formas que mantienen el diptongo; sólo en aquellos que toman la terminación *ezuelo* prevalece generalmente el radical latino, pues tienen mejor aceptación *pedrezuela*, *netezuelo*, *dentezuelo*, *portezuela*, etc., que *PIEDREZUELA*, *NIETEZUELO*, *DIETEZUELO*, *PUERTEZUELA*, etc.

Si no basta la regla académica para mostrar que los diminutivos *viejecito*, *-llo*, *-co* y *vejezuelo* gozan y han gozado siempre de más legítimo uso que nuestro vulgar *VIEJITO*, permítase-

seme traer a colación estas citas: «Y llega la *vejezuela* al oído...» (Fray Luis de León. *La perfecta casada*, cap. X);

«De una *vejezuela* cana  
Una fácil experiencia»

(Cervantes. *La Entretenida*, jor. 1.<sup>a</sup>);

«Era ya *viejecita*» (Moratín. *El sí de las niñas*, acto I, escena II); «Miróle la *viejecilla*» (Quevedo. *Jácara*); «Es un *viejecito* muy atildado y muy pulcro» (V. de la Vega. *La familia improvisada*, escena IX); «Qué feo y qué *viejecito!*» (Campoamor. *Los grandes hombres*); «Como sencilla *vejezuela* castellana» (E. Pardo Bazán. *Cuatro españoles*, Lec. de Literat., pág. 100); «el recuerdo de aquel *viejecito* amable» (R. Darío. *Fotograbado: R. Palma*, «Tradiciones Per.», tomo I); «Facundo hace traer a un *viejecito* cojo, a quien se acusa, o no se acusa, de haber servido de baquiano» (D. F. Sarmiento. *Facundo*, cap. VI).

Es innegable que nuestros populares diminutivos CIEGUITO, FIESTITA, NIETITO, PIERNITA, TIERNITO, HIERBITA, no podrían reemplazar a los que aparecen en las citas que a continuación inserto, sin desmerecer su sabor castizo, sin quitarles su corrección gramatical: «El niño *cequezuelo* a quien suelen llamar de ordinario amor por esas calles» (*Quijote*, II, LVI); «Acariciarlos y merecer sus *fiestecillas* inocentes» (Moratín. *El sí de las niñas*, acto I, escena IV); «Yo, sinceramente, no estuve presente, ni tuve el gusto de oír hablar a Adán, ni siquiera a sus *nietecitos*» (Cejador, *Los gérmenes del lenguaje*, pág. 503); «Él se había puesto de pie y se empinaba sobre sus *piernecillas*» (Toro y Gómez. *El Dinero*, pág. 340); «En este particular, los motes son todavía más importantes, por ser, digámoslo así, los nombres en su primera edad, cuando aun están frescos, *tiernecitos* y flamantes» (Cejador. *Motes y apodos*, art. de «La Lectura»);

«O cual pasa rompiendo el duro arado  
Entre las *hierbecillas* que camina»

(Rufo. *La Austríada*, Canto X).

Y demás estará el recargo de citas para mostrar que el uso literario más correcto está de acuerdo con la regla académica, toda vez que concurre hacia la penúltima sílaba del diptongo *ie*; por tanto, para no pecar de incorrectos o vulgares, bien nos estará el substituir a *dientito*, p. ej., por *dientecito*, *-co*, *-llo*, o *dentecito*, *-co*, *-llo*, *dentezuelo*, que constan en el Diccionario; a *FIERITA*, por *fierecita*, *-ca*, *-lla*; a *HIERRITO*, por *hierrecito*, *-co*, *-llo*; a *NIEBLITA*, por *nieblecita*, *-ca*, *-lla*; a *PIECITA*, por *piececita*, *-ca*, *-lla*; a *QUIETITO*, por *quietecito*, *-co*, *-llo*; a *TIEMPITO*, por *tiempecito*, *-co*, *-llo*; a *TIERRITA*, por *tierrecita*, *-ca*, *-lla*; a *VIENTITO*, por *vientecito*, *-co*, *-llo*; a *VIENTRITO* (que choca ¡y mucho! al oído, las pocas veces que se oye), por *vientrecito*, *-co*, *-llo*. *CIELITO*, aunque disiente con la regla, se impone por su valor específico, desde que designa un baile o tonada popular muy conocido en nuestros campos; y *SIERRITA*, aunque figure, como he dicho, en la *Gramática* por de la Peña, no quita su mayor corrección a *sierrecita*, *-ca*, *-lla*, y menos a *serrezuela*, voz que ha servido para bautizar una sierra de la provincia de Córdoba, Serrezuela.

133. Llevado por esta investigación, aunque temo ¡y no poco! resultar cargante con tanta minuciosidad, entraré a considerar las voces que contiene el diptongo *ue*.

*PUEBLITO*, dice y repite nuestro vulgo y el de otros países de América; pero sépase en buena hora que ha de decirse *pueblecito*, *-co*, *-llo*, que así lo pide la regla enunciada y así lo escriben muy buenos escritores; he aquí algunas pruebas: «Fernán Caballero nació en un *pueblecillo* de Suíza» (E. Pardo Bazán. *Cuatro españoles*, Lec. de Lit., pág. 104); «Apenas se movían las hojas de los álamos que rodean el *pueblecito*» (S. Estrada. *Obras*, tomo I, pág. 145); «Las familias un tanto acomodadas abandonan las ciudades para inundar los *pueblecillos* de campo» (E. Quesada. *Reseñas y Críticas*, pág. 304). Preferibles a *PUERTITA* serán, sin duda alguna, *puertecita*, *-ca*, *-lla*; «Me había escapado por la *puertecita* secreta» estampó V. de la Vega (*Llueven bofetones*, acto II, escena V), y mucho ganaremos si

damos en imitar a este fecundo escritor, tan hijo del Plata como nosotros los argentinos; y si hay quien se cree autorizado para decir PUERTITA, ¿por qué no usa de mayor consecuencia y adapta también el diminutivo PORTUELA, en vez de *portezuela*, que todos emplean sin discrepancia alguna?... No ha de salir de su vulgar condición nuestro CUERPITO, ni ha de ponerse a la par de *cuerpecito*, -co, -llo, y de los no menos castizos *corpecito*, -co, -llo, *corpezuelo*, anotados en el *Dic.*, hasta que pueda aparecer escrito por péñolas como la de Cervantes, que puso: «y no tenía otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos y de sustentar vuestro *corpezuelo*» (*Quijote*, II, LIII); como la de F. Luis de Granada, que estampó: «¿Quién no dará gracias al Criador, viendo en su tan pequeño *corpecito* una tal industria?» (*Simbolos*, parte 1.<sup>a</sup>, cap. XIV); como la de Juan Montalvo, que así se expresó: «perdida (la hormiga) bajo el enorme bulto que lleva sobre su endeble *cuerpecillo*» (Prólogo de los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*); como la del mismísimo D. F. Sarmiento, que empleó la voz *cuerpecito* en su magistral descripción de la *zambacueca* (*Cuadros de Cocalán*); y como la de Pérez Galdós, que emplea *cuerpecillo* en *Marianela* (cap. VI), y *cuerpecico* en *Azorín* (pág. 192); cuando esto ocurra, ¡bienvenida sea la reforma de la regla académica, que hoy tanto se descuida!

Dejándome de citas, para abreviar, daré ligera nota de otras voces que cojean del mismo pie que PUEBLITO, PUERTITA y CUERPITO, con expresión de los diminutivos que han de sustituirlas; hela aquí: CUELLITO por *cuellecito*, -co (*cuellillo* disuena, no se usa); CUENTITA, por *cuentecita*, -ca, -lla; CUENTITO por *cuentecito*, -co, -llo; CUERDITA, por *cuerdecita*, -ca, -lla; CUERITO, *cuerecito*, -co, -llo; CUESTITA, por *cuestecita*, -ca, -lla; CUEVITA, por *cuevecita*, -ca, -lla; FUEGUITO, por *fuegucito*, -co, -llo; HUEQUITO, *huequcito*, -co (poco usado), -llo; HUERTITO, -a, por *huertecito*, -a, -co, -ca, -llo, -lla; HUESITO, por *huesecito*, -co, -llo; HUEVITO, por *huevecito*, -co, -llo; JUEGUITO, por *juegucito*, -co, -llo; MUESTRITA,



por *muestrecita, -ca, -lla*; NUEVITO, por *nuevecito, -co, -llo*; PUERTITO, por *puertecito, -co, -llo*; PUESTITO, por *puestecito, -co, -llo*; SUEGRITA, por *suegrecita, -ca, -lla*; TUERTITO, -A, por *tuertecito, -a, -co, -ca, -llo, -lla*; VUELTITA, por *vueltecita, -ca, -lla*, etc.

134. No se andan más acordes con la regla las voces que contienen el diptongo *ei*, y he de contar que son tan comunes como vulgares el diminutivo PLEITITO, que usurpa el uso que corresponde a *pleitecito, -co, -llo*, y REINITA, que se dice por *reinecita, -ca, -lla*.

135. Sólo los vocablos terminados en *e* se ajustan estrictamente aquí, como en todos los pueblos de habla castellana, a la regla; si bien emplea nuestro vulgo DIENTITO a la par de *dientecito*, de *vientre*, ya tengo dicho que no se oyen comúnmente otros diminutivos que *vientrecito, -co, -llo*; *fuelle*, *fuelle*, *mueble*, *muelle*, etc., siguen fielmente la misma formación (*fuellecito*, *fuentecita*, *mueblecito*, *muellecito*, etc.); si se oye decir MUERTITO, -A, es como diminutivo de *muerto, -a*, y siempre se oirá *muertecita* cuando se trate de la voz *muerte*; FUERCITA se usa vulgarmente por *fuercecita, -ca, -lla*; pero se tomará el incremento que corresponde toda vez que se forme el diminutivo de *fuerte* (*fuertecito* o *fuertecita*). De *peine* no he oído jamás otros diminutivos que *peinecito, -co, -llo* y *peinezuelo*.

136. Tanto en los bisílabos que traen el diptongo *ie*, según dejo dicho, como en los que traen *ue*, el uso más moderno tiende a conservar el diptongo, pues van cayendo en desuso los diminutivos que cambian estos diptongos en *e* y *o*, toda vez que se aparte de ellos el acento, salvo los terminados en *uelo*. Si bien alcanza tal tendencia a las voces que no son bisílabas, no faltan ejemplos que la contrarrestan, *caliente* y *merienda*, por ejemplo; aunque haya quienes digan CALIENTITO, -A, y MERIENDITA, lo correcto es que se diga y escriba *calentito, -a*, y *merendita*, *merendilla*, conforme anotan Monlau (*Dic. Etim.*) y otros autores fehacientes.

\* \* \*

137. De los ejemplos que he venido tratando en los últimos párrafos, fluye que el uso vulgar tiende a la simplificación de los incrementos suprimiendo algunas letras, si no todas, del aditamento colocado entre la voz positiva y la desinencia rítmica esencial del grado diminutivo, SOL-CITO, por *sol-e-cito*, TE-CITO, por *te-ce-cito*, VIEJ-ITO, por *viej-ec-ito*, NUEV-ITO, por *nuev-ec-ito*, PLEIT-ITO, por *pleit-ec-ito*, etc.; se abrevia y no es de todo punto reprobable tal tendencia, desde que la brevedad como la eufonía constituyen, según lo sostengo en *El castellano en América; su evolución*, muy importantes causas selectivas en la evolución de los vocablos. La rotundidad de nuestra habla incomparable y a la vez el uso de los hablantes y escritores de mayor renombre se oponen hasta el momento presente al triunfo de tal síncopa; de aquí que haya hablado de trasgresiones al mentar nuestras formas diminutivas más vulgares. Cúmpleme declarar que ni las condeno en absoluto ni las acepto; pertenecen, es cierto, al lenguaje más popular, pero no al más culto y erudito, al lenguaje literario, que es el verdadero idioma patrio o nacional; el objeto de este estudio es advertir a los que se precian de hablar y de escribir bien cuáles son las formas preferibles, más correctas, más castizas; cuáles las que tienen a su favor la sanción del uso literario más autorizado.

No faltarán defensores decididos a muchas formas diminutivas que miro como trasgresiones del buen decir; pero prefiero que me toque esta vez algo de la tacha de intransigencia que he puesto en tantas ocasiones a la Acad., antes que reclamar libre tránsito para vocablos que no lo merecen. Hay que cuidar la pureza de la lengua, y debemos andar con mucho tiento para conceder pase a lo que sólo puede ser patrimonio del vulgo. Sea nuestra habla corriente cristalina y aumente en buena hora su puro caudal; mas no se pretenda hacer de ella turbión desenfrenado que baje atropellándose y recoja en su seno cuanto impureza halle al paso.

JUAN B. SELVA,

Profesor en Dolores (República Argentina).

(Continuará.)

## UNA NUEVA MODALIDAD LITERARIA

---

En cuantos estudios se han hecho acerca de las evoluciones—tanto en el orden social como en el artístico, aunque uno y otro, en lo que tienen de manifestación de vida, se compenetran en una cierta índole y siempre se influyen recíprocamente,—no se ha atendido, ni en lo mínimo, a lo que ya no es periférico, pues se escapa de toda perceptibilidad. La historia de la transformación de un pueblo carece casi en absoluto del apuntamiento de las causas esenciales, pues ya es sabido, porque ejemplos hay muchos, que sólo determina lo elemental de los efectos, que es algo así como hacer mención de los movimientos de una péndola, sin atender a los engranajes de la máquina que lo determina.

Excusado es decir que en este orden de evolución está la literatura, y excusado es decir, también, que la actual en nada se parece con aquella del cantor védico que vió la luz en las selvas vírgenes en los días del alborar del mundo. La literatura, fruto de los escritores de las generaciones actuales, pasa del examen de la primera realidad a una segunda realidad, superior, puesto que en sí lleva la esencia, que dista tanto de la primera como nuestra vista y nuestra comprensión distan del infinito; es decir, que la literatura actual, hija de una edad más vieja y más consciente por lo tanto, no se contenta con estudiar a los seres en su exterior y a las cosas en su superficie, sino que ansía a más,

ansía, con una paciencia y una pertinacia digna de toda clase de consideraciones, llegar al análisis detenido, minucioso, del contenido ideal de los seres y del ambiente espiritual de las cosas. Toda la obra moderna que merece tomarse en serio, en cualquiera de los órdenes que integran el arte, lleva en su entraña, no como materia accesoria, sino como elemento fundamental, el deseo de atravesar la región de lo ostensible. De ello existen datos muy elocuentes en estos años que corremos. En literatura y en pintura, el caso aislado de ayer se ha convertido en la regla general de hoy. Un literato de nuestra edad, como un pintor de acuerdo con el espíritu que la informa, no se ha de contentar con lo que sólo nuestra mirada descubre y nuestra inteligencia explica, porque no es posible, en modo alguno puede serlo, que la cultura de que en este instante es poseedora la humanidad, con ello se contente. En arte y en cualquiera de sus órdenes, hay el deseo de aprehender el espíritu de aquello que de la realidad se va a sacar para elevarlo, y en esa elevación hacerlo perdurable por los siglos de los siglos. ¿Bastan meras generalidades históricas o sociales para explicar la oposición de este hecho que en literatura más claramente se está formulando? No. Detrás de estos hechos históricos o sociales, o más bien, en el fondo de esos hechos, existen, a perfección, definidas unas veces y otras muy envueltas en sombras, modalidades que forman ideas éticas y estéticas, de las que el artista que las emplea no se da exacta cuenta, ni mucho menos las valoriza en lo que pueden representar, pero que imperan y rigen en su concepción de un modo eficaz y realísimo. Y conste que no es debido a ignorancia, sino al ambiente espiritual que respira, a la ideología, de cuya savia vive, y, más que a nada, al influjo de las ideas filosóficas de su tiempo. La crítica—y saco a colación este género literario por ser uno de los que puedo hablar con más justeza, dentro, claro es, del límite reducido de mis conocimientos,—en estos días por que atravesamos, se ha separado en absoluto de lo que era en años, ya muertos, por fortuna. Al llegar los que la cultivan a un grado superior de cultu-

ra—grado superior de cultura que muchas veces no es más que la resultante obligada de una evolución que, a buen seguro, comenzó en las selvas vírgenes, en el alborear del mundo,—se han dado cuenta de que ya no podía ser retórica, como lo fue con los clásicos, con los devotos de Aristóteles y de Plutarco y de Horacio, con los Johnson, los Boileau, los Luzán, los Harpe. La crítica moderna había de hacer un bello mohín y una graciosa pirueta para escapar de aquél absurdo círculo en que pretendieron encerrarla hombres de mentalidad tan precaria como Brandes o como Posnet, que a toda costa querían darle un carácter político-liberal el primero y sociológico el segundo, en servicio, excuso casi decirlo, de su credo personal, personalísimo. Y como esto no podía ser, se escabulló presto de los morbos que la amenazaban. Además, que sistematizar la crítica, como cualquier otro género o sub-género literario en un determinado sentido, es inutilizar al que la cultiva, que no debe ser más que el artista que trata de fijar en letra de molde aquellas impresiones que la lectura causen a su sensibilidad. Así es, que de haber admitido los deseos de Brandes o los de Posnet, se hubieran debido tomar en consideración también los de Gayau, que tenía un parentesco espiritual bastante íntimo con el último de los citados, o los de Max-Nordau, el cantor de la teratología, o los de Hennequin, o los de Lemaitre, o los de Barres. Pero no. La crítica moderna, la crítica personificada en Rodríguez Marín, en Menéndez Pidal, en Pardo Bazán, va induciendo al caminar de deducción en deducción, es decir, que estudia minuciosamente, despaciosamente, y luego infiere con exacto conocimiento, con absoluto dominio de lo que se ha puesto a su examen. El arte de las letras en la actualidad no es más que arrancar al material que se emplea el espíritu, para que sea el que informe las palabras que lo arrancado traduzcan, que tendrán vida y medula, pues su vida y su medula han de ser las mismas que en la realidad tuvieran, si se tiene la suficiente capacidad mental para saberlo hacer.

La crítica deductiva es una modalidad rudimentaria para

llegar al examen de la esencia de lo que se estudia. Esto es evidente, y esto, claro está, es lo primero que se ha hecho. ¿Con qué caudal de cultura se ha intentado? La recia mentalidad de los escritores antes señalados, es la más indiscutible y la más sólida garantía. Pero estos cultivadores afortunados del arte de las letras no han cruzado el límite que separa la crítica deductiva y la crítica psicológica, aunque, dicho sea en honor de verdad, la Condesa de Pardo Bazán, en sus estudios acerca del romanticismo en Francia—que dicho sea de pasada, es de lo más serio que se ha hecho en España desde que las letras patrias perdieron la gloriosa fama de Menéndez y Pelayo,—con un espíritu moderno y con una orientación bien marcada a lo que la crítica será en lo porvenir, es la que menos distante se encuentra del nuevo modo literario que ahora quiere reinar, aunque hace mucho tiempo ya que nació.

Sócrates, en sus diálogos, habla de la expresión moral en el arte. ¿Y qué es esta expresión moral? Es, puede asegurarse, el alma de los seres y de las cosas que, una vez que ya no anima los seres ni hace vivas las cosas, flota y vaga como algo que muy cerca se siente, pero que no llega a verse nunca, a causa de su inmaterialidad, sobre las páginas en que se les da una nueva existencia a esos seres y a esas cosas. Los griegos, en su literatura, gloria de un pueblo y asombro de cuantas generaciones han sucedido a la de Platón, a la de Teofrasto, a la de Estraton de Lampsaco, y de las que aún a ellas sucederán, tenían un personaje que, horro de toda forma, por no ser material, reinaba en espíritu. ¿Qué es sino la fatalidad, elemento que imprime carácter a la mayor y más selecta parte de sus tragedias? La fatalidad actúa, y muy directamente, sobre cuantos intervienen en el desarrollo de la acción de las obras de Esquilo o de Eurípides o de Sófocles. A veces, hasta la ven. Pero no. Ella estrujará los corazones, y la mano que los estruje será, para su desgracia, invisible. El enemigo no sólo no está enfrente, sino que, tras ocultarse, nos rodea. Y esto lo menciono no con el exclusivo objeto de robustecer lo

dicho por Sócrates, que hablando, en verdad, no necesita para nada de la ayuda que le puedan prestar mis palabras, sino para que se vea también que la modalidad, que ahora parece querer entronizarse, tiene raíces muy viejas y muy hondas, raíces que extiéndense a los días de los orígenes de nuestra civilización... La expresión moral en arte es tan antigua como el mismo arte. Cuando un literato, un pintor o un escultor ha querido que la obra suya perdurase, la ha dotado de alma, porque el alma no muere, es eterna. Y a reflejar esa alma es a lo que se ha tratado de ir desde hace siglos, y a lo que directamente, sin rodeo alguno, se va hoy. La literatura, pues, ha dejado de ser fría, para convertirse en emocional como la pintura—la pintura obra de genios;—no ha sido nunca, como ha creído el vulgo, la representación de cosas visibles por medio de colores, sino la representación de cosas sensibles por medio de lo que fuese actuación de la belleza, conseguida debido al efecto de nuestra vista a causa de los colores empleados. Esto, a quien leyere, parecerá extraño. No debe olvidarse que hay una pintura de almas, en la que los colores, por el artista utilizados, por la fuerza también que tienen cuando de la paleta los arranca una divina mano, poseen una enorme riqueza expresiva. ¿Acaso el Greco no es uno de estos pintores de almas, como más tarde lo fue Goya? Domenicos Theotocopulis, si en vez de pintar escribe, si en vez de manejar el pincel esgrime la pluma, a buen seguro adelanta algunos lustros este movimiento que ahora se está comenzando a iniciar, aunque el movimiento, desde hace siglos, vivía latente. Y hoy, por la forma en que se está mostrando, no debe dudarse, como antes he dicho, que hay determinadas ideas, detrás de cada hecho o, más bien, en el fondo del hecho mismo, de las cuales el artista que las emplea no se da exacta cuenta de su valor ni de lo que, para él, pueden representar, pero que imperan y rigen en su concepción y, por consecuencia, en su desarrollo, de un modo intenso, intensísimo. Claro es, que si el literato que esto haga no se da cuenta de por qué lo hace, no lo razonará. Y declararé

E. M.—*Marzo 1914.*

que hará bien. Para razonar y justificar está el crítico, que buscará, además, la serie, corta o larga, de causas y concausas que el efecto determinaron, estudiando asimismo la savia que lo nutrió y el ambiente que lo hizo vivir...

Los primeros escritores en que se notó ya reciamente el deseo de no contentarse con la descripción de la apariencia de los seres, y con el retrato de la superficie de las cosas, fueron los del alborar del cristianismo, que hicieron que se operara aquella durísima reacción contra el mundo antiguo y contra la ciencia carnal, que, como dice uno de los más peregrinos ingenios actuales, con gran justeza, hincha, pero no edifica. Tertuliano, Arnobio y Lactancio, y, antes de ellos, el asirio Taciano, dan señales no sólo por sus duras invectivas contra la filosofía humana, hasta declararla falsa y vaná, y necias todas sus especulaciones, sino también porque la idea-madre de sus teorías y de sus doctrinas es, precisamente, negar en absoluto la belleza de lo corpóreo para poder cantar la suprema belleza de lo incorpóreo; es decir, que sobre los seres y más arriba de las cosas está el contenido, el contenido ideal y espiritual de esos seres y de esas cosas. Escribe Orígenes que nada real es bello, porque sólo tiene una parte de belleza que le puede prestar lo que está fuera por completo de los límites de lo humano. En los mismos términos que Orígenes, aunque dicho de manera más rotunda, se muestra Clemente Alejandrino al hablar de Jesús de Nazaret: «No era hermoso con la fantástica hermosura de la carne, sino con la verdadera belleza del alma, que es la caridad, y con la verdadera belleza del cuerpo, que es la inmortalidad.» Lo inserto sírveme para declarar que ya en aquellos lejanos días en que comenzaba a alumbrar el sol de nuestra religión entre las negras sombras del paganismo, se tenía de las cosas de la tierra, que en la tierra habían nacido y que sobre la tierra morirían, sin nada que fuese como un soplo divino de gracia celestial la elevase, un concepto, para ellas, nada halagüeño. ¿A qué era debido? Aquel que lea los mencionados extremos nacidos, como se habrá visto, de una aprehensión vehementísi-



ma del valor de la belleza suprasensible en cotejo, con la cual parecen sombras y vanidades las bellezas que nuestras manos tocan o nuestros ojos descubren, encontrará, a buen seguro, contestación a la pregunta... Leyendo con atención las obras de los doctores eclesiásticos, saltan a cada paso ideas y nociones de materia filosófica, ya sobre lo ideal, ya sobre lo espiritual. Con ellas puede formarse un conjunto razonado y armónico que sirva como plinto sobre el que se levante la nueva modalidad que, con violencia, acusa la literatura del día. A decir verdad, ésta es hoy víctima, en parte, de determinadas influencias. Pero, en modo alguno, conviene desechar esas determinadas influencias, aunque no sólo vengan del campo contrario, sino que también sean morbosas, porque en su aprovechamiento se encontrará, con seguridad, fuerza bastante para ponerla a un mejor servicio. Y digo esto, porque aquí, los llamados intelectuales, es decir, una parte de los llamados intelectuales, por fortuna muy escasa, que tiene parentesco íntimo con las extremas derechas, le satisface dirigir recias invectivas, acerbias diatribas a Platón y a cuantos, deslumbrados por el saber del más grande filósofo que han conocido los siglos, siguieron su escuela, sin pensar que todo el idealismo de nuestros místicos, como el idealismo, luego que entraña con poderoso influjo todo el movimiento filosófico alemán, movimiento que llega al más superior grado de desarrollo con los nombres de Hegel y de Kant, está en Platón, y los elementos conectores, impulsores de los sistemas que se bautizan con el nombre de los que les dieron estado real al salir de sus mentes, en Platón también, pese a sus sistemáticos detractores.

Como, por lo inserto, se descubrirá el nuevo modo que en literatura se está en estos días entronizando, tiene una estirpe ilustre, pues se remonta a los dorados tiempos en que las artes, en el mundo virgen, alboreaban. Pero entonces la idea no tuvo pujanza para mostrarse, y se hizo esclava. ¿De qué? ¿De la forma? De la forma, no. Porque la forma, o sea el estilo de los escritores en los días en que la literatura comenzaba a caminar

por sobre la tierra, era tan ingenua, tan amablemente ingenua, como los pueriles sentimientos que contenía. ¿Debido a qué, entonces, hubo de vivir oculta? Podría aventurarse, sin miedo a caer en error, que la expresión moral del arte, de que habla Sócrates, era aún tan débil, que no tenía ni aun fuerzas suficientes por sí propia para definirse de manera que se hiciera notoria... He visto algunos de los libros, entre ellos, el ya mencionado de Clemente Alejandrino, con el objeto exclusivo de descubrir, a ser ello posible, si en sus páginas había, aunque no fuera más que en sedimento, esa tan decantada expresión moral. No pude en modo alguno hallarlo... Había, sí, en aquella prosa sin elegancia y sin belleza, muy semejante por su espontaneidad a la del cantor védico; pero llena de médula y, en lógica consecuencia, de energía, un deseo, que se descubría imperioso, de buscar, en lo que se describía, el alma que lo informaba. Y aunque este deseo era de tal naturaleza que por bajo de las palabras percibíase, carecía, sin embargo, de ella... Es casi seguro que el que leyere dirá que aquí hay manifiesta contradicción. Aquél que tal crea, padece una equivocación rotunda. En los libros de que trato descubriase, muy reciamente acusada, el ansia de que cuantas palabras los componían tuvieran vida; pero no una vida arrancada de la vida, sino una vida que fuera alimentada por el cerebro. Y esto no podía ser, porque al pasar por el tamiz del cerebro perdían parte de su savia, y en lógica consecuencia, de su alma.

Al llegar a este punto, voy a poner un ejemplo con dos nombres de literatos actuales, con dos nombres hoy en plenitud de facultades creadoras. Me refiero a Pío Baroja y a Ricardo León. ¿Qué libros dan la sensación de estar dotados de alma, los de Pío Baroja o los de Ricardo León? Los de Pío Baroja, a buen seguro, se me contestará. Claro es, digo yo, que los de Pío Baroja, porque en ellos hay esa espontaneidad de estilo, que es la *mica salis* de la expresión moral de que en sus diálogos habla Sócrates. Ricardo León, en cambio, es más correcto, más atildado; su prosa no tiene brusquedades que

crispan, ni nervosismos que denotan, pero no es humano. El léxico por él empleado es seco; seco, porque vivió más en el cerebro que en los labios, que es adonde directamente suele asomar el corazón. Quisiera que el lector, para yo no enumerarlos, pensara conmigo los nombres de los escritores actuales que marchan a la zaga de la modalidad, hoy en triunfo. De los jóvenes todos, de los viejos muchos que no han querido que su obra quedase anquilosada en una época, ni su espíritu inerte en determinada edad. Y no es, en verdad, porque la nueva idea—nueva porque en estos instantes se hace conocida, no porque ya no existiera—viva, como antaño, sin que el artista que la emplee no se dé exacta cuenta, ni mucho menos la valorice en lo que puede representar, sino que impera y rige en su concepción de modo eficaz, realísimo, como imperan y rigen aquellas ideas que son recia armadura que sostiene todo cuanto nace a su calor... Conviene aquí decir que no es ésta que comento una de esas ideas que vienen al arte importadas, y cuya vida, por esa causa, suele ser muy corta, pues no son recogidas del ambiente. No. Desde ha luenga edad yacía muy a hurto de la humana observación en los recovecos más escondidos de nuestras mortales mentes. Esperaba sólo para mostrarse aprehender un momento adecuado.

Extrañará a muchos que dé a las ideas una valorización real. ¿Acaso no la tienen? Todo cuanto en la vida posee una fuerza sujeta a medida es susceptible de que se le dote del valor que esa medida señala. La moderna ciencia, que, como señalado queda, quiere ascender del mundo de los efectos al de las causas, y desde él escalar el de los principios, así lo hace. Y la literatura, mejor dicho, aquellos que se dedican a cultivar el arte de las letras, en este preciso momento, van sobre las huellas que ésta va dejando en el camino triunfal que recorre. La ciencia, la moderna ciencia, repito, quiere, pues señales de ello está dando continuamente, allí, en el mundo de los principios, estudiar lo atómico y aun lo supra-atómico, por si en lo supra-atómico hay algún germen que sea conector de lo ató-

mico. Y en la literatura, hoy, pasa igual. Se examina con cuidado, con minuciosidad, el detalle, y del examen del detalle se deduce, y, como fruto de esas deducciones, se induce, llegando a su fondo, a su alma, para arrancársela y llevarla a que anime la letra de molde.

Deseo que cuanto llevo dicho como accesorio a la idea eje que informa los párrafos anteriores, se entienda en el sentido de querer con ello robustecerla. Porque sería atrevimiento, que allá en el fuero interno no me perdonaría nunca, el tratar de definir, en tono doctoral, acerca de artes que no tienen con la literatura ninguna apretada relación, y de ciencias que aparecen rotundamente separadas de cuanto con ella se relaciona. Pero no es posible negar, en modo alguno, que esas artes y, aun mucho más, esas ciencias, actúen sobre la literatura muy directamente. ¿Es que estas últimas influyen en su concepción y en su desarrollo? En cierto sentido, sí. Podríase, con suma facilidad, hacer historia, en detalle, de cuanto, desde su nacimiento, ha influido en el arte de las letras debido, no a la intrusión en ella de un determinado ambiente espiritual ni a la ideología ambiente a causa de las escuelas filosóficas más en boga en un instante dado, sino a aquello que fue reservado a otras artes o patrimonio exclusivo de las ciencias. ¿Por qué—y señalo este detalle por ser el que acude más prestamente a mi memoria,—por qué, repito, toda nuestra prosa anterior al Arcipreste de Talavera, sean cuales fueren los orígenes y fuentes de cada libro, es prosa erudita? La contestación es sencilla, sencillísima. Cuanto era arte, y arte de las letras, en particular, no había sido escrito, hasta entonces, más que en un tono doctoral propio para iniciados. La lengua popular, la lengua tal como hablábase, no se había utilizado más que en versos de gesta y en la epopeya cómica del Arcipreste de Hita. Era necesario, pues, transfundir esta sangre fresca y juvenil en las venas de la prosa, para que ésta adquiriese, definitivamente, carácter nacional y reflejase el tumulto de la vida. Los escritores posteriores al de Talavera, de esta manera lo entendieron. Y los años

todos de su existir estuvieron atentos a hacer libros casi paremiológicos, pues los dotaban no sólo de un continente llano y vulgar, sino también de un contenido que tuviera muchas raíces imantadas con las raíces del pueblo, con la manera de pensar del pueblo; en fin, con esa filosofía espontánea y honda a la vez que va formando poco a poco el contexto íntimo del pueblo... En esto que digo se verá cómo una modalidad extraña, en su principio a la literatura, influyó sobre ella de modo eficaz y realísimo. Porque este deseo de que las letras perdiesen lo que tenían de obscuro y de nebuloso, no fue un deseo nacido en los escritores de aquellos tiempos, en escritores de la reciedumbre mental de Alfonso Martínez de Toledo, sino un deseo que cristalizó en la literatura, como antes había cristalizado entre otros géneros y subgéneros del arte y hasta en las ciencias.

Con lo preinserto creo que bastará para que encuentre disculpa, suficientemente amplia, mi atrevimiento de traer a colación parte de lo mucho, de lo muchísimo que se halla fuera del estrecho límite de mis conocimientos, porque ello no ha sido debido más que a la causa de querer establecer las íntimas relaciones que hoy tiene cuanto es producto del cerebro humano. ¿No hay en el momento actual una literatura científica? La literatura a base de la psicología experimental, no otra cosa es. Además, desde que el arte de las letras encontró elementos para sus producciones en la patología y en la psicopatología, cosa que acaece desde los días lejanos en que vivió Gaspar Barth, se hizo éste científico. Luego, claro, la vida moderna, la tumultuosa y compleja vida moderna lo ha sutalizado todo. Al «caso» en bruto ha sucedido el «caso» que pudiera denominarse de ponderación. Me explicaré mejor. En el instante actual el escritor busca lo que puede considerar como representativo de la deformidad moral o social que va a describir. Y la explicación de este hecho está en lo ya tantas veces dicho: en que la literatura del día no es más que el resultado de una lenta, lentísima evolución, de la que nadie, en absoluto, se había dado exacta cuenta, aunque a su éxito en todas las edades

coadyuvaran, hasta el momento de su definitivo triunfo, y que por ese motivo busca hacer concreciones, síntesis de lo que antes sólo muy torpemente abocetaba.

A poder seguir desde su nacimiento el desarrollo de la idea hoy dominante, a buen seguro encontraríanse épocas de su vida accidentadas y curiosas. Y esto, en verdad, pasa con todas. Las ideas, meras ideas, tienen siempre que atravesar un penoso tránsito antes que convertirse en hábitos sociales. Porque las ideas—vuelvo a repetirlo—no son nada ni nada representan si el sentimiento no las hace suyas. Es decir, que para que logren un valor, necesitan descender de la cabeza al corazón. Nadie cometerá el error de oponer un rotundo mentis a lo que antecede, pues la vida continuamente se encarga de evidenciarlo.

Ahora, y como corolario a estas razones que voy aduciendo, he de añadir que a ese deseo de pasar de la primera realidad visible, ostensible, a una segunda realidad superior, se suma el deseo imperioso de descubrir si efectivamente existe algún jalón puesto por la vida de lo que está más allá de la tierra. Yo creo que toda nuestra inquietud espiritual, que nos lleva a hacer continuos sondeos en el misterio que rodea a los seres y que inunda a las cosas, es sólo motivada por el deseo, a cada momento sentido más vivamente, de aprehender mucha parte de lo que nuestro conocimiento no puede llegar, en forma clara, a percibir. En el día, la preocupación ambiente, es la preocupación ultraterrena. Y como consecuencia lógica de esta preocupación, que a veces toma caracteres de verdadera obsesión, está el querer descubrir, para darle todo su exacto valor, el contenido ideal que puede haber en los seres y el germen espiritual—hay gérmenes espirituales, según explica Branthay—que pueden tener las cosas, que si en los unos es firme, por razones de índole temperamental, es en los otros, por causas de su cotexto íntimo, flotante y movedizo... Y he llegado, veo que he llegado, a demostrar que nuestra literatura, que no es otra cosa que el fruto de aquellas impresiones recibidas por lo

que de intensa manera ha actuado sobre nuestra sensibilidad, va derecha a una radical transformación, pues cuanto sobre ella influye, que es cuanto integra la vida, ha sufrido el cambio anunciado. Parecerá, a muchos gratuita esta rotunda afirmación. Los que tal crean, deben considerar, antes de oponer a ella calificativo alguno, la forma en que ha sido hecha, pues he tendido para su sostenimiento, antes de expresarla, una recia armazón de verdades, que no acertará a llevarse los huracanes desoladores de ninguna propaganda contraria. Así es que al decir que cuanto integra la vida ha sufrido un brusco, un radical cambio, no hago más que sentar un axioma. ¿Es que la vida no cambia continuamente, y a unos seres suceden otros seres, y a unas cosas suplantán otras cosas? Sí. La vida no cesa, ni un instante, de renovarse. Sobre las cenizas de una hora, de un minuto, se alza, triunfal, otra hora, otro minuto, que aunque sean sucesores de aquellos muertos, no se parecen en nada...

La literatura del día—feliz resultante de toda una lenta evolución que comenzó a sentirse y a no expresarse, porque se desconocía allá en lejano tiempo, en el lejano tiempo en que alboreaba el arte de las letras—va derecha, porque este es el fin que, claramente se le descubre, a estudiar con minuciosidad, despaciosamente, lo que está después de la apariencia de los seres y de la superficie de las cosas. Y ella fue a esos estudios—debe decirse—empujada por una necesidad ambiente. Cuanto luego la ha nutrido y la nutre, ha sido, y es, obra también de la misma necesidad ambiente: la necesidad de creer que a la carne la tiene que animar un alma.

LUCIANO DE TAXONERA



## LOS ENCANTOS DE LA NOVIA

---

La viudez del Rey Carlos III imprimió un aspecto de indefinible tristeza a su regia morada, ora mantuviera su corte en Madrid, ora fijara su residencia en el Real Sitio de San Ildefonso. En la Granja pesaba sobre su ánimo la ancianidad de su madre, la Reina Isabel de Farnesio, más agobiada que por los años por la pérdida casi total de la vista, que acabó de robarla toda la animación de aquel espíritu, en otro tiempo tan vivo, tan abierto, tan tenaz y tan batallador. Algo la distraían sus dos nietas Luisa María y María Josefa, y más que todos, aquel Príncipe de Asturias, que se había hecho un zagalón verdaderamente hermoso. Pero el Príncipe no amaba más que los caballos, los perros y la escopeta de caza, y el augusto padre, que se encantaba cuando le acompañaba, siempre ágil y extremadamente andarín, por riscos, bosques y vericuetos, tentábale en los descansos a examinar sus dotes sobre materias políticas, y siempre a sus opiniones tenía que echarlas algún tachón. Se repetía el caso de Felipe III, siendo Príncipe, con Felipe II, en los últimos años de su reinado; no conocían ni Felipe II ni Carlos III en los que habían de heredarle inmediatamente la corona, la fibra de que los dos estuviesen dotados, y que era precisa para las necesidades de sus tronos y para los destinos de España. El Príncipe Carlos IV, como fue el Príncipe Felipe III, era muy bueno, muy esclavo de su palabra, muy serio y formal, pero también muy cándido, extraordina-



riamente cándido de espíritu, demasiado cándido para empuñar con éxito las asperezas del cetro.

Cuando se trataron las nupcias de la Infanta Luisa María con el Archiduque Leopoldo, segundogénito del Emperador Francisco y de la excelsa Emperatriz María Teresa y heredera del Gran Ducado de Toscana, pareció a Carlos III que el Príncipe de Asturias no se alegraba como debiera; y sondeándole más, conoció que él también aspiraba a tener mujer. Era razón; el heredero de la Corona de España tenía ya diez y siete años. Tal vez el Rey tenía proyectado casarle un poco más tarde, cuando su espíritu estuviese un poco más hecho en las cosas concernientes a la excelsa magistratura que algún día tenía que desempeñar; pero el deseo del Príncipe no le pareció desatendible, y cuando lo consultó con su madre, la anciana Isabel, la de Farnesio le contestó:—*Le tengo buscada novia, la hija de tu hermano Felipe.*—*¿María Luisa?*—preguntó el rey.—*María Luisa tiene ya cumplidos los trece, y las cartas que me escribe revelan su talento en su temprana discreción.*—El presunto novio enloqueció de júbilo al saberlo, y cuando en Parma se hicieron los avances familiares, acompañados del retrato del Príncipe, que hizo Mengs en miniatura, la tierna María Luisa no pudo menos de exclamar:—*¡Es muy guapo, muy guapo, y yo con él seré muy feliz.*

El matrimonio quedó concertado entre los dos padres, y entonces Carlos III escribió a la novia y permitió que el Príncipe le escribiera también. La carta del Rey decía:

*Querida sobrina mía:* No puedo disimular el gozo de considerarte ya en el número de mis hijos. Ha muchos días que lo deseaba con ansia. Las prendas de que te ha dotado el cielo y la educación que debes a tus padres, no me dejan dudar que has de ser en dulce y santa compañía las delicias del Príncipe, mi muy amado hijo, y ambos a dos el mayor consuelo y el primer objeto de los cariños de tu tío

CARLOS

San Ildefonso, 21 de Octubre de 1764.

El Príncipe no se expresó con menos ternura y respeto. Decía:

*Señora y muy estimada prima:* Sé que V. A. ha dado su consentimiento para mis dichas. Sin él no podría esperarlas. Juzgue, pues, V. A. cuál estará mi corazón de agradecido. Sé también, de antemano, que el obedecer a sus padres en lo que el mismo corazón pide, es el gusto de los gustos. Quiera Dios que V. A. le haya experimentado, y que nos sea principio de otros muchos que vengan a V. A. con poseer sin límites el afecto y albedrío de su primo, que tiernamente la respeta y ama,

CARLOS

San Ildefonso, 21 de Octubre de 1764.

Esta carta se incluyó en otra del Príncipe para su tío el Infante D. Felipe, Duque de Parma, padre de la Princesa María Luisa, «para que la pusiese en sus manos, si V. A. lo tiene a bien»; y en ella, después de pedirle «le constituyese en hijo por elección», dándole en prenda «el cúmulo de las con que Dios ha enriquecido a su hija y mi prima la Princesa María Luisa», resalta esta frase, tan sentida como elegante:—«Sea yo tan dichoso en merecerla, como lo soy en conseguirla.»

La serie de cartas que, desde este momento hasta su llegada a Madrid, mediaron entre la Princesa María Luisa y el Rey Carlos III, son documentos perennemente vivos, así de la discreción que en aquella niña augusta, tan tempranamente había descubierto su egregia abuela, Isabel de Farnesio, como de la convicción profunda en que el Rey Carlos III se confirmó en ella. El juicio formado por este Monarca acerca de las prendas morales de la que fue, durante cincuenta y cinco años, compañera, colaboradora y copartícipe de los accidentados destinos del Rey Carlos IV, será siempre de mucho peso en la balanza de los sucesos dramáticos de una vida tan prolongada, así pública como doméstica; y estos conceptos se adquieren en aquella primera correspondencia, que tiene todos los atractivos de la inocencia y de la espontaneidad.

A la carta primera del Rey Carlos III, la joven Princesa le contestó:

SEÑOR:

*Mi señor y amado tío:* Fáltanme las voces para manifestar a V. M. mi respetuoso reconocimiento por el honor que se sirve dispensarme, añadiendo al título glorioso de sobrina el de hija de V. M., para hacerme feliz y dichosa. Bien puedo asegurar a V. M. el deseo eficaz que me asiste de poner los medios posibles para merecer la continuación de sus paternos y cariñosos afectos, y contribuir a la satisfacción de mi estimado primo. Doy a Dios por todo infinitas gracias, y ruego a V. M. me conceda su bendición para afianzar más y más el amor que profesa a V. M. una sobrina que tanto le respeta, y ruego al Altísimo que la C. R. persona de V. M. guarde los muchos años que deseo y he menester.

B. L. R. P. de V. M.  
su amantísima sobrina,  
LUISA

Parma y Noviembre 4 de 1764.

La contestación de Carlos III «*A la Princesa de Parma, mi sobrina*», se debe conocer:

*Querida sobrina mía:* tu linda carta del 4 del corriente ha sazonado el gusto con que contemplo tu ajustado casamiento con mi hijo Carlos. Quien tiene la discreción que manifiestas y la virtud que no ignoro, es preciso sea a un tiempo las delicias del Príncipe y el consuelo de su padre. Con esta agradable imaginación pasaré contento los días que he de tardar en verte, y, como los cuento, sé muy bien que el 9 del mes próximo es el de tu cumpleaños. Lógrale muy feliz y alegre: que así te lo anuncia y desea el tierno amor de tu tío

CARLOS

San Lorenzo, 28 de Noviembre de 1764.

Con la concesión de la dispensa de Clemente XIII, que ne-

goció en Roma D. Manuel de Roda, y que fue expedida por el Papa el 16 de Diciembre, con la remisión de los regalos y con las norabuenas de días, cumpleaños y otras efemérides de familia, la correspondencia entre Carlos III y María Luisa continuó activa, entretanto que en Madrid se disponían los preparativos del doble viaje de nuestra Infanta Luisa María para Toscana y de la Princesa María Luisa de Parma para la Península, nombrando en Madrid, Florencia y Parma las comitivas respectivas, y reuniendo en Cartagena la escuadra de ida y retorno, así como en Génova el alojamiento y las etiquetas con la Señoría.

El Marqués de Montealegre, Mayordomo mayor de Carlos III, acompañado del Marqués de Moura, de los Duques de Villahermosa y del Infantado y del Conde de Valhermoso, fueron los conductores de nuestra Infanta Archiduquesa a Italia, encargados a la vez de recibir en Génova y acompañar hasta Madrid a la nueva Princesa de Asturias, la que lo era de Parma. Aunque aquí el Marqués de Squilache dirigía todos los preparativos, siguiendo las órdenes de Carlos III, y aunque a nuestro Ministro en Génova, D. Juan Cornejo, se le acreditasen 500 doblones de a 60 reales vellón, cada uno sólo para los gastos que hubiese que hacer en aquella República, teniendo allí el Marqués de Grimaldo a su hermano el Marqués D. Xavier, en los superiores destinos también de la Señoría, éste solicitó cuidar así del alojamiento de las Princesas, como de las fiestas que habían de hacerse para obsequiarlas y de las etiquetas con que habían de ser recibidas. A la Infanta Archiduquesa se la dispuso el alojamiento en la calle Nueva, en el Palacio de los Duques de Tursis, y no teniendo capacidad suficiente para hospedar la numerosa comitiva, se habilitó para este fin el Palacio de San Pedro en Santa Catalina. Para hospedar a la Princesa-Princesa María Luisa de Parma se le amuebló lujosamente el Palacio de los Príncipes Doria, en cuya plaza se situó una compañía de granaderos para hacerle la guardia. Del mismo modo, para el servicio de la Princesa se

nombraron los nobles patricios Andrés Imperial y Cayetano Zoagli.

Como para la expedición de Cartagena a Génova se había alistado una escuadra de diez navíos de 74 cañones y tres puentes, y tres fragatas con algunos jabeques y otras embarcaciones menores al mando del Marqués de la Victoria, en Génova el Senado discutió así el número de los buques que habían de entrar en el puerto, como los honores que se les habían de hacer. Respecto a lo primero, la Señoría hasta entonces no había consentido que en el puerto fondease ninguna escuadra mayor de cinco navíos, y cuando en 1714 llegó á Génova la escuadra española, de diez navíos de línea y cuatro fragatas, para transportar a la Península a la Reina Doña Isabel de Farnesio, el Senado no permitió que entrase en el puerto más que el navío comandante y los tres que mandaban jefes de escuadra, quedando los demás en la rada; pero Grimaldi alcanzó que esta vez entrase y fondease todo el convoy.

Las mismas excepciones se alcanzaron acerca de los saludos. Al entrar en el puerto el buque almirante, se convino que enarbolara el pabellón Real, sustituyendo la bandera neutra, que izaba al palo mayor, correspondiente a la insignia de Capitán general; y como cuando una escuadra lleva alguna persona real, cesa todo saludo a la escuadra y sólo se saluda al Príncipe que conduce, también se concertó que la plaza saludaría con toda la artillería de sus fuertes, así a la entrada de la escuadra, como al poner pie en tierra nuestras Princesas o al levar anclas para el retorno. En Génova, para divertir a la Princesa-Princesa María Luisa, la prometida de Carlos IV, se la dispusieron además una gran recepción de corte el día de su llegada de Parma, gran función de gala en el teatro al día siguiente, y al tercero un gran baile.

En cuanto a la comitiva que acompañara de Parma a Génova a la Princesa hasta entregarse de ella a la de los grandes de España y su Aya la Sra. D.<sup>a</sup> María Catalina de Bassecourt y Grigny en el momento del embarque, estaba formada

por el Conde de San Vitali, mayordomo mayor del Infante-Duque D. Felipe, del Marqués Leonardo de Malespina, su primer caballerizo, de los gentiles hombres Marqués Palavicini, Príncipe de Mont-Soragna y Conde de San Secondo, del mayordomo de semana Conde Peroli, del caballerizo de Campo Conde Morandi y de las damas de honor Madama González, aya, Condesa Lunati, Marquesa Brígida Scotti, Marquesa Malespina della Bastia y Condesa de San Vitali.

El 16 de Junio de 1765, la Princesa María Luisa volvió a escribir al Rey Carlos III y le decía:

SEÑOR:

*Mi señor y muy venerado tío:* Con el motivo de llegarse el tiempo de ponerme a los Reales pies de V. M., espero tenga a bien le manifieste los vivos deseos que me asisten de lograr pronto esta dicha. La separación de mi amado padre y señor, que amo tiernamente, me será muy dolorosa; pero la hace menos sensible el consuelo que tengo de encontrar en V. M. otro padre benigno que se dignará disimular mis faltas. Dios me dé acierto, como se lo ruego muy de corazón, para merecer por mi conducta la aprobación y el cariño de V. M., en que afianzo todas mis dichas, y guarde a V. M. los muchos años que deseo y necesito.

SEÑOR

A L. RR. PP. de V. M.

*su más obediente y respetuosa sobrina,*

LUISA

Parma, 16 de Junio de 1765.

Encantaban al Rey estas cartas, que le rejuvenecían, como si él fuera el novio, y contestaba:

*Querida sobrina mía:* Te consuelas en la separación de tu tierno padre, con la esperanza de encontrar en mí otro no menos amoroso. Estamos iguales, querida mía. Después que me he desprendido de una hija a quien amo tiernamente, mi único consuelo es el adquirir en ti otra no menos preciosa y dig-

na de mi cariño. Ya recibirás ésta de camino. Dios te traiga con bien a mis brazos, que en ellos se verificará la dulce transformación de pasar a ser tu padre el tío que más de corazón te ama,

CARLOS

Madrid, 28 de Junio de 1765.

A la llegada de la comisión a Génova, donde tantas fiestas había preparadas, hirió de súbito el corazón de la joven Princesa la presión viva de dolor que vino a nublar el cielo de las dichas que por todas partes la sonreían. Entonces, anegada en lágrimas, así volvió a escribir a Carlos III:

SEÑOR:

*Mi señor y muy querido tío:* El dolor que me aflige me aturde y desconcierta, señor. Mi amado padre está gravemente enfermo, y esto me pone fuera de mí, que no hallo otro consuelo que el de recurrir al piadoso corazón de V. M. Conmigo va a quedar huérfano mi hermano, y ni él ni yo tenemos ya más padres que V. M. ¡Tome V. M. bajo su amor y protección a mi pobre hermano! ¡Ah señor! ¡qué bien se verifica que no hay gusto cumplido en el mundo! El mío era sin igual de volar a los pies de V. M. y de gozar el consuelo de la buena compañía de mi amado primo. Ahora, confusa entre el temor que recelo, no ceso ni cesaré de rogar a Dios guarde a V. M. como importa y necesita mi afligido corazón.

SEÑOR

B. L. R. P. de V. M.

*su más respetuosa y afligida sobrina,*

LUISA

Génova, 19 de Julio de 1765.

Esta carta llevaba una lúgubre postdata de la siguiente fecha. El triste pronóstico y temor se había cumplido, y la Princesa decía:

E. M.—*Marzo 1914.*

«El corazón, penetrado del más vivo dolor por la noticia que me acaban de dar de la pérdida de mi muy amado y venerable padre: sólo me deja fuerzas para implorar el cariño de V. M. para mi y para mi hermano, suplicándole se digne ser piadoso padre de los dos.»

En Génova, las fiestas se suspendieron y cambiaron por ofrendas de sentimiento. La Princesa se encerró en el Palacio de los Príncipes Doria a llorar a solas, hasta que a los cuatro días, visitada por los Grandes que la asistían y consolaban, invitáronla a no demorar su embarque. Constituída a bordo, allí escribió otra vez al Rey, participándole su resolución, y el 25, la escuadra española, a vela tendida y entre los cañonazos de la plaza y de los buques, se hizo a la mar con rumbo a España.

Las últimas cartas de la Princesa hirieron profundamente el alma del Rey Carlos, más que por la pérdida de un hermano a quien amaba como a un hijo, por la ternura de sentimientos que descubría en la que iba a ser pronto su hija.—«¡Qué noticia tan cruel—escribía—y en qué circunstancias! Me ha consternado y afligido a lo sumo por él, mi buen hermano, por el suyo, mi querido sobrino, y por ti, hija mía! Tú vas a entrar en el número de mis hijos, y de él me considero en adelante por padre. De ambos cuidará, mientras viva, mi amor paternal. Consuélate en esta firme confianza, como procuro yo consolarme en la dulce consideración de que has de leer ésta dentro de mi casa, y en vísperas del último arranque para mis brazos. Dios te me traiga con bien, repito una y mil veces, y conserva el precioso corazón que veo retratado en tus cartas, para hacer felices los días del Príncipe, mi amado hijo, y alargar los de tu amoroso tío—CARLOS.»

Los lutos de la Princesa, aunque tan recientes y vivos, no acallaron en Cartagena los entusiasmos populares. Solamente la Princesa los huía, escondiéndose de todas las miradas. Apenas fondeó el navío que la conducía, les fueron entregadas cartas del Rey, enviadas a mano por el Monarca desde Madrid.



Su contenido no puede rebosar mayores afectos de ternura: «No me deja mi cariño—le dice en una de ellas—tener cuatro días una carta tuya sin responderla, ni me puede detener la duda de si habrás o no puesto pie en tierra cuando ésta llegue a Cartagena. Me llenas de satisfacción y gozo con las expresiones que leo en la carta del 24, de que ibas a embarcarte animosa por caminar hacia el consuelo que en mí te espera. Tu respetable abuela, mi muy amada madre, también impaciente te aguarda con los brazos abiertos. No te escribe de su puño, por su casi absoluta falta de la vista; pero quiere que te lo diga yo. Ven, hija mía, a resucitar nuestros gustos amancillados y a probar cuán de corazón te ama tu tío—CARLOS.

En otra carta que en Cartagena esperaba también, decía el Rey bueno, el Rey honrado: «Me complace ver que tienes el mejor corazón del mundo. No pueden tener otro origen tantas gracias como me das por haberte ofrecido para tu hermano lo que le debe mi cariño.» Cuando recibió el Rey las cartas de la llegada, impaciente volvió a escribirla: «Ya se van cumpliendo mis anhelos. Ya te poseo en mis reinos. ¡Bendito Dios que te ha traído con bien! Ven a completar una de las mayores satisfacciones que ha tenido y tendrá en su vida tu tío, que con el corazón te quiere y ama.» El 10 de Agosto aún seguía escribiéndola, a pesar de que la Princesa María Luisa ya se aproximaba al término de su viaje. «Anoche—le decía—me llegó tu cartita de Hellín. Cada paso tuyo es un gusto mío. Aquí contamos todos los días que faltan para abrazarte. Tu abuela dice que ella lo hace cada momento con el corazón, y el mío me dice lo mismo.» El 26 de Agosto, Carlos III escribió a la novia de su hijo todavía una vez más. La Princesa había sufrido un ligero enfriamiento; había tenido fiebre y había guardado un día cama; pero se levantó para escribir al Rey, y éste le decía contestando a la suya: «Tienes la gracia de darme gusto hasta en lo que no te debo aprobar. ¿Por qué me has escrito hasta no estar mejorada y a riesgo de agravarte? Tú lo hiciste por tranquilizarme y dulcificarme el retardo de mis satisfac-

ciones. Así lo creo y esto... ¡me encanta! Con todo, no te vuelvas a exponer por responderme. Guarda ya todas tus naturales gracias, que hacen ya y harán siempre mi mayor consuelo, para comunicármelas de palabra. Verte es lo que más deseo.»

¡Qué fiestas las del arribo a Madrid! Las describieron en verso el abate Lampillas, por mano del Marqués de la Mina, y Benegasí y Luján, por la del Conde de Oñate. Don Ramón de la Cruz y Cano dirigió las fiestas populares al aire libre; el Coronel Sabatini, los arcos triunfales; las cuadrillas de la Grandeza, el Marqués de Tábara, el Conde de Altamira y D. Luis Curiel, Conde de San Rafael y Señor de Zorita de los Canes. No sólo sobre Madrid, sino sobre la vida casi acabada de la Reina Madre, Doña Isabel de Farnesio, y sobre la vida casi solitaria y misantrópica del Rey Carlos III, la venida de aquella joven Princesa, toda luz por dentro y por fuera de su alma, proyectó el resplandor más amable. De las virtudes que el Rey descubrió en ella, nunca se apagó la viva llama, ni en la ancianidad, ni en la proscripción, ni en las amarguras de una gran parte de su agitada existencia. Si su talento, cuando Carlos III faltó, fue el alma del Gobierno paternal y progresivo del calumniado Carlos IV, la Reina María Luisa, desde que vino a España, desde que ocupó el trono, desde que fue a la proscripción a conquistar las palmas de un lento martirio, hasta que le sorprendió la muerte, conservó aquel corazón, que Carlos III calificó *el mejor que hubo en el mundo*.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

# LA "IDEA," DE ESPAÑA

---

Entre las fórmulas negativas, críticas, de hispanología (1), hay algunas muy expresivas sobre la falta de sentimiento de patria en el español. La falta no es porque tenga el español un concepto más amplio de los destinos colectivos, sino por una omisión que le aproxima más al bosquinomano, al individuo centro-africano, que al europeo. El español, con frecuencia, quiere dar el salto de la tribu al anarquismo. Por eso, el socia-

---

(1) Debemos la palabra a José Ortega y Gasset. Hace tiempo buscábamos la expresión adecuada, el justo valor de este género, sin acertar en el propósito. Hispanología viene a ser lo que ha denominado el Sr. Dorado Montero, en el prólogo a la obra de Santiago Valentín y Cams, *Males y vicisitudes del pueblo español*, literatura del desastre. El género se diversifica según la materia a que, dentro de lo español se aplique. Por ejemplo, los trabajos de Azorín y Baroja son literarios; otros, de filosofía, de historia. Hay también crítica social, psicología social, política, sociología; pero, si existe dentro de las diversas especies la idea de lo español, con el punto de vista de revisión nacional e investigación novísima, de nuevo plano, la materia tendrá un lazo de unión interior inconfundible. Es la hispanología.

Ahora bien; España se halla en circunstancias de anormalidad. Lo necesario condiciona las cosas. El estudio total de España; el pensamiento—causas, realidad, posibilidad—de España, exige especialización, cuyo conjunto se caracteriza con trazos inconfundibles: ¿cómo llamar a la literatura y a la filosofía de este conjunto? ¿Puede llamarse hispanología?

lismo consciente—en general, casi lo consciente—es planta rara en España.

De extremo a extremo, se aproxima al pretexto para justificar su inmovilidad. ¿Anarquismo? Sí, anarquismo; pero lo malo y negativo del anarquismo. Lo humano y constructivo de él: interés de comunidad, sentimiento de justicia, no.

El individualismo nativo del español lucha con todas las disciplinas, con todas las presiones sociales, y con frecuencia las vence, las destruye. Creerse individualista de nacimiento es para la vida organizada, para la civilización, una cualidad, un rasgo de carácter, distintivo propio, original.

Pero el individualismo tiene, por lo menos, cuatro aspectos. O hay, entre los diversos géneros de individualismo, cuatro más corrientes, más frecuentes: uno, en cuanto a la forma de interpretar el derecho de propiedad: otro, en cuanto a la manera de entender nuestra posición frente a los demás; otro, que armoniza — que es característico del inglés — el interés individual con el colectivo, que da a la sociedad y al individuo el máximo de libertad, limitándolos recíprocamente por la dimensión de un doble interés; y que permite que individuo y sociedad se presten el máximo apoyo y auxilio, con un máximo de respeto al propio tiempo; y otro, puramente instructivo, sin orden, exento de toda disciplina (1).

El individualismo español supone un hiperyo, obscuro, que arrolla con su egoísmo el interés de colectividad y de humanidad, y un sentimiento de agresión contra lo que existe, por el delito de existir, y ser, por tanto, algo común con el hiperyo del sujeto español. El esbozo de este sentimiento implica, claro es, debilidad, falta de fuerza para ser. Es un kaleidoscopio de cosas agresivas e insultantes. En otro lugar se puntualizarán estas ideas.

Ahora bien; el individualismo céntrico-individual, el sentimiento de agresión a lo extenso humano, por amor a lo pró-

---

(1) El que distingue la teoría anarquista toma un poco de todos ellos.

ximo, reducido, personal, engaña y ofusca al español; le impide ver claramente el interés productivo. Lo que es falta de desarrollo, involución,—«detención evolutiva», diría Macías Picavea,—se convierte en él en falaces y engañosos pretextos para disculpar deficiencias.

Al potente sentimiento de sí mismo, hay que yuxtaponer y conexionar en el español el sentimiento, extenso, de patria, de humanidad. Patria será en este caso más humanidad, y no menos humanidad. Es el sino de lo concreto y el peligro de las generalizaciones. Si hay que enseñar al español a amar de manera extensa lo común, ¿cómo enseñarle el amor a lo universal sin pasar por el amor a lo mediato—gradual en esta evolución,—de su propia nacionalidad? ¿Es posible ensayar este extenso amor a lo humano, haciendo como que se pierde de vista este otro amor, tan real, más real, de una porción de humanidad, que componen millones de españoles?

Hay que crear, para ello, en el espíritu del español el círculo de una idea: España. Esto es, sentimiento de ciudadanía, interés civilizador, sensibilidad para la cultura, capacidad espiritual al nivel del siglo; ¡inteligencia! La impresión que produce el sér que limita su existencia a reducidísimas áreas de un «yo» limitado por lo oscuro de su sentir, es la del hermano invertebrado que vive arrastrándose en la tierra.

Platón, según Kant, se servía de la palabra idea para designar una cosa que no derivaba de los sentidos, y que aun sobrepasa y rebasa los conceptos del entendimiento. Un positivismo muy difundido aplica a la concepción de las cosas— a la sustancia de las cosas,—por el hombre, las materialidades de su existencia, como vínculos que se forman, le impulsan y le oprimen. La esencia de estas cosas es para el hombre, en el fondo, la idea de su mundo interior, de las cosas exteriores que le rodean, y que en larga convivencia tejieron su vida práctica. La tonalidad del sol, su intensidad; la topografía, la orografía, la torre o la cúpula de tal edificio; tal rasgo y tal color y tal aroma de campo, de hogar; tal silueta y evoca-

ción de la persona allegada o vecina; una porción de ideas que yacen en lo subconsciente y que se adueñan en un momento dado de nuestra sensibilidad; he ahí lo poético de la patria.

Lo demás, o sea la extensión de esos vínculos, los forma y preforma la educación; los yergue y los suscita la afinidad simpática, en sentimientos, ideas, civismo y solidaridad moral, que en el ámbito de nación hallemos y sintamos. La educación fortifica y esparce en nuestro espíritu las ideas universales. La justicia, la cultura (1), la humanidad, el bien, la belleza. La práctica va corroborando en experiencias estas ideas, y el espíritu adquiere el sentido de las cosas y las crea; las modifica, las extiende o las limita, según su poder creador y sus determinaciones.

Formar en el español la idea precisa e inmovilizarla en su espíritu con caracteres científicos, será dotarle, para la función de hombre de su siglo, de un órgano imposable que no posee.

España ha de ser para el español, además de él, de su «yo», una extensa porción de humanidad, que precisa un punto, en el cual se apoyen, en convergencia, la certidumbre de una misma necesidad y de un mismo interés. El idioma, la geografía y la historia, no pueden destruirse en el relativamente breve lapso de tiempo que la realización de la obra constructiva de España requiere.

Ni la historia, ni la geografía, ni el idioma, podemos nosotros hacerlos desaparecer o distribuir su configuración a un tipo ideal que nos agrada o convenga. La proyección de un plan ideológico como éste, indica ya, sin los distinguos que apuntamos, una cierta falta de equilibrio razonador. Se trata de una imposibilidad física, de una imposibilidad de tiempo; no de cosas problemáticas. Proponerse imposibilidades absolutas, no es discreto ni razonable. Es probable que haya entrado en los cálculos de nuestra fantasía el hacerlos, y que alguna vez se hayan perpetrado. Habrán servido en ese caso

---

(1) Con ortografía española.

para dar pábulo a nuestras pretendidas cualidades nacionales de enemigos de lo material y prosaico. Es que se trataba, en todo caso, de una confusión más que añadir al número profuso de ellas que nos asigna la Historia. La fantasía desenfrenada y turbulenta es contraria a la serena contemplación del intelecto. Fantasear, es romper las reglas de lo preciso y cierto para imaginar y divagar. Forzar la fantasía, y romper estos moldes de lo preciso y natural, es ya riesgo de inminente oscuridad y anulación razonadora.

La idea de España es el sentimiento de España; es patriotismo, ¿qué patriotismo? La colaboración subjetiva, entrañable, en el amor a España. España, como nación, por su historia, reclama introspecciones, asimilaciones, dolor de conciencia. Se trata de un nuevo patriotismo, de una nacionalidad que corresponda a un tipo de español nuevo. Lo nuevo de este patriotismo será su comprensión más clara del interés de comunidad. Su espíritu será más afín a lo humano; más sensible a lo universal, porque el «mínimum» de sensibilidad será Europa. Lo que rebase este «mínimum», lo original, lo nuevo español. Exigir, en nombre de la tradición, fidelidad a los usos y reglas antiguas, es quimérico. El progreso no se realizaría, no sería realizable, si por tradición se perseverase, monorítmicamente, en los mismos usos y en los mismos preceptos; si el progreso no hubiera rebasado, con ayuda de los conocimientos adquiridos, estos mismos conocimientos. La ciencia es un más rebasar, un más hacer; concluir, perfeccionar lo adquirido. ¿No es esto también la civilización? ¿No se ve, pues, la oposición que aquí se manifiesta entre tradicionalismo y amor a España; progreso español y progreso universal; progresividad, en una palabra? En este punto, mucho nos interesa que se advierta la diferencia entre lo que aquí se expresa, y otros escritores, notabilísimos, preocupados del problema de España, y al cual dedicaron vehemencias y entusiasmos. Sin querer, estos escritores de un tradicionalismo *liberal*—por esto, no absolutista—eran ya muy liberales, o contribuían, al menos, a fo-

mentar la conciencia liberal española. Es probable que en otro orden de ideas, ocurra lo propio con la generación nuestra.

Como se trata de hacer a España más moderna, más armónica en el tiempo, para estas posibilidades España ha de colocarse en el plano en que están las cosas de este siglo. No se trata de limitarnos, sino al contrario. Precisamente, esta amplitud para las ideas es cuestión de vida o muerte. Es preciso no olvidar que el nexo de esta palingenesia o postulado, consiste en una crítica poderosa y fuerte de nuestra quietud espiritual de siglos. Es éste el mayor mal, quizá el originario, único, de la incultura española, de la involución española. Lo contrario sería prédica de programa político, hacer política, dar un sentido conservador o tradicionalista, al problema de España.

Puede caerse también en el contrario: se halla, fuertemente aliado el progreso de los pueblos modernos al avance de las ideas liberales; pero, en sustancia, en el problema de España hay que buscar la causa dinámica con una absoluta ecuanimidad política, como se busca la clave de un intrincado mecanismo. La consecuencia política que indudablemente existe, aparece después. Es cosa demostrada que un régimen de cultura en su máximum de garantía colectiva e individual (1), va aliado el liberalismo formal y efectivamente practicado.

Las primeras interrogaciones íntimas que a sí propio se hace, al comenzar a hacer uso analítico de la razón todo sér humano, son de este tenor: «¿Qué soy yo?» «¿Qué he de ser?» «¿Por qué?» «¿Para qué?» «¿Con qué fin?» Estas interrogaciones son balbucientes y de indígena poquedad en los seres retrasados o poco aptos para la vida moderna, de civilización. El sér humano capacitado por educación para vibrar y comprender al compás del ritmo universal, extiende estas interrogaciones a las cosas cívicas, de comunidad. El español, por ejemplo, siente débilmente, con color y energías de opacidad,

(1) Dícese esto para que no se nos arguya con el ejemplo de Grecia y Roma, cuya incompleta armonía social es evidente.



el vínculo que le une al «todo» humano; y las interrogaciones íntimas de su mundo interior, de por sí flébiles, responden escasamente a las interrogaciones de la razón de las cosas. Los puntos de interrogación sobre lo colectivo podría decirse que responden a la abulia espiritual de suyo, si los impulsos oscuros, materiales, no desarrollaran en él, en mayor proporción, el egoísmo. Los impulsos materiales, cuando falta la presión externa de una sanción ética, social, conducen a mixtificar e involucrar risueñamente, es decir, con banalidad, la función social más adecuada, cuyo punto céntrico es una idea de razón práctica. La perversión de la Justicia, con frecuencia, no responde más que a la insensibilidad ideal de los encargados de administrarla.

¿Qué es España? ¿Qué soy «yo» en relación a España? ¿Qué debe ser España? ¿Qué debe ser este «yo»? España y el hombre forman entonces dos ideas en incipencia, que para alcanzar una potenciabilidad, un valor humano a la altura del valor hombre en la civilización del día, habrían de completarse, ya que no es posible truncar esta asociación de una idea: España y el español. Proyéctese la visión en figura: España es un lienzo. España la perspectiva, el ambiente, el marco; el español el sér, el individuo, el motivo. Es decir, que sin español no hay España. La idea de España será, pues, voluntad de que la cosa sea, un retornar a las cosas profundamente nativas y vitales, y un amor creciente por la verdad, no sólo en abstracto, sino en concreto, verdad en las menudencias de la diversión de cosas que componen el conjunto del existir y del sér; la eficiencia en las cosas.

El ámbito espiritual del individuo español tendrá entonces efusiones cordialísimas de su sér con la madre tierra. Su tierra nativa no será, como hoy, incompatible con el amor profundo a las cosas de un solo contorno sentimental y amistoso. La hostilidad en que hoy vive el español con su persona y su persona con la tierra que, como afín a ella, le corresponde, se convertirá en una armonía fecunda para realizar y realizarse.

España será ya una idea. El sér de la idea, por su eficiencia, no producirá en su sensibilidad la dolorosa y placentera impresión, a un tiempo, de las cosas aprehendidas después de larga convivencia con nuestras más rebeldes voliciones.

La posesión de esta idea será summum de enérgicos motivos de ser y de existir. El juicio sobre el pasado, y la perentoria necesidad del presente, se hallarán en el círculo de la «idea» España. Como la expresa voluntad de lo veraz y noble habrá sido hermana de la inquietud, el círculo difuminará en lo oscuro del no ser la confusa imagen de la España pasada sin vigorosos trazos de armonía duradera.

No se nos oculta que la idea de España corresponde, tal y como se enuncia en estas líneas, a un nuevo postulado, a nueva visión, más precisa y más en armonía con la realidad. La «idea» de nuestros confines nativos era, hasta hoy, grande por sus fantásticos vuelos, limitada y enteca por su pobrísima realidad. Lo que hemos descubierto en la balumba caótica del dolor, del pesimismo, es la «idea» de España tal cual debe ser. Es la que queremos transmitir a nuestros sucesores; la que queremos difundir en el recinto de España, de la España de gentes sencillas, pobres y resignadas, por antítesis de la España que vive en la falsedad, de asimilaciones y afectaciones en la historia y el presente.

¿Qué es España? ¿Qué debe ser España? Nuestro dolor y nuestra area sentimental nativa; la prima materia de nuestra entraña espiritual; nuestro corazón. La cultura universal va formando en los hombres ávidos de saturarse en el común de la ciencia estados psicológicos, sentimientos por las cosas universales. Sólo traicionándose a sí mismo se puede creer en la total extirpación de estos sentimientos a impulsos de las cosas internacionales. Lo que en todo hombre sensible al dolor de colectividad opera el interés y el sentimiento de las cosas universales, es el deseo ardiente, atormentado, de trasladar las cosas ópimas, ajenas, al lugar más suyo y más íntimo en que aquéllas faltan. Es el impulso de todo contraste doloroso una

vez impresionado el ánimo por el espectáculo de la injusticia, cuando el espectador se halla en posesión de ideas sobre lo justo e injusto, si sabe qué cosa sea la justicia. La noción de lo justo es suficiente que sea sentimiento para que en este caso sirva. El concepto concreto, extenso, con sus más o menos, hállase circunscripto, en los intelectos avezados a definiciones, deseosos de impulsar la noción científica de las cosas con certidumbres firmes y duraderas.

¿Qué es España? España es lo que está en mí e inmediatamente de mí; es, debe ser, la afirmación. La afirmación supone un desplazamiento de conciencia, un más ser, ámbito mayor en el existir; la cosa que contiene en sí las demás, en que ha de reflejarse el ser subjetivo. La correlación es inmediata, subsiguiente e ineludible. Por esto, España y ser español son dos aspectos de una misma idea. Es más cómodo y más literario, y está más cerca de nuestra idiosincrasia, romper esta correlación, esta contigüidad de sér y cosa, de objeto y sujeto, de punto y círculo, y volar a espacios universales, a lo ilimitado, y, por ende, no sancionado. Pero esta aérea ascensión, sin la sensibilidad de lo próximo, sin la idea de España, es pretexto y excusa u otra fórmula de no ser.

¿Cuál es la huella de esta línea de la «idea» de España? El surco de una poderosa intensificación de la conciencia civilizadora, la concreción de nuevas savias espirituales que sean poderoso motor vital de la raza.

Esto de la idea de España es como si nos propusiéramos, por anticipado, promover y resucitar en nosotros un estado de alma peculiar y familiar a aquellos pueblos que alcanzaron plena conciencia de sí mismos, un grado superior de civilización, y que se hallan hoy en el más crítico período de evolución registrado por la Historia. Va a liquidarse en la sociedad moderna la cuestión económica, la parte subsiguiente de la libertad política, la otra media libertad. En España hállanse los dos problemas involucrados. ¿Cuál es primero? Parece ser que los dos son de urgencia; pero lo más mediato, como experiencia realizada, es

la incorporación de todas aquellas técnicas e ideas que corresponden a la evolución de las demás naciones.

La «idea» de España se enlaza, pues, estrechamente al patriotismo. No lo negaremos. Pero, ¿de qué patriotismo? Hay del patriotismo conceptos distintos. La idea de patria ha evolucionado al compás de otras ideas; evoluciona aún. ¿Quién dudará que la idea de patria se entiende hoy de distinta manera que en la Edad Media o que la entendían los cartagineses o que se entendía bajo el imperio de Napoleón? No se hacen hoy las mismas cosas que en otro tiempo por la patria. El patriotismo es hoy menos patriotismo, aunque presente caracteres involutivos en pueblos de efflorescente y pujante civilización; de modernización, en otros órdenes. Un profesional de la milicia no tiene de la patria el mismo concepto que un obrero o que un comerciante; pero hay una cosa que les es común: el vínculo social, el lazo sentimental, la convivencia, la historia, la geografía, la «idea» de nacionalidad. El patriotismo de evolución más avanzada, da al individuo, contra lo que puede parecer de primera impresión, un concepto más claro de su nacionalidad, a tiempo que lo hace más asequible y propicio a la asimilación de los genérico de otros pueblos. Lo científico va siendo inmaterial y pertenece a todas las colectividades humanas con voluntad y sensibilidad para recogerlo y aprehenderlo. La exportación de espíritu es cosa mas fácil, en el mundo moderno, que la de productos. Al contrario, el sentimiento de patria en el hombre medioeval, por ejemplo, es menos propicio a la comprensión de lo universal; y a ver el interés humano, particular, como menos dependiente del interés general. Sería más exclusivista su patriotismo y más oscura la idea que de su país y el planeta se formara.

La mayor complejidad de visión y comprensión de los destinos humanos corresponde, naturalmente, a la idea más fuerte de la propia personalidad. Dar en beneficio de una lo que se sustrae a la otra, no sería sino cambiar, pero no avanzar y progresar. Se es más en el estado de máxima civilización. De lo

contrario, se operaría una evolución incompleta o se desarrollaría la capacidad para una cosa en contra de otra. Parece como si fuera así. No lo es. Cuando después de atenta mirada, nos lo parece, es que hay mínimo desarrollo. No es éste el tipo civilizador por excelencia, sino inhibidor.

El internacionalista francés o alemán tiene, seguramente, una idea más pronunciada de su nacionalidad que su congénere español. Lo que ocurre es que el individuo de estas ideas, alemán, francés o inglés, antepondrá al interés humano su visión más neta, más pronunciada de nación. El imperialista hará lo contrario, precisamente, por la borrosidad de su interpretación del patriotismo. Es el plano lo que hace la superioridad en la tesis y la antítesis.

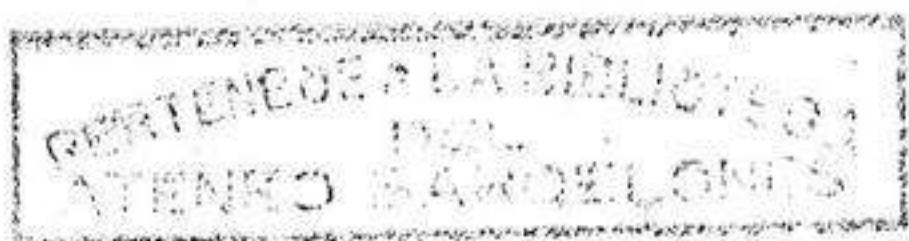
¿El nexo sentimental? Cada país, cada individuo lo siente con opiniones de grado e intensidad correspondientes a su idiosincrasia y contextura. Es poderoso en todos los hombres y en todos los pueblos, porque es parte del propio ser. Los effluvios sentimentales son las muestras de amor tenaz a las cosas. Es este amor instintivo o más bien espiritual; pero consciente, ardoroso o más laxo.

Por cima de estas partículas de nuestro sér sentimental, cobijado por ella, está el principio práctico de la «idea» de comunión nacional: de nacionalidad. Esta idea es la que hay que intensificar y civilizar en el español, como afirmación de su propio sér, completando así en él su «yo» al «yo» de los demás; es decir, hacerlo apto para considerar como hombres, y no como cosas, a los demás. La «idea» de España será, de realizarse la transfusión, conciencia para sí y para España, en la realización de las cosas universales.

JUAN GUIXÉ

# LAS REINAS DE LA ESPAÑA ANTIGUA

---



## INTRODUCCION

En una obra mía precedente tengo observada la escasísima significación política de la mayor parte de las reinas consortes de Inglaterra, país en que, precisamente desde el punto de vista social, se acusa sobremanera la influencia femenina. En España se ha verificado con toda exactitud el fenómeno contrario; en ningún otro país de la cristiandad ha tenido menos parte la mujer para la formación del carácter y de la vida de la nación, y, en cambio, por razones personales o circunstancias de orden diverso, el papel que la mujer ha representado en los destinos políticos de la nación, desde el trono, ha sido más visible que en las demás monarquías de Europa. Las tradiciones orientales, que por muchos siglos pesaron sobre España, propendieron a hacer de la mujer humildes satélites, más bien que compañeras de igual categoría que los maridos; y la galantería exagerada que se tributaba a la mujer, antes de ser esposa se entiende, y cuyo origen arranca de la obsesión caballeresca, mezclada con ideales feudales y musulmicos, contribuyó a excluir a la mujer de los actos más serios de la vida y de los problemas prácticos que ocupaban el espíritu de los varones. Mas si bien estas tradiciones limitaron en general el poder de las españolas, fueron insuficientes para contrarrestar la extraordinaria influencia política de una serie de notabilísimas

personalidades femeninas que, por la debilidad e ineptitud de sus consortes, las más veces, o por ocasión de la minoridad prolongada de los hijos, pudieron, durante el curso de cuatro siglos bien completos, mantener en todo el rigor de la frase la monarquía española. Es cierto que las soberanas reinantes, en Inglaterra como en España, han sido, por lo general y naturalmente, poderosos factores políticos; pero en muchos casos se diferencian más o menos de los soberanos en los procedimientos o en las tendencias. La diferencia entre las reinas de los dos países es más saliente cuando se trata de las reinas consortes, que en España como esposas o viudas regentes han influido en el gobierno incomparablemente más que en Inglaterra. Prescindiendo de circunstancias forzosas o del carácter personal y de otras cualidades influyentes que poseyeran algunas de ellas, puede encontrarse como principal razón de su importancia el haber, por lo común, representado grandes intereses dinásticos o alianzas nacionales, ayudados por la fuerza de partidos poderosos en la misma España o fuera de ella. Para poder entender convenientemente sus destinos y sus vidas, será necesario tener en cuenta los acontecimientos contemporáneos de otras partes de Europa que están con ellas más o menos relacionados; pero el referir la historia de las reinas españolas sometiéndonos a este plan, daría enormes proporciones a este volumen, y pondría demasiado a prueba la paciencia ordinaria de los lectores. Me he propuesto, en consecuencia, elegir para mi estudio solamente algunas de las vidas de reinas españolas que, por su prestancia, su significación política, su atractivo histórico o sus infortunios, se señalan más culminantemente en la historia romántica de su pueblo. Gran deseo me acomete de detenerme algo en no pocas de las soberanas primitivas de los pequeños reinos que constituyeron la nación española antes de verificarse la unión de las coronas; contar la historia heroica de la gran Berenguela, madre de San Fernando, y las de Doña María de Molina y de D.<sup>a</sup> Blanca de Borbón; referir los incidentes matrimoniales de Pedro el Cruel; detenernos en los sucesos

a Catalina de Lancaster, cuyo matrimonio con el heredero de Castilla pone la cláusula a la guerra de sucesión que promoviera su padre, Juan de Gante, es, repito, sobrada tentación para el historiador. Especialmente la figura de Catalina de Lancaster, que se destaca con precisión casi fotográfica de las páginas maravillosamente geniales que esculpió las crónicas de su tiempo, atrae nuestra atención. Gigantesca se nos aparece, y más si se pone en contraste con los españoles de su tiempo, de proporciones mediocres. Florida, lozana y bella; gran comedora y valiente bebedora, sus pujantes alientos en las mesas de los festines aturdían de admiración a aquellas gentes sobrias entre quienes vivía; forzada y varonil, aunque inerte y desprovista de las artes femeniles con que se aumenta la atracción de su sexo; gobernada por sus favoritas, sin que hubiera entre ellas mujer de las condiciones que para el caso importaban, gobernó rectamente a España por espacio de diez años que duró la minoridad de su apocado hijo, Juan II de Castilla.

Mas con todo el interés que ofrecen algunas de estas antiguas princesas, no se las puede en rigor llamar reinas de España, y siendo realmente la primera de ellas la gran Isabel de Castilla y Aragón, ella es quien debe inaugurar este libro, que contendrá la narración de la vida de otras reinas más amables quizás, más femeninas, más simpáticas; pero no tan espléndidamente activas, de ideales tan nobles ni dotadas de tanto poder como la Reina Católica. Fue su función en el mundo aplastar, ayudada por su marido, las turbulencias de los grandes y conducir a su unidad a España, valiéndose de la exaltación religiosa, acabando por dar a su país una grandeza pasajera y una fuerza febril, aun cuando los métodos de que para ello se sirvió determinaran al fin, en la nación que tanto amaba, una postración fatal, una larga agonía de decadencia que vino a parar en el aniquilamiento. Los problemas que en lo sucesivo habían de abordar los legisladores españoles no se concentraban ya en el de conseguir el desenvolvimiento de un país próspero cristiano, ni aun en el de mantener la suprema-



cía del Mediterráneo a nombre de esta religión. Prefirió la política de los Reyes Católicos hundir a España en el torbellino de las aspiraciones de la Europa central en el preciso momento de la historia del mundo en que se trazan nuevas líneas de demarcación con el corrosivo de los cismas religiosos que borran los antiguos linderos. Cuando se resquebrajaba en infranqueables abismos la sociedad, aislándose así gentes que hasta entonces habían vivido conjuntas, con intereses comunes y amistad tradicional. En aquellos tiempos tormentosos en que violentamente se disputaban todos el centro del dominio del globo, España fue impelida por Fernando e Isabel a una carrera que la constituyó para en adelante en adalid de cierta unidad religiosa imposible, despilfarrando durante siglos la sangre y el oro de sus pueblos en la infructífera contienda de aherrojar los pensamientos y el espíritu humanos. Miriadas de mártires derraman su sangre para cimentar la España sólida que había de servir de instrumento con que operar tan desmesurados propósitos; y la Reina estática, aunque de corazón benigno y misericordioso, no tuvo compasión para sus víctimas, como si sus claros ojos, traspasando la humareda del sacrificio, percibieran la fulgurante gloria de sus ideales. Para ella y para sus descendientes en el trono, el fin que perseguían justificaba todo cuanto hicieron por lograrlo, y el toque de locura mística que en la gran Reina estaba amalgamado con su genio exaltado, se desarrolló en los sucesores de su sangre hasta convertirse en obsesión pertinaz que los cegó, haciéndoles desconocer la naturaleza y magnitud de las fuerzas que se les oponían, y los condujo, por último, a una imbecilidad obtusa, y a su país, a una decadencia inevitable. La pálida figura de D.<sup>a</sup> Juana, cuya vida atribulada se continúa en nuestras páginas, somete a nuestra consideración una vez más, el problema espantoso de averiguar si fue realmente una víctima de conspiración infernal tramada en contra suya por quienes más debieron amarla, o una mujer llagada por la mano de Dios; si su larga vida de martirio fue castigo de una herejía o bien consecuen-

cia fatal de su enfermedad. La historia patética de María Tudor, reina consorte de España, exige también particular noticia, toda vez que su matrimonio con Felipe II supone la condición forzosa para la vida de España, de mantener a toda costa la alianza tradicional con Inglaterra en medio de las ásperas luchas religiosas que habían de enseñorear y transformar la Europa; al paso que, corriendo el tiempo, el esfuerzo desesperado de Felipe para formar un nuevo grupo de poderes que permitieran a España deshacerse de la influencia de la heterodoxa Inglaterra, se personifica en la mansa y noble figura de Isabel de Valois, su tercera mujer, cuya vida ya bastante conmovedora en su desnuda realidad, adornaron los poetas con galas variadas y fantásticas. Las princesas austriacas que llegaron a ser consortes de los monarcas católicos, representan todas la persistencia desgraciada de los soberanos españoles en seguir asidos al ensueño espléndido, pero irrealizable que su grande fundador Carlos V legó a su infortunado reino: el de perpetuar la hegemonía española sobre Europa, por instrumento de la uniformidad de un credo impuesto por la fuerza, dictado por Roma y corroborado por Madrid. Y en los intervalos de desaliento y desilusión que la impotencia de los Habsburgos ocasionaba para asegurar tal uniformidad aun dentro de los límites de su mismo imperio, y la imposibilidad manifiesta de la España para oponerse por sí sola a la tarea gigantesca, vemos sucederse reyes y ministros en lucha desigual con el singular enemigo de la casa de Austria, y España, en busca de esposas francesas que proporcionaran católico refuerzo al campión católico. Cuando, al fin, España exhausta ya no podía vivir engañándose más a sí misma, y su misma debilidad le decía que había recibido muchos golpes en su demanda de detener al tiempo y negar a los hombres el derecho dado por Dios a conservar libre su pensamiento, las alianzas matrimoniales de sus reyes, dejando de ser ahora instrumentos para la realización del primitivo ensueño, siguieron todavía obedeciendo a tradicionales fines políticos que España planeaba unas veces con res-

pecto a Francia, y otras con respecto a Austria. Pero el fin de tales esfuerzos no era ya servir a propósitos nacionales, prudentes o insensatos, sino arrancar alguna ventaja de aquellas aves de rapiña que iban haciendo su nido en el cuerpo de una gran nación agonizante que se disolvía, husmeando una porción de su sustancia al acercarse la hora de su muerte. Por patético y sórdido que ser pueda el cuento de estas intrigas en su aspecto político, la función personal de las reinas consortes, sus procedimientos, éxitos y fracasos aparecen frecuentemente henchidos de intenso interés para el observador de las costumbres. La vida de la nada escrupulosa Mariana de Austria, que en provecho de su casa mantuvo largo tiempo a España en nombre de su imbécil hijo, y a su vez resultó burlada por D. Juan, y por la ambición francesa se nos aparece con actualidad tan pintoresca e íntima, gracias a la plenitud de documentos legados por una época consciente de sí misma, que nos llega a introducir en los más recónditos secretos de la intriga, hasta un extremo que los mismos contemporáneos hubieran juzgado imposible. Y por su parte también, la historia triste, pero muy humana, de la joven princesa semi-británica, brillante y risueña, arrancada del París encantador para servir a los intereses de Francia, como mujer de Carlos II, el hijo semi-idiota de Mariana, sólo para golpearse hasta morir contra los hierros de su dorada y lúgubre jaula y quebrar su corazón con alegría no disimulada de la vieja suegra, difunde a chorros su luz espantosa sobre la sociedad española en su decadencia, y pone de manifiesto el colmo de bajeza a que puede alcanzar la ambición humana. Más repugnante es la carrera de la sucesora alemana, de María Luisa, como consorte del miserable Carlos el Hechizado en sus últimos años, y la relación de la extraordinaria serie de enredos urdidos por los partidos rivales en torno al lecho del Rey cuya muerte se aguardaba con impaciencia, y a quien atormentaron y aterrorizaron en su tumba, a que fue conducido en senil decrepitud a los cuarenta años. Muy a la ligera se estudiarán aquí los sucesos de las reinas del renacimiento bor-

bónico, la apocada María Luisa de Saboya y la vigorosa y turbulenta Isabel de Farnesio, que escogida para servir de humilde instrumento a otros, se apoderó del látigo y de las riendas, y empujó a España por donde se le antojó, durante una vida larga de luchar por el engrandecimiento de sus hijos, en la que Europa se vió envuelta muchos años en revueltas, por la ambición de una mujer.

Estas y otras reinas consortes desfilarán ante nuestra vista por estas páginas, cuáles buenas, algunas (las menos) malas y la mayor parte desgraciadas. Ningún placer nos da el detenernos en los rasgos tristes y sombríos de sus historias ni deseamos representarlas a todas como víctimas; pero no ha de olvidarse, para excusa de los yerros de algunas de ellas, que fueron sacadas de sus hogares, de entre sus parientes, de su país, siendo aún niñas, por lo común, y llevadas a una corte extranjera, lejana, en donde el ceremonial en uso conturbaba con sus austeridades y repelía, sacrificadas en matrimonios sin amor, a hombres a quienes nunca habían visto, tratadas como insensibles fichas en los juegos políticos en que se entretenían cerebros de raposos. No es maravilla, pues, que sus infantiles ánimos se sofocasen, sus corazones juveniles se quebraran de desesperación, o, en otros casos, echaran a rodar toda consideración de honor, deber y dignidad, y buscaran cómo gozar antes que el fin las saltease. Algunas de ellas pasaron triunfadoras por la prueba feroz, y se aparecen a nuestra vista claras y radiantes. La gran Isabel I, después otra Isabel de no tanto relieve, mujer del emperador, y una tercera Isabel de la Paz, la más amada de las reinas españolas, y Ana su sucesora, como solemne cónyuge de Felipe. De ninguna de estas puede decirse, en justicia, la menor palabra de reconvención, ni de Margarita, la consorte austriaca de Felipe III, ni de la animosa Isabel de Borbón, hija del jovial y galante Bearnés y hermana de Enriqueta María de Inglaterra. Estas y otras sostuvieron bravamente su carga hasta el fin, y aun respecto de las pocas que la echaron de sí y se extraviaron entre las flores ponzo-

ñosas del camino, hay que tener en cuenta que las faltas de los otros en contra de ellas fueron mucho más grandes que sus propias trasgresiones. Las narraciones que aquí se expondrán brevemente se presentan con el deseo honrado de alcanzar la exactitud histórica y la imparcialidad en las deducciones que de los hechos puedan sacarse. No se ha pretendido hacer ángeles ni diablos de los personajes descritos. Fueron como el resto de su linaje, criaturas humanas que procedían con arreglo a muy diversos y variados motivos, y se dejaban dominar por influencias políticas y personales, que deben tenerse en la debida cuenta para apreciar sus caracteres o comprender sus acciones. Algunas de estas vidas se conocerán ahora por primera vez, estudiadas a la luz de la investigación moderna, y en los casos que difieren de las doctrinas inglesas, generalmente aceptadas, se han puesto notas en el margen inferior de las páginas, donde se indican las fuentes actuales de que proceden mis afirmaciones. El establecimiento de archivos en muchos países europeos y la reproducción abundante de textos históricos por la imprenta española, en los últimos años, ha proporcionado gran parte del material utilizado en este libro; y los trabajos más recientes de historiadores ingleses, franceses y españoles se han puesto, naturalmente a contribución, en lo que de más nuevo ofrecen. En las notas marginales, cuando la ocasión se presenta, rendimos gustosos la expresión de nuestra gratitud.

MARTÍN HUME

## ISABEL LA CATÓLICA

### CAPÍTULO PRIMERO

Erguido soberbiamente sobre un peñasco elevado, a la margen del menguado Manzanares, se alzaba el palacio de granito. en que se había ido convirtiendo gradualmente el anti-

guo castillo morisco de Madrid. Como un águila desde su nido, sus menudas ventanas avizoran la hosca llanura que se extiende a lo lejos hasta los nevados y relucientes picachos de Guadarrama, que se destacan claros y aguzados en un cielo de cobalto. El alcázar había sido escenario de muchos acontecimientos extraños en los pasados tiempos, y durante un siglo el esplendor caballeresco había aturcido aquellos patios vastísimos, con sus arcadas de columnas airoas y sus salones revestidos de tapices, cuyos techos artesonados deslumbraban con los reflejos del oro y las pinturas. Frívolo y dado a deleites, Don Juan II de Castilla, nieto de Juan de Gante, había superado, durante un largo reinado de ostentación vana, los poemas épicos y las novelas de caballerías que henchían su cerebro, y él mismo, con su león de Nubia, que mansamente le acompañaba, se pavoneaba por el alcázar de granítica base, con arrogancia más pintoresca que la de Amadís o el Rey Artus. Su hijo Enrique IV, muelle y disipador, había seguido sus pasos y había convertido su palacio de Madrid en una casa de magnificencia disoluta y de humillante libertinaje, sin ejemplo aún en aquella época de general decadencia.

Pero rara vez hubo escenas tan saturadas de infamia, y a la vez tan placenteras en la apariencia, como las que tuvieron lugar en aquel palacio de Madrid el día 17 de Marzo de 1462. La avaricia, el odio y la envidia rugían bajo aquellos mantos de seda y de armiño; y ¿por qué no decirlo? debajo de las pomposas vestiduras de los eclesiásticos que se agrupaban ante el altar de la capilla del Palacio, aunque por una y otra parte se notaban risas y palabras de alborozo. Porque el rey, después de ocho años de matrimonio infecundo, llegaba a tener una heredera, y la corte y el pueblo habían de mostrarse alegres y dar la bienvenida a su futura reina. Corridas de toros, torneos y juegos de cañas, cantos de ministriles y opíparos banquetes habían entretenido por algunos días a un populacho a quien se adormecía con vistosos espectáculos; y ahora las ceremonias sagradas de la Iglesia iban a santificar a aquella criatura

cuyo advenimiento había movido a muchos corazones con extraordinario asombro. El rey, que era un gigante velloso, bermejo, de miembros lánguidos e inertes y cara ruin, con su corona de oro y manto de terciopelo, tenía a su lado a su entenado Alfonso, niño de nueve años. La recién nacida fue llevada bajo un palio a la fuente bautismal por el conde de Alba de Liste, y el atiesado y cejijunto primado de España y arzobispo de Toledo, Alfonso de Carrillo, que con tres obispos auxiliares verificaba la ceremonia, bendecía a la criatura melosamente bajo las miradas linfáticas del rey, aunque por su parte se había propuesto arruinarla. A los lados de la pila estaban los padrinos: una niña de once años y un noble gallardo engalanado esplendidamente, con su mujer. Alrededor los cortesanos dibujaban en sus labios comprimidos fingidas sonrisas que sus entrecejos contradecían, y de vez en cuando sus miradas se fijaban en el grupo de los padrinos y en la figura más noble de toda aquella corte que se empujaba y oprimía; era un joven deslumbrante de joyas, que estaba detrás del rey. Alto casi tanto como Enrique, de oscuros y fulgurantes ojos, de cabello negro lustroso, bello y agradable continente, constituía, con el rey y el grupo que estaba junto al Baptisterio, los elementos de un gran drama que había de terminar con el renacer de España. Porque aquel joven era Beltrán de la Cueva, nuevo conde de Ledesma, quien, según toda la corte susurraba, era realmente el padre de la princesa recién nacida, y entre los testigos, a más del francés Armignac, estaba el soberbio y arrogante favorito del rey, el omnipotente D. Juan Pacheco, marqués de Villena, con su mujer, y la entenada del rey la princesa Isabel de Castilla. Aquella niña no había visto nada de la vida de la corte, porque hasta aquel tiempo, desde su niñez en que quedó sin padre, había vivido con su madre y su hermano más joven, en olvidado retiro, en el lejano castillo de Arévalo, engolfada en sus libros y en las labores que a las doncellas se les solían enseñar; mas a pesar, desempeñaba su papel con toda compostura y digna sencillez. Era ya de alta estatura para

la poca edad que tenía, rostro ovalado, ojos azules brillantes, cabello rubio, en que se perpetuaban los rasgos de los Plantagenet, sus antepasados; si ella, en su inocencia, hubiera adivinado algo de las pasiones tormentosas que calladamente rugían en torno suyo, no hubiera hecho signo ninguno; lo hubiera llevado en calma, como convenía a la hija de una larga serie de reyes (1).

Siete semanas después, día 9 de Mayo, en la gran sala del palacio, los nobles, prelados y diputados de las ciudades francas se reunieron para jurar vasallaje a la nueva heredera de Castilla. Unos se iban adelantando, arrodillándose y besando la mano diminuta de la inocente niña, arrugando el entrecejo y murmurando para sus adentros palabras de menosprecio y de indignación, que no osaban proferir recio, porque por todas partes, y atascadas en las galerías y patios, se veían las lanzas de la guardia morisca del rey, prontas a castigar la primer muestra de desobediencia. Así es, que aunque el apodo insultante de la *Beltraneja*, que se puso a la nueva infanta Juana, pasara de boca en boca mansamente, la protesta pública no valía de nada (2).

Ya antes del nacimiento de la infeliz *Beltraneja*, el escándalo de la vida de Enrique, su debilidad despreciable y su impotencia sexual reconocida, que había dado lugar al divorcio de su primera mujer, había convertido su corte en un palenque apropiado para ambiciones y rivalidades. Como los reyes precedentes de su Casa, que habían ascendido al trono mediante una revolución fratricida, y rebelde él mismo durante la vida de su padre, Enrique IV había disipado los bienes de la corona en recompensar a los grandes de su facción, hasta el punto de que en la época presente estaba agotado su patrimonio. La justicia se compraba y vendía descaradamente, haciéndose donaciones de por vida con cargo a las rentas públi-

(1) Enrique de Castillo describe la ceremonia en su *Crónica de Enrique IV*, contemporánea.

(2) Hernando de Pulgar: *Crónica de los Reyes Católicos*.



cas, por una fruslería; la ley y el orden no existían fuera del recinto de las ciudades amuralladas o de los castillos fuertes, y todo el país era presa del saqueo de los nobles que, separadamente o en ligas, tiranizaban y robaban a su antojo (1). Nunca el feudalismo había sido potente en los reinos de Castilla, a causa de que los nobles fronterizos que durante siglos habían ido rechazando gradualmente la dominación de los moros, tenían que depender constantemente del subsidio de las ciudades que ocupaban, para que el nuevo orden de cosas fuera por ellas bien recibido y preferido al que cesaba. El germen de las instituciones españolas no ha de buscarse en otra cosa que en la municipalidad, no en el lugarón que circundaba al castillo ni a la abadía, como ocurrió en Inglaterra, y el noble guerrero español, a diferencia del barón inglés o tudesco, tenía que conquistar el favor de los ciudadanos, y no cuidarse de allegar siervos para el cultivo de sus tierras. Pero cuando los moros en España habían sido reducidos a la impotencia, y ocupó el trono una serie de reyes débiles, verdaderos muñecos de los grandes, el feudalismo, que en otras partes agonizaba ya, probó a levantar cabeza en España, apoderándose del gobierno de las ciudades, por una parte, y mendigando el favor del rey o enseñoreándose de él, por otra. En el tiempo a que nos referimos tocaba a su término el proceso; y la única defensa que aún quedaba contra la tiranía absoluta de los nobles, eran su mutua ambición y rivalidad.

Años enteros había gobernado al rey con vara de hierro el marqués de Villena, D. Juan Pacheco. Las concesiones y mercedes que de él había por fuerza conseguido para él y sus amigos le habían constituido en la más fuerte potencia del país. Pero había nobles hartos descontentos de su privanza, algunos de ellos superiores a él en linaje y aun en posesiones hereda-

---

(1) Carta de Diego de Valera a Enrique IV: M. S. citado por Amador de los Ríos. Véanse también los famosos poemas de la época: las coplas de Mingo Revulgo, y las del Provincial, que presentan animados cuadros de la anarquía vigente.

das; y cuando el gallardo paje D. Beltrán de la Cueva entró en la buena gracia del rey y de su liviana consorte portuguesa la reina D.<sup>a</sup> Juana, los enemigos de Villena vieron en este astro naciente el instrumento con que podían humillarle. Después del nacimiento y bautizo de la Beltraneja, empezaron a llover honores casi reales sobre Beltrán de la Cueva, y Villena y su tío Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, a experimentar cada vez más descontento e indignación. Quince días después de haber prestado las Cortes juramento de vasallaje a la nueva princesa, protestó Villena en secreto del acto, alegando la ilegitimidad de la niña (1), y sin aguardar mucho tiempo se manifestó oposición abierta entre el rey y su privado.

Nos falta espacio para relatar aquí al pormenor la complicada serie de intrigas y humillaciones que siguieron a esto. El rey, en una ocasión, llegó a verse obligado a ocultarse en su palacio para librarse de la soldadesca de Villena que le atacara. Para comprar la buena voluntad del celoso favorito hacia su hija, hasta convino en un matrimonio entre la Beltraneja y el hijo de Villena (2); y para mayor humillación, en Diciembre de 1464 consintió en que una comisión de clérigos nombrada por Villena y sus amigos, inquirese la legitimidad de su hija presuntiva. Esta inquisitoria se llevó a cabo con harta mala intención, pero resultó en contradicción evidente respecto a la virilidad del rey, que pareció por muchos testimonios ser muy amigo de la compañía de las damas, suscitándose violentos celos en la reina con este motivo; por más que, a nuestro parecer, no se manifestasen razones válidas para desheredar a la princesa, la comisión se mostró lo suficientemente indecisa en

---

(1) La protesta se encuentra en los Archivos del descendiente de la casa de Villena, actual duque de Frías, a quien quedo obligado por haberme facilitado extracto de ella.

(2) El tratado original, que no llegó a efecto, está en los Archivos del duque de Frías, y aparece firmado por Luis XI, como una de las partes contrayentes. Lleva fecha del 9 de Mayo de 1463. En ninguna otra parte he visto referencia de este hecho.

el asunto, para recomendar al rey que se mantuviera en los mejores términos con los rebeldes. La princesa Isabel, hermana del rey, que vivía por entonces en la corte, fue también designada por Enrique como instrumento para pacificar la liga conjurada en contra de él. Había sido prometida en matrimonio, siendo aún muy niña, y cuando vivía en Arévalo, al príncipe Carlos de Viana, primogénito del rey de Aragón y heredero legítimo por parte de su madre al reino de Navarra; unión espléndida, que, en el caso de faltar descendientes a Enrique y a su hermano Alfonso, hubiera traído la unión de toda España en un solo reino. Pero Carlos de Viana había ya sucumbido en 1461, víctima del odio y malevolencia de su madrastra Juana Enríquez, hija del prepotente noble castellano D. Fadrique, almirante del reino, representando así entonces Isabel valiosa ayuda diplomática para su hermano. Antes de estallar la tormenta de la guerra, intentó Enrique casar a su hermana con Alfonso V de Portugal, hermano de su mujer, para prevenir así sus reclamaciones a la corona de Castilla, con detrimento de la Beltraneja; pero aquella unión no ofrecía atractivos para aquella prudente niña de trece años; porque el novio era de edad avanzada y deforme, y ya su propio humor, o sus hábiles consejeros, la habían indicado el marido que más conviniera a sus intereses. De esta suerte, hizo recordar a su hermano que ella, como princesa de Castilla, no podía legalmente ser prometida en matrimonio sin la ratificación formal de las Cortes.

En Setiembre de 1464, Beltrán de la Cueva recibió el honorífico nombramiento de Maestre de Santiago, que no iba, es verdad, acompañado de cuantiosas rentas, pero le ponía en disposición de una potencia militar no inferior a ninguna otra del reino, y esta nueva locura del rey fue la señal de la rebelión. Una compañía de nobles se apoderó inmediatamente de Valladolid en contra del rey; y aunque los ciudadanos los rechazaron inmediatamente y proclamaron la lealtad de la ciudad, se produjo entonces la coalición de los partidos rebeldes. Al día siguiente, 16 de Setiembre, tuvo lugar repentinamente

un intento de captura y secuestro del rey mismo junto a Segovia. Era el rey una pobre criatura de ánimo apocado, que aborrecía las luchas y los peligros; y por más que algunos de sus consejeros más poderosos protestaran de su pusilanimidad, consintió en recibir a los nobles revoltosos y satisfacer sus agravios. En Octubre, Villena, el arzobispo de Toledo, el conde de Benavente, el almirante D. Fadrique y el resto de los rebeldes, encontraron a Enrique entre Cabezón y Cigales, y en tres entrevistas que se sucedieron durante su estancia de cinco semanas expusieron al menguado rey sus querellas (1). El rey debiera licenciar su guardia morisca y ser más buen cristiano; no debería exigir más dinero sin el consentimiento de los nobles; debería desposeer al de la Cueva de su Maestrazgo de Santiago; reconocería su impotencia y la bastardía de su hija, y reconocería como su heredero a su entenado Alfonso, que recibiría por tutor a Villena. En 30 de Noviembre, el rey y los nobles prestaron juramento de sostener al niño Alfonso como heredero del reino; con lo que Enrique, convertido así en mero símbolo de soberanía para lo sucesivo, emprendió tristemente su camino para Segovia, donde se hallaba aún la comisión que entendiera en el asunto infamante de su virilidad (2); y Villena y su tío, el belicoso arzobispo, se constituyeron así en los dominadores de España. Pero aunque Enrique consentía en todo, marcadamente esquivaba el espíritu del acuerdo. Desposeyó a Beltrán

---

(1) Su texto, distribuido en treinta y un capítulos, puede verse en la Colección de Documentos Inéditos, vol. XIV, pág. 369.

(2) La cronología exacta de estos acontecimientos y los que se siguen, no aparece clara en ninguna de las numerosas historias de aquel tiempo, ni tampoco en la de Prescott, debido a que ni Enriquez de Castillo ni Pulgar daban sino muy rara vez las fechas, y Galíndez menciona solamente los años en que acontecieron las cosas de su propio recuerdo. La impresión de la obra contemporánea de aquellos sucesos, titulada *Cronicón de Valladolid* (escrita en parte por el Dr. Toledo, médico de Isabel), en los Documentos Inéditos, nos permite ahora fijar dicha cronología, para la mayor inteligencia de su significación.

de la Cueva del Maestrazgo de Santiago, pero le nombró duque de Alburquerque, para indemnizarle; y la pobre Beltraneja, desheredada, fue en lo sucesivo tratada con más consideración.

Cuando se vió que la guerra civil era inevitable en la primavera de 1465, Enrique llevó a su mujer e hija con su hermana Isabel a Salamanca, mientras el arzobispo de Toledo, en nombre de los nobles rebeldes, se apoderaba de la ciudad amurallada de Avila, a la que a los pocos días llegó Villena y sus parciales, trayendo consigo al infante Alfonso, quien, en conformidad con lo acordado con el rey en Cigales, recibió el juramento de vasallaje como heredero de la corona. Estaba visto que los nobles no podían esperar ya más del rey, porque había llamado a su reino a las armas para hacerles frente; pero de un rey niño, hechura suya, podían prometerse todavía ricas mercedes; que por primera vez desde los últimos tiempos de la monarquía gótica agonizante llegó a ser para los nobles la consagración del ungido soberano de Castilla, objeto de befa y de irrisión. En Abril de 1465 juraron los nobles en Plasencia secretamente sostener en el trono de Castilla a Alfonso; y en 5 de Junio de 1464, sobre un terraplén dentro de los muros de Avila, se representó una escena que llenó de estupor a España por lo sacrílega. En aquel terraplén aparecía una figura vestida de luto, con corona real en la cabeza, una espada delante y en la mano un cetro. Un gran concurso de gente esperaba emocionado que aparecieran en la escena los actores vivos; y bien pronto desembocó por la puerta de la ciudad una brillante cabalgata de nobles y obispos, capitaneados por Villena y escoltando al joven príncipe Alfonso. Al llegar ante el tablado, tras de un saludo de escarnio al muñeco, la mayor parte de los nobles subió a la plataforma, mientras Villena, el Maestre de Alcántara, y el conde Medellín, con un cuerpo de guardia, llevaban al infante a un rincón algo alejado, donde podía tener más seguridad. Luego, en voz alta comenzó a leerse la destitución del monarca, fundada en cuatro razones. Por la primera, se decía, Enrique de Castilla es indigno de gozar de

la dignidad real; al pronunciarse estas tremendas palabras se adelantó el arzobispo de Toledo, y arrancó la corona real de las sienes del inanimado muñeco; por la segunda, es inepto para administrar justicia en el reino; y el conde de Plasencia quitó la espada de donde estaba puesta; por la tercera, no puede confiársele soberanía ni gobierno alguno, y el conde de Benavente arrebató al impotente monigote el cetro que empuñaba; por la cuarta, hásele de privar del trono y de los honores anejos a los reyes; a lo que D. Diego López de Zúñiga derribó de un empujón al fanteoche, y lo pisoteó entre las befas y maldiciones de la multitud. Ejecutado esto y despejada la escena, el joven Alfonso fue levantado en brazos de algunos de ellos para que todos lo pudieran ver, y un gran vocerío de *Castilla, Castilla por el Rey Don Alfonso*, resonó por todas partes, y luego, asentado en el trono, dió su mano a besar y recibió como nuevo soberano juramento de vasallaje. Como violento incendio por entre los páramos y selvas de Castilla se difundieron velozmente las terribles nuevas, y Enrique en Salamanca se vió rodeado de huestes de vasallos, cuya reverencia por un rey ungido había sido atropellada, en su sentir, impía y sacrilegamente.

Ambas facciones volaron a las armas, y por algunos se enardeció la guerra civil, siendo alternativamente asediadas y tomadas las ciudades fuertes por uno y otro partido. Isabel permaneció al lado del rey como lo hiciera en Segovia o en Madrid, aunque por el conocimiento que puede haberse de su carácter, suponemos que veía con muy poca simpatía la manera de ser de la corte de su hermano. Al mismo tiempo, durante la dilatada contienda de 1466, Enrique trató de atraerse a Villena y a su familia y restarle a la rebelión, prometiendo desposar a su hermana con D. Pedro Girón, Maestre de Calatrava y hermano de Villena. El candidato era un bárbaro disforme, y hubiera sido demasiado empeño sacrificar a una infanta de Castilla, arrogante y ambiciosa, como Isabel, casándola con un nadie, levantado de repente a alta fortuna. Nada

en el mundo, dijo ella, la haría consentir en tal humillación; mas el rey, sin cuidarse de sus protestas, impetraba del Papa la dispensa para D. Pedro, de su voto de celibato como Maestre de una orden religioso-militar. La amiga fiel de D.<sup>a</sup> Isabel, D.<sup>a</sup> Beatriz de Bobadilla, mujer de Andrés Cabrera, Mayordomo mayor del rey, y gobernador de la fortaleza de Segovia, tuvo tanto afán como su señora en impedir aquel matrimonio, y juró asesinar a D. Pedro, si necesario fuese, para evitarlo. Hallóse camino mejor que el puñal de D.<sup>a</sup> Beatriz, pues cuando llegaba la dispensa papal, y el novio en perspectiva llegaba en triunfo a solicitar a su prometida, la ponzoña le cortó su carrera apenas era salido de su casa. Si Isabel fue o no cómplice de este suceso, es cosa que no logrará saberse nunca. Probablemente no hubiera titubeado en aprobarlo, dadas las circunstancias y el sentido moral de la época; pues nunca omitió medio, por doloroso que fuese, como su hermano hacía, si lo creía conducente a sus fines.

En 20 de Agosto de 1467, los principales núcleos de los bandos se reunieron en el histórico campo de Olmedo; el arzobispo belicoso de Toledo, revestido de una armadura cubierta de sobrevesta bordada con símbolos sagrados, conducía con aparato de guerra al pretendiente Alfonso; mientras que el favorito del rey, Beltrán de la Cueva, ahora duque de Alburquerque, se oponía de parte del rey a los arrestos del eclesiástico (1). Hubo considerable quebranto por ambas partes, pero al fin la cobardía del rey hizo que se quedara aquel combate como una derrota suya, y la presa de su fortaleza de Segovia patentizó bien pronto y con tanta claridad su impotencia en las armas, que hubo de llegarse a un *modus vivendi*, mediante el cual, por el espacio de casi un año, hubieron de dictar él y Alfonso (2) decretos, y sólo en apariencia gobernaban territorios en que, en realidad, dominaban sus partidarios.

(1) Enríquez de Castillo: *Crónica de Enrique IV*.

(2) Algunos de los decretos promulgados por Alfonso en aquel tiempo, concediendo a Villena y a sus parciales grandes mercedes y privilegios,

Al fin, en Julio de 1468, el joven príncipe destinado a la corona murió repentina y misteriosamente, a los quince años de edad, en Cardenosa, junto a Avila, quizá de peste, como se dijo entonces, pero aún es más de creer que emponzoñado (1), con lo que la revolución se hizo general. Isabel se hallaba en el Alcázar de Segovia con sus amigos, el gobernador y su mujer, cuando la ciudad apareció sitiada por los rebeldes, y desde aquel tiempo (1467) había acompañado las fortunas de Alfonso, con quien estuvo hasta su muerte. Con atribulado corazón se retiró al convento de Santa Clara, en Avila, mas no se le pasó inadvertido el gran cambio que se había operado en sus destinos con la muerte prematura de su hermano. Tenía ella a la sazón diez y siete años, y era avisada y precoz, más con mucho de lo que sus pocos años prometían; los sucesos que habían tenido lugar a su vista, durante los seis últimos años, habían madurado su entendimiento, naturalmente poderoso, y no se puede dudar que cuanto aconteció después lo había ya ella hecho entrar en sus cálculos. Había carecido de la cariñosa compañía de que suelen gozar las jóvenes de su edad, pues su desdichada madre viuda, a quien siempre profesara tierno afecto, había sucumbido hacía tiempo, víctima de la calamidad hereditaria que pesaba sobre la Casa de Portugal, a que pertenecía, y vivió desde su viudez en su demencia letárgica en el castillo de Arévalo. Enrique era el único contrario que quedaba a Isabel, no teniendo otros parientes próximos; los eclesiásticos y los nobles que se habían levantado contra Enrique, y ahora estaban al lado de ella, eran, bien le constaba, ambiciosos desalmados que socavaban el poder real en provecho suyo; y a pesar de ser en extremo piadosa, no padecía Isa-

---

se conservan en los archivos del duque de Frías; y otras cartas, recompensando a la ciudad de Avila por su adhesión al infante, han sido publicadas por el cronista de esta ciudad, Sr. Foronda.

(1) De una trucha envenenada que comió, según afirmaban sus adictos. Da vigor a la sospecha del envenenamiento, el que se anunciara públicamente su muerte cuando vivía en toda salud.



bel chasco ninguno con respecto al arzobispo y los obispos que, al agitarse en rebelión, para nada se fundaban en consideraciones religiosas o morales. Por otra parte, los nobles revoltosos y los eclesiásticos no podían continuar en aquéllas sus revueltas sin tener a la cabeza una persona de la realeza. El joven Alfonso, que más bien podía llamársele un niño, les había sido instrumento cómodo, e, indudablemente, los caudillos de los bandos pensaron que aquella moza circunspecta y callada les sería igualmente fácil de manejar.

No tuvieron que aguardar muchos días para experimentar lo contrario. El arzobispo de Toledo era el verbo de los amotinados. Dentro de los muros venerandos del Real Convento de Avila expuso ante Isabel una pintura animada de los males que había causado la gobernación de su hermano; de su vida vergonzosa, de la disipación insensata de los bienes de la Nación en objetos indignos, y la bastardía, reconocida por todos, de la hija, la convertía a ella en heredera del trono. Acabó su razonamiento el arzobispo, ofreciendo a Isabel, en nombre de los nobles, la corona de Castilla. Los que tal corona habían llevado, luchando penosamente durante siglos contra los infieles invasores, siempre habían sido mirados como personas sagradas. La exaltación religiosa engendrada por la Reconquista hacía aparecer, a los ojos de los fieles, a los reyes cristianos como ungidos con sanción divina y gozando de santo patrocinio. El atacarlos no sólo era deslealtad, sino sacrilegio; así que la deposición de Enrique en Avila había, como hemos dicho, estremecido a España de horror. No entraba en los designios de Isabel hacer nada que menoscabase la veneración que rodeaba al trono, al que se conocía ya claramente destinada. De suerte que su contestación al prelado fue tan firme como avisada. Con muchas reflexiones discretas, tomadas de los libros didácticos que habían sido siempre su afán, le hizo saber que nunca aceptaría una corona que no le correspondía en derecho.

Deseaba que terminara aquella miserable guerra, decía, y reconciliarse con su hermano y soberano. Si los nobles desea-

ban servirla, no intentarían hacerla reina antes de tiempo; antes persuadieran al rey que la reconociese como heredera, si juzgaban que la princesa Juana era fruto del adulterio.

Al principio desmayaron los nobles ante aquella contestación que creían significaría su ruina. Pero el arzobispo Carrillo conocía la debilidad de Enrique, y susurró al oído de Villena, según bajaban las escaleras del convento, que la resolución de Isabel de reclamar su calidad de heredera sería la seguridad y victoria de ellos. Poco pondría el arzobispo de su parte, o el resto de los nobles pronto habían de conocer el grande ánimo y voluntad férrea de la joven con quien querían negociar. Sin pérdida de tiempo fueron a ver al rey. Él se manifestó propicio en todo a trueque de tranquilizar su vida, y Alburquerque y el mismo cardenal Mendoza convinieron con él en que el plan no era de desechar; mas había de pensarse en ello después que los nobles dejaran las armas. Antes de terminar Agosto quedó todo arreglado, y las ciudades de Castilla habían enviado sus diputados a prestar juramento de vasallaje a Isabel como heredera de la corona. Celebróse una entrevista formal entre Enrique y su hermana en el lugar denominado Venta de los Toros de Guisando, famosa por encontrarse en sus cercanías ciertas esculturas prehistóricas en piedra, representando no se sabe qué animales. Todo, en apariencia, se llevó a cabo de amigable manera. Enrique abrazó a su hermana, prometiéndola su estimación en lo sucesivo, y la hizo donación del principado de Asturias, y de las ciudades de Avila, Huete y Medina, con todas sus rentas y jurisdicciones, como antes de comenzar la revuelta (Setiembre 1464) (1).

---

(1) En una serie de documentos de los archivos de Avila, publicados por el Sr. Foronda, hay una carta curiosísima, firmada por Isabel, en 2 de Setiembre, antes de encaminarse a la entrevista con su hermano. En ella procede ya como soberana de Avila, confirmando los muchos privilegios dados a la ciudad por su hermano Alfonso, a quien llama ella rey, e invalida las concesiones de territorios pertenecientes a la ciudad, que Enrique había otorgado al conde de Alba. De esta manera anulaba las mercedes del rey, aun antes que éste le confiriera la posesión de la ciudad.

Pero el convenio obligaba a Isabel a que no se casara sin consentimiento del rey, y es evidente que con esta condición Enrique y sus parciales aspiraban a hacer inefectivas sus concesiones.

Las intrigas de los dos partidos de Castilla convergían ahora en el asunto del matrimonio de la Princesa. No faltaban a ésta pretendientes. Si hemos de dar crédito a Hall, Eduardo IV, de Inglaterra, antes de su matrimonio con Isabel Grey, había puesto sus miras en España, y es evidente que su hermano Ricardo, duque de Gloucester, era, por aquel tiempo, otro aspirante. Uno y otro hubieran convenido a Enrique, porque de esta manera alejaban a Isabel de España. También hubiera sido aceptable un portugués, porque Portugal estaba, naturalmente, del lado de la Beltraneja, y su madre, como portuguesa que era. Pero Isabel tenía otros designios, y los únicos pretendientes a que se daba entrada eran el duque de Guiena, hermano de Luis XI, y el joven Fernando de Aragón, hijo y heredero de Juan II, y sobrino del animoso y ya viejo Almirante de Castilla, que había figurado al lado de los nobles cuando sus turbulencias. No hay duda ninguna respecto al pretendiente, a quien favorecía Isabel. Del francés le hablaron como de una criatura pobre y mezquina de ojos lacrimosos y piernas endebles, al paso que de Fernando, joven de su misma edad, se hacían lenguas, loando su apostura varonil, su bello continente y su destreza, las personas en cuyo juicio más fiaba Isabel. Es imposible asegurar si Isabel sabía claramente lo que tal matrimonio significaba para España; pero es cierto que el taimado Juan II de Aragón se daba cuenta puntual de todas las ventajas que traía aparejado para su reino.

La casa de Aragón con sus dominios de Nápoles y Sicilia, y su ambición de hacía siglos por dominar en Oriente, se había encontrado siempre con que le salía al paso el poder creciente de Francia. El Mediterráneo que por tantos siglos ha sido asiento de la supremacía, no tenía puertos más hermosos que los que regía el cetro de Aragón; pero los catalanes eran

brancos e independientes con relación a sus reyes, y difícilmente aflojaban su dinero para servir a los propósitos de la corona. Un rey de Aragón, reducido a sus pocos recursos, no podía pensar en derrotar a Francia en el golfo de Lyon, y llevar la bandera roja y amarilla de Barcelona por las tierras infieles del Oriente. Pero con los recursos en hombres y dinero a su disposición, con que más abundantemente contaba Castilla, ya era todo posible; y Juan II, que no había tenido escrúpulo en asesinar a su hijo primogénito en provecho del segundo, y separar a sus hijos del reino materno de Navarra, estaba pronto a andar cualquier camino que condujera a la unión que más podría realizar el sueño de Aragón.

Por la parte de Isabel, el matrimonio era también bueno, sin contar con la inclinación personal. No puede dudarse que ella estaba determinada desde muy pronto a aplastar la tiranía de los nobles que habían reducido a Castilla a la anarquía, y convertido la figura del monarca en ludibrio.

Con su gran talento, pronto comprendió que para hacerlo debería disponer de fuerza mayor que la que pudiera prestarle una liga de nobles en Castilla mismo; y miraba en Aragón el punto de donde podría obtener la fuerza complementaria. No dejaron de apreciar este hecho los nobles, especialmente Villena. El turbulento cabecilla de las conspiraciones miraba torvamente a la resuelta y serena doncella que imponía así desde un principio su voluntad sobre sus partidarios, y poniendo ahora su poder de parte del rey, a quien había en otro tiempo depuesto solemnemente, se procuró, en pago, el maestrazgo de Santiago. Espantados a la noticia del enlace con el príncipe aragonés, el rey y Villena trataron de común acuerdo, por segunda vez, de casar a Isabel con el rey de Portugal, siendo Villena y Mendoza sobornados espléndidamente por el portugués para ser de ellos ayudado (1).

---

(1) El acta original, firmada por el rey de Portugal, lleva fecha 2 de Mayo de 1469, y se halla en los archivos del duque de Frias.

Isabel estaba en la su villa de Ocaña en aquel tiempo, y su situación era en gran manera peligrosa y difícil, cuando los enviados portugueses vinieron a ella con Villena a ofrecerle la mano de su rey. Como Isabel se había prometido secretamente, varias semanas antes, en matrimonio a Fernando de Aragón, su respuesta fue una negativa diplomática a la proposición de los portugueses; y Villena, lleno de rabia, quiso apoderarse de ella en el acto y llevarla prisionera a la corte. Cuando un príncipe o princesa no convenía en algún sitio, era fácil en aquellos tiempos removerle de él, y el peligro de Isabel era grande. Pero tenía ella el dón de atraerse la admiración y el afecto; era tan animosa como león y tan prudente como serpiente, y el pueblo de Ocaña hizo comprender bien a las claras a Villena que no permitiría violencia ninguna contra ella; pero algo había que hacer para prevenir el aumento de poder de Isabel; así que, como último recurso después de aquella negativa, determinaron, para dar cabo a la unión con el rey portugués, apoderarse de ella por la fuerza de las armas. Estaba entonces en Madrigal, y el obispo de Burgos, sobrino de Villena, sobornó a los servidores de Isabel para que la abandonaran cuando llegara el caso; el rey envió órdenes a los ciudadanos para que no hicieran resistencia contra sus oficiales, y el cardenal Mendoza, con un poderoso escuadrón, entró en Madrigal para detener a Isabel. Pero otro arzobispo más belicoso que él, Carrillo de Toledo, le salió al encuentro. Con el almirante D. Fadrique y una compañía de jinetes, salió presuroso de León y llevó a Isabel en seguridad entre los que hubieran muerto por ella, y entró en la gran ciudad de Valladolid, en 31 de Agosto de 1469, después de la puesta del sol. No se perdió tiempo. Enviáronse correos disfrazados a Zaragoza, para dar prisa a que llegara el novio. El empeño era peligroso, porque si Fernando cae entre las manos de los cortesanos, con brevedad lo hubieran despachado. Pero el negocio era de importancia, y ni Juan II ni su hijo reparaban en niñerías. Una dificultad que se presentó fue resuelta de modo curioso.

Como era fama que Isabel aparecía puntillosa en materia de legalidad; y ella y Fernando eran primos segundos, se requería una bula pontificia para verificar el matrimonio. El Papa Paulo II se inclinaba del lado de la corte, y no se podía esperar bula de él; pero Juan II y el arzobispo de Toledo habían amañado una para vencer los escrúpulos de Isabel (1).

Al mismo tiempo que aparecía por el camino real de Castilla una imponente cabalgata aragonesa para atraer la atención del rey y sus guardias, otra modesta compañía de mercaderes franqueaba los pasos montañosos de Soria, después de dejar en Tarazona el territorio aragonés el día 7 de Octubre. El primer día después de entrados en Castilla, caminaron muy bien sus veinticinco leguas; y entrada la noche, dieron con la ciudad amurallada de Osma, donde había de reunírseles Pedro Manrique con una escolta de hombres de guerra. La noche era oscura, y el llamamiento que hicieron a las puertas de la ciudad no fue entendido; corrióse la voz que había llegado un cuerpo de tropas reales a apoderarse de la plaza, y desde las almenas de los muros se mandó una lluvia de proyectiles contra los advenedizos. Una piedra mortífera pasó silbando junto a la cabeza de un apuesto garzón de varonil continente, que como criado acompañaba a los que, por la traza, parecían mercaderes. Era Fernando mismo, que a duras penas escapó así de la muerte. Y tras de una breve explicación y santo y seña, siguió el descender antorchas y el bajarse con estruendo el puente levadizo y abrir las pesadas puertas, con lo que se acabó el peligro (2). Al día siguiente, llegó Fernando con tropas más considerables a Dueñas, en León, junto a Valladolid; y pocos



(1) Isabel llegó a conocer el engaño tiempo después (1471), por la unión proyectada entre la Beltraneja y el duque de Guiena. Después le fue otorgada bula legítima por el Papa Sixto IV.

(2) La relación de la llegada de Fernando y su matrimonio, va referida gráficamente en las Décadas de Alfonso de Palencia, que había sido enviado por Isabel a buscarle y acompañarle en su camino.

días después, ataviado como más convenía a su condición de novio heredero de un trono, porque su padre le había hecho rey de Sicilia, se encaminó, cuando la mayor parte aún dormían, a Valladolid. Era media noche cuando llegó, y las puertas de la ciudad estaban cerradas; pero una poterna del muro daba acceso a la casa en que Isabel se alojaba; y allí, el arzobispo de Toledo le tomó de la mano, en presencia de su prometida, con la que fue desposado solemnemente por el capellán del arzobispo. Fue hecho todo con tanto secreto, que el menor vislumbre de ello se percibió por la ciudad entregada al reposo, y al cabo de dos horas estuvieron de nuevo a caballo y llegaron a Dueñas mucho antes de amanecer (1).

En 18 de Octubre de 1469, cuatro días después, todo estaba preparado para hacer público el casamiento, y Fernando, con gran pompa, entró en aquella ciudad, acompañado de caballeros y hombres de armas, castellanos y aragoneses. Isabel residía en la mejor casa de Valladolid, propiedad de su partidario Juan Vivero; la sala principal estaba aderezada ricamente para aquella ocasión, por cierto de las más solemnes que en materia de matrimonios recuerda la Historia, aunque ninguna supiera entonces que así era. Hizo de oficiante el belicoso arzobispo que tan considerable parte había tenido en todo aquello; y al día siguiente, después de la misa, los recién casados comieron en público, en medio del regocijo de la gente vallisoletana, que siempre les fue fiel. Hubo pocas ceremonias en la boda, porque los tiempos eran apurados, el reino intranquilo, el dinero escaso; pero la imaginación se alborozaba previendo las grandes consecuencias que de la boda sobrevendrían, y los que conocían el asunto, aunque naturalmente sin darse cuenta en toda su extensión de él, comprendían que por mucha que fuera la brillantez con que se solemnizara, nunca llegaría a ser toda la que merecía.

---

(1) *Cronicón de Valladolid*: diario de esta ciudad, a cargo del doctor Toledo, médico de Isabel. (Doc. Inéd. 14.)

Las nuevas del temido enlace acongojaron en gran manera al rey y a la corte. Villena, estrechamente coligado con Alburquerque y los Mendozas, mantenía ahora la causa de la Beltraneja (1), que fue declarada heredera legítima a la corona y prometida en matrimonio al primer pretendiente de Isabel, el duque de Guiena, en presencia de los nobles, reunidos en el monasterio de *Loyola*, junto a Segovia. Nada importaba, al parecer, que los mismos nobles que ahora juraban fidelidad a D.<sup>a</sup> Juana, la pobre Beltraneja, la hubieran antes declarado bastarda; como que necesitaban no más que una muñeca, no una señora, como Isabel les parecía, y estaban prontos a perjurar en provecho propio. Isabel fue desposeída en regla de todas sus mercedes y privilegios, incluso el señorío de Dueñas, junto a Valladolid (2), donde ella y Fernando habían acomodado una pequeña corte y donde les había nacido su primogénita (Octubre 1470), una hija a la que se le dió el nombre de Isabel.

Fernando no pudo permanecer más largo tiempo inactivo, y fue pronto llamado por su padre a ayudarle en una guerra contra Francia, estando ausente de su mujer por espacio de más de un año, cobrando gran crédito y experiencia en la guerra y en los negocios públicos. Mientras tanto, las cosas iban poniéndose otra vez mal para la Beltraneja. Su prometido francés murió en Mayo de 1472, y algunos de los nobles, no pudiendo soportar la ambición de Villena, empezaron a revolverse y a hacer secretas negociaciones de amistad con Isabel. Tenía ésta amigos decididos y valientes en el camarero Cabrera, a quien estaba encomendado el Alcázar de Segovia, y su mujer, Beatriz

---

(1) En los Archivos de Frías hay un compromiso, de 2 de Octubre de 1470, firmado por el duque de Guiena, de recompensar al cardenal Mendoza, al marqués de Villena, al duque de Arévalo y a otros por la ayuda que le prestaran para sus esponsales con la Beltraneja.

(2) Dueñas fue otorgada en el mismo día, 21 Octubre 1470, a la princesa D.<sup>a</sup> Juana. (*Cronicón de Valladolid.*)



de Bobadilla (1). En las últimas semanas de 1473, D.<sup>a</sup> Beatriz y su marido estimularon a Enrique a que perdonara y acogiera a su hermana. Ella, le dijeron, era perseguida por el marqués de Villena, sin que supusiera mal ninguno para él el haberse casado con el hombre a quien amaba. Enrique estuvo perplejo, pero el cardenal Mendoza y el conde de Benavente habían cambiado de modo de pensar otra vez e interpusieron su influencia en favor de Isabel. El rey soltó a regañadientes una promesa, y esto fue bastante para D.<sup>a</sup> Beatriz; disfrazóse de labradora, y por un atajo se salió de Segovia, y sola, pisando la nieve, se apresuró a llevar la buena noticia a Isabel a la ciudad de Aranda, que acababa en aquel momento de entregársele por la gente del pueblo. Pocos días después, y a otro aviso de D.<sup>a</sup> Beatriz, salió Isabel de noche, escoltada por el arzobispo de Toledo y sus hombres de armas, y antes de amanecer del 28 de Diciembre de 1473 fueron recibidos todos en el Alcázar de Segovia, donde nada, no siendo la traición, podía ofenderla.

El hijo de Villena, que, temiendo ser sorprendido, se había negado a entrar en la ciudad cuando había ido con el rey semanas antes, y se había quedado en las cercanías del famoso monasterio de Jerónimos de El Parral, fundado por su padre, huyó a la noticia. Su padre, con Alburquerque y el condestable de Castilla, conde de Haro, se llegaron al mismo tiempo a Cuéllar, y enviaron una orden insolente a Enrique de que expulsara a su hermana de Segovia. Mas llegó demasiado tarde. El rey ya había encontrado a Isabel, que le había recibido a la puerta del Alcázar, y prometíola amor y respetos. En un

---

(1) Cuánto estimara Isabel la fidelidad de estos celosos adictos suyos, se vió bien en el último acto de su vida. En su lecho de muerte revocó— y no con beneplácito de muchos, como puede pensarse— todas las mercedes y recompensas que había otorgado de patrimonio de la corona, so pretexto de haberlas hecho más por necesidad que por propia voluntad. La única excepción que hizo fue la del dominio del marquesado de Moya, que con este título había otorgado a Cabrera y su mujer.

razonamiento lleno de discreción varonil (1), le hizo saber que había ido allí para suplicarle que dejara a un lado todo enojo contra ella, porque no procuraba ella en nada su mal; y todo lo que ella le pidió fue que cumpliera su juramento prestado en Toros de Guisando y la reconociera como heredera de Castilla, «porque por ley divina y humana la sucesión le pertenecía».

El débil Enrique se balanceaba de un lado al otro como una caña agitada por el viento, queriendo prestar atención a una y otra parte, hasta que Isabel decidió valientemente enviar a buscar en secreto a Fernando, que precisamente a esta sazón acababa de llegar de Aragón. El peligro era grande; pero Isabel conocía que podía contar con el gobernador del Alcázar de Segovia, y Fernando entró sigilosamente en la fortaleza el 4 de Enero de 1474. Era difícil empresa para Doña Beatriz persuadir al rey que recibiera a su cuñado; pero al cabo triunfó, y cuando Enrique hubo consentido se llevó adelante el negocio con toda perfección, saliendo todos juntos de la ciudad con pompa y grandes muestras de afecto y regocijo de las gentes. Doce días después, D.<sup>a</sup> Beatriz y su marido dieron un espléndido banquete (2) a la regia compañía, en el palacio del Obispo, entre la Catedral y el Alcázar. Cuando los ministriles estaban tocando en la estancia después de la comida, el rey cayó repentinamente enfermo. Vómitos violentos y flujos parecían acusar los efectos de un envenenamiento, y la alarma fue grande. Continuáronse día y noche procesiones y rogativas, y el desgraciado pareció reponerse; mas aunque continuó viviendo casi un año, no volvió a encontrarse bien, prosiguiendo la irritación de su estómago incesantemente, hasta que sucumbió debilitado.

---

(1) Recordado en la *Crónica de Enrique IV*, de Enríquez de Castillo.

(2) Se ha de mencionar, de paso, que la desleal consorte de Enrique IV y madre de la Beltraneja vivía separada de él en Madrid. Sucesivamente había tenido varios hijos de distintos hombres.

Mientras tanto, los dos partidos habían guerreado sin tregua por arreglar lo de la sucesión. A veces había prestado ayuda a los amigos de Isabel, otras a Villena y Alburquerque; pero Isabel, por su cuenta, con gran juicio y cautela, había aprendido dónde se encontraba la mayor seguridad, y tuvo cuidado de no moverse del Alcázar de Segovia, con la firme custodia de Cabrera, que a su vez tenía como fuerte amparo a su mujer D.<sup>a</sup> Beatriz. Cierta día de aquel verano se había averiguado que el rey, con mala fe, había entrado en arreglos con las fuerzas de Villena para que entraran solapadamente en el Alcázar y se apoderaran de Isabel, bajo pretexto de que ella hubiera dado ponzoña al rey; pero el plan salió fallido, y Enrique, por temor o por vergüenza de haber tenido parte en la conjura, dejó Segovia para colocarse en las manos de Villena, en Cuéllar. Ambicioso hasta el extremo, llevó Villena al rey a Extremadura para conseguir la sumisión de algunas ciudades que codiciaba; pero, con gran aflicción de Enrique y consuelo del país, el insaciable favorito murió inesperadamente de una pústula maligna en la garganta, según iba de camino, y el rey volvió a Madrid, moribundo también. Su vida ignominiosa se acabó antes de la madrugada del 12 de Diciembre de 1474, y sus últimos designios fueron en pro de la rehabilitación de la Beltraneja. Se dice que dejó testamento hecho en que la nombraba heredera; pero el cardenal Mendoza, el conde de Benavente y los demás testamentarios, nunca mostraron tal documento, que, por lo demás, hubiera sido rechazado por toda la nación, que era apasionadamente leal, antes como ahora, a Isabel (1).

---

(1) Galíndez refiere que Enrique, en su lecho de muerte, juró que Juana era realmente su hija, y dice que dejó testamento a su favor, y a Villena como albacea. Habiendo muerto éste antes que el rey, quedó el testamento confiado a Oviedo, secretario del rey, quien a su vez lo confió al cura de Santa Cruz, de Madrid. Éste, temiendo verse comprometido, lo encerró en un cajón con otros papeles, y luego lo enterró en Almeida (Portugal), Años más tarde lo supo Isabel, y cuando en 1504 estaba mor-

Apenas hay bajeza privada o pública de que Enrique no fuese acusado. Desde el soberano Pontífice hasta los más humildes, pero sinceros de sus vasallos, llegaron a él reprensiones contra la conducta notoriamente escandalosa del rey indigno; y a su muerte, las calamidades, acumuladas y fomentadas por una serie de monarcas frívolos, habían llegado a su apogeo. No había justicia ni orden ni seguridad para la vida o la propiedad, y el fuerte oprimía al débil, sin corrección ni estorbo, quedando no más que una apariencia de ley, mantenida en las ciudades grandes fortificadas por medio de ciertas hermandades ciudadanas armadas. Pero en los disturbios que sucedieran al nacimiento de la Beltraneja, las ciudades mismas se dividieron, y en muchos casos hubo partidos dentro de las mismas murallas, con escenas de sangre y atropellos. La fe y la religión, que hasta entonces habían sido el más firme sostén del trono de Castilla, habían sido vilipendiadas y holladas por un monarca cuyos camaradas y más íntimos servidores procedían de la raza execrada de Mahoma. Los nobles, que en su provecho y en el de sus parciales habían exprimido del rey casi todo lo que tenía que dar, y amenazaban hasta con subyugar las ciudades, estaban exentos de toda otra contribución que no fuera la casi desatendida ya del servicio de las lanzas que el soberano tenía derecho de reclamar en caso de apuro. Hombres como Villena y D. Alvaro de Luna en el anterior reinado, con ejércitos superiores a los del rey y con riquezas más copiosas, eran los soberanos efectivos de Castilla, en alborotado turno, pareciendo ya la desintegración final del reino en pequeños principados, consecuencia natural e inminente del es-

---

talmente enferma, envió al cura y a un letrado a desenterrarlo. Cuando se lo trajeron, estaba tan enferma que no pudo verlo, y continuó en poder del letrado. Éste informó a Fernando después de la muerte de la reina, y el rey mandó que el documento fuese quemado, recompensando espléndidamente al letrado. Otros quieren—prosigue Galíndez—que el papel fuese conservado.

tado de los negocios que existía cuando Enrique IV exhaló su último aliento.

Toda Castilla con León y los demás dominios allegados, suspiraban por el advenimiento de un salvador que les llevara la paz y la tranquilidad; y era de presumir, a primera vista, que tan turbulento Estado, que nunca había sido regido por una mujer, difícilmente confiaría en que una u otra de las princesas que aspiraban al trono, poseyera en tan congojosos trances las cualidades necesarias para proveer a su remedio. La popularidad de Isabel en Valladolid y en Segovia era grande, y en el momento en que murió el rey, los partidarios de la reina se fortalecieron más, pues Villena había muerto, la Beltraneja era una niña de doce años, y la reina madre, desacreditada y tenida en menosprecio, había ido a terminar sus días en un monasterio de Madrid (1). Las ciudades, por la mayor parte, aguardaban, llenas de temor, los acontecimientos, perplejas ante el partido que se debería tomar; hubo como una tregua de respiro a la muerte del rey. Isabel estaba en Segovia, y bajo su influencia y la de Cabrera publicó pronto aquella ciudad sus sentimientos, enarbolando sus pendones por Isabel y por Fernando, a los que en su presencia juró fidelidad y proclamó soberanos de Castilla. Siguió Valladolid el 29 de Diciembre; mientras Madrid, cuya fortaleza estaba en poder del hijo de Villena, se declaró por la Beltraneja. Los nobles se revolviéron de nuevo; movido por interés personal o rivalidad, el arzobispo de Toledo abandonaba a Isabel, a causa de su competencia en el favor con el cardenal Mendoza; mientras Alburquerque, presunto padre de la Beltraneja, se unía a sus contrarios y se organizaba la guerra civil, ayudada por la invasión de los portugueses, para disputar a Isabel y a su marido los derechos a la sucesión.

Por extraña fortuna, los jóvenes consortes, obligados por el destino a luchar por su espléndida herencia, eran los más in-

---

(1) Murió en Junio de 1475.

signes genios de la gobernación que existía en aquel siglo. Es ya ocasión de decir algo acerca de sus prendas y caracteres. Ambos contaban veintitrés años en aquella sazón, y, como hemos podido ver, la experiencia de la vida era en uno y otro considerable y libre de ilusiones. Isabel gozaba de un talento incomparablemente mayor. La dignidad, combinada con la dulzura de su porte, cautivaban a cuantos a ella se acercaran; al paso que su humildad, ostensiblemente religiosa y su piedad, le ganaron muy poderosas simpatías entre la gente de iglesia, que tan rudamente habían padecido bajo el reinado de Enrique. No hay razón ninguna para dudar de la sinceridad de sus excelentes intenciones, como ocurre también con su nieto Felipe II, carácter, aunque muy inferior, sumamente parecido al suyo. Como él, nunca titubeó en usar tratamientos que ahora llamaríamos de crueldad, si conducían al logro de sus designios. Aunque no gustaba de la crueldad por sí misma, estaba decidida a unificar la España, y la ortodoxia en todo su rigor debería ser la base de esta unidad; los soberanos ungidos de Castilla deberían asumir el señorío de los cuerpos y de las almas, porque su corona era a sus ojos un símbolo de la selección e inspiración divina, y nada de lo que se hiciera en servicio de Dios por su mandatario en el mundo podía ser equivocado, por dolorosas que fueran las consecuencias. Era lo que nuestro tiempo llamaría una mujer fanática; pero el fanatismo en el suyo y en este país era una virtud refulgente y sigue siendo su máspreciado título a la consideración de muchos españoles. Era de severidad implacable tratándose de quebrantar desórdenes y rebeliones; mas hemos visto ya en qué situación estaban las cosas en Castilla cuando subió ella al trono, y es evidente que sólo un cetro de hierro y un corazón de hielo podían hacerle frente. Aun cuando terrible era la justicia de Isabel se siguieron de ella menos males de los que hubiera producido la anarquía con que se encontró si hubiese continuado (1). Su actividad y fuerzas corporales se igualaban con sus

(1) Aunque consintió en que un pobre loco fuera atenaceado con hie-

prodigiosas fuerzas mentales, imponiendo la consternación perseverantemente en sus poderosos contrarios con aquella su maravillosa celeridad de movimientos por regiones desoladas del país, sin caminos casi, recorriendo a menudo de noche distancias que nos parecen hoy increíbles.

Fernando era tan despótico y ambicioso como ella, pero sus procedimientos diferían en absoluto. Necesitaba él la fuerza de Castilla para impulsar los intereses de Aragón por Italia y el Mediterráneo; y, como Isabel, vió que la unidad religiosa era indispensable si había de contar con un arma sólida en sus manos. Pero no sentía en lo más mínimo las aspiraciones de exaltación mística que enseñoreaban a Isabel. Era realmente práctico en todo; nunca mantuvo juramento sino en tanto que pudo convenirle, gustando de la vía tortuosa para llegar a su objetivo. Jactábase de haber triunfado en todas las cosas de la vida, curándose muy poco de que la muerte viniera luego a burlarse de sus planes. Su escuela política era puramente italiana; y operaba cínicamente, basándose, como Enrique VII de Inglaterra, en la idea de que la supresión del feudalismo conduciría al soberano a la impotencia, si no se ponía cuidado en aprontar un gran caudal exprimido de los súbditos. Preveía que los reyes se harían temer, no por los señoríos que allegasen, sino en proporción al número de combatientes que les fuera dable pagar con efectivo en caja, y fue más afortunado que los dos Enriques de Tudor en acopiar cuanto dinero le era necesario. Extrajo tesoros a raudales, explotando la ortodoxia religiosa y dividiendo a sus vasallos por espacio de un siglo; y disipó ríos de oro exterminando una minoría heterodoxa, siendo la unificación de España medio con que él contaba para ulteriores

---

ros candentes por haber atentado contra la vida de Fernando, y entregó millares de miserables a las llamas, por simples dudas sobre su ortodoxia, se negó siempre a asistir a una corrida de toros después de haber asistido a una en que murieran dos hombres. Condenaba, en efecto, el sacrificio de vidas humanas, que no conducía a ningún buen objeto.

E. M.—*Marzo 1914.*

7

fines. Fernando e Isabel alcanzarían, pues, la admiración de sus súbditos por su grandeza y altos designios, e impondrían la sumisión leal por sus éxitos de gobernantes, pero no pudieron ser considerados como criaturas humanas dignas de afecto.

Entre caracteres tan fuertes, no podía esperarse en un principio que todo marchara de perfecto acuerdo; y, en efecto, la vida matrimonial de Isabel se inauguró con medianos auspicios en este punto. No se puede dudar que Fernando, de igual modo que su padre, entendía que aquél había de ser el soberano reinante de Castilla, y no simplemente rey consorte; cierto que Fernando, por parte de su abuelo del mismo nombre, era el heredero masculino de la corona de Castilla; y como en Aragón estaba en vigor la ley sálica, presumían que podría tener fuerza en Castilla. Mas esto distaba mucho de los propósitos de Isabel; apoyada en las resoluciones de los eclesiásticos y jurisconsultos de Castilla, se mantuvo firme. Por un momento Fernando puso mal gesto, y amenazó con dejarla para que ella lidiara por cuenta propia; pero predominó en seguida un acuerdo mejor, en virtud del cual, ambos habían de reinar juntos; mas Isabel era la única que podía nombrar jefes, oficiales y administradores en Castilla, y retenerse la jurisdicción de todos los asuntos fiscales en sus reinos.

En 2 de Enero de 1475 se reunió Fernando a su mujer en Segovia, en donde se convocaron unas Cortes para recibir el juramento de fidelidad. Subió al Alcázar, por aquellas calles enmarañadas y pendientes: Beltrán de la Cueva, duque de Alburquerque, por una parte, y nobles, obispos y ciudadanos, por otra, concurrieron a rendir homenaje a los nuevos soberanos. Dos meses más tarde, la fiel ciudad de Valladolid recibió a los reales consortes con efusión de contento; y un no breve período de fiestas dió ocasión de atraer y convocar gran número de adictos. Los dos partidos aparejaban fuerzas para el supremo combate, y se requería ánimo vigoroso, tanto en Isabel como en su marido, para hacer cara al porvenir. El arzobispo de Toledo seguía ahora la causa de la Beltraneja, y por ésta



estaban Madrid y algunos de los nobles más poderosos de Andalucía y, lo que era más grave, Alfonso de Portugal, que se había desposado con la Beltraneja, y hasta iba ya juntando tropas para invadir a Castilla y apoderarse de su corona. El 3 de Abril, los nuevos soberanos tuvieron una gran fiesta en Valladolid. Isabel, vestida de brocado carmesí, con corona de oro apretando su dorada y copiosa cabellera, montaba una hacanea blanca, con silla de brocado y gualdrapas, y crin floreada de oro y plata. Seguíanla catorce damas nobles, ataviadas con ropajes, la una mitad de colores vivos, y la otra de brocado verde y terciopelo claro, imitando en el tocado de sus cabezas sendas coronas; y según que iban a caballo hacia su puesto de honor, en un pabellón aderezado en el coso, decían las gentes que nunca se había visto mujer tan bella y majestuosa como la reina de España (1). Nobles e hidalgos se apiñaban en torno suyo para escucharla, mientras que el rey Fernando entraba en el coso cabalgando su corcel de guerra, dispuesto a romper una lanza como el más diestro jinete de España. Al entrar, la multitud quedó asombrada al mirar la extraña cimera que remataba su yelmo, y la aún más extraña divisa que llevaba de empresa en su escudo.—¿Qué significaría?—preguntaban, no sin temor, algunos de los que se tenían por amigos más allegados. La cimera tenía forma de un yunque, y la divisa era ésta:

«Como yunque sufro y callo  
Por el tiempo en que me hallo» (2).

Mote que se dice iba enderezado contra aquellos que a su lado le festejaban con aclamaciones y pompas, y en su ausencia hacían causa con sus enemigos.

Fue aquella fiesta alborozada, aunque llena de funestos

---

(1) Oviedo, que la conoció bien, dice que ninguna mujer podía comparársela en hermosura.

(2) *Cronicón de Valladolid* (Doc. Inéd. 14), y también Alfonso de Palencia.

presagios; pero Isabel no estaba por gastar mucho tiempo en frivolidades semejantes, así que al siguiente día montó su palafrén y tomó el camino de Tordesillas, doce leguas más allá, para visitar los fuertes y tratar de atraerse al arzobispo de Toledo. Con prodigiosa actividad, los jóvenes soberanos viajaron separadamente de castillo en castillo, alentando a sus adictos y previniendo todo para la defensa; y estaba Isabel en la imperial Toledo a últimos de Mayo de 1475, cuando le vinieron noticias de que el rey de Portugal había entrado en España con un considerable ejército, se había casado en toda regla con la Beltraneja y proclamado rey de Castilla (1). Isabel, sin esperar un momento más, partió a caballo hacia su feudo de Avila, treinta leguas más arriba. Tardó menos de dos días en el viaje, y aunque le sobrevino un accidente en Cabezón, no osó detenerse hasta ponerse en salvo dentro de los muros de la ciudad, en la que entró el 28 de Mayo.

Por algunos meses todavía estuvo indecisa la suerte de España. Fernando juntaba todas las fuerzas, pero las que tenía enfrente eran más poderosas que las suyas, y el arzobispo de Toledo, con su riqueza y numerosa parcialidad, había engrosado las del portugués. El ejército invasor pasó el Duero a la vista de Toro, fortaleza robustísima hasta un grado increíble, en la frontera del reino de León, y Fernando, saliendo de Valladolid para hacerle retroceder, fue batido. Todo León, con los llanos de Castilla hasta el mismo Avila, quedó a merced de los invasores. Pero el portugués era flojo en la acción, y en esta crítica coyuntura, el ánimo incomparable de Isabel salvó la situación (2). Convocó Cortes en su ciudad de Medina, cen-

---

(1) Como ejemplo del carácter mercenario de los nobles castellanos de aquel tiempo, he de mencionar un compromiso firmado por el rey de Portugal, que se conserva en los archivos de Frías, en que se promete al joven Villena el maestrazgo de Santiago, en recompensa de la ayuda que le suministrara.

(2) El rey de Portugal, noticioso de que habían pasado la frontera caballeros castellanos, propuso a Fernando, según se dice, un pacto, en vir-

tro de la fabricación de paños y el mercado más importante de Europa para operaciones de crédito, hizo un llamamiento a su patriotismo, su lealtad y su amor. Votóse dinero sin escasez, abrieron mercaderes y banqueros sus cofres, las iglesias vendieron su argentería y los monasterios desenterraron sus tesoros. Entraron tropas aragonesas, hiciéronse levadas en Castilla, obedientes al llamamiento de la reina, y al fin del 1465 se puso Fernando al frente de un poderoso ejército, capaz de oponerse al invasor. Isabel tomó parte activa en las operaciones militares. En 8 de Enero de 1476 salió de Valladolid, a caballo, con un tiempo horrible, dirigiéndose a la región más fría de España a reunirse con Alfonso, entestado de Fernando que se encontraba cerca de Burgos. Caminó la reina durante diez días por entre profundos ventisqueros antes de llegar al campamento; ya la ciudad estaba por ella, y en la última noche de su viaje, en medio de una densa obscuridad, entró en la ciudad del Cid, en donde la recibieron de hinojos los notables de la población vestidos de seda e inclinando sus cabezas para mostrar arrepentimiento por las pasadas faltas. La reina los perdonó generosamente, con cordialidad, con presteza, porque ellos, y otros como ellos, comprendía Isabel que le servirían de instrumentos para poner a España a sus pies.

Mientras tanto, Fernando había marchado a esperar al enemigo, fuerte de 3.000 caballos y diez mil peones, acampados a la orilla del Duero, junto a Toro. Primero sitió a Zamora, que ocupaba posición media entre el ejército portugués y el

---

tud del cual, se sacrificaría a la Beltraneja y se reconocería a Isabel, a condición de ceder a Portugal toda Galicia y las dos plazas de Zamora y Toro, que entonces él ocupaba. Fernando estaba inclinado a acceder, y envió un mensajero con la tal proposición a su mujer. Antes de que el mensajero acabara sus primeras palabras, le atajó Isabel, indignada, prohibiéndole que prosiguiera. Añadió que ella dirigiría la guerra por su cuenta, y no permitiría que se rindiera ni un palmo de su reino. Apresuróse a ir a Medina, y allí convocó Cortes, como dejamos dicho.

suyo, y el rey de Portugal trató ineficazmente de bloquearla. Fracasados en esto los enemigos levantaron el campo el 17 de Febrero y marcharon a Toro de nuevo. Retiráronse calladamente, pero Fernando los persiguió con el ímpetu posible, y los alcanzó a cuatro leguas de Toro, ya bien entrado el oscurecer, en las orillas del Duero. La carga de los aragoneses sobre un ejército desorganizado y en retirada fue irresistible, causando una completa derrota a los contrarios, de los que no menos de trescientos fugitivos perecieron ahogados en el río, desatinados por insuperable pánico. El rey Alfonso de Portugal huyó abandonando su estandarte real, y antes de acabar la noche vió consumada su pérdida, desvaneciéndose para siempre la última esperanza de la Beltraneja.

Un mes más tarde, Zamora, que era la más inexpugnable de las plazas, se rindió a Fernando, y luego marchó el rey a subyugar otras ciudades, mientras Isabel mantenía el asedio de Toro. La reina desdeñaba entregarse a las blanduras, que son privilegio de su sexo, y sufría todas las penalidades y peligros de la vida del soldado. Siempre se la veía a caballo, vigilando las operaciones ordenaba uno y otro asalto, sin resultado, hasta que, por fin, después de un asedio de muchos meses, se rindió también Toro. Isabel entró por entre la agobiada ciudad en triunfo. Entonces era verdadera reina de Castilla, sin que nadie pudiera ya litigar su derecho.

Los que aún vacilaban se apresuraron a colocarse del lado de la victoria; los nobles que habían ayudado a la Beltraneja, y hasta el mismo arzobispo de Toledo, vinieron a rendirse a ella contritos uno a uno, aceptando las condiciones que a ella pluguiera establecer; mientras la Beltraneja, descasada de nuevo por un papa contentadizo, se retiró a un convento portugués, y el rey de Portugal, más tarde, dejó la corona real, y recibió la tonsura y el sayal burdo de fraile franciscano. Jamás se vió victoria más completa, y cuando, tres años más tarde, en 1479, el viejo rey de Aragón pagó el usual tributo a la Naturaleza, Isabel y Fernando, conocidos ya para siempre con el

apelativo de los Reyes Católicos, por concesión del Papa, reinaron mancomunadamente en toda España, desde los Pirineos hasta las Columnas de Hércules, sin que quedara más que el pobre y tributario reino morisco de Granada, manchando con su infidelidad los dominios reunidos bajo la Cruz.

Pero los elementos de la anarquía aristocrática seguían existiendo, especialmente en Galicia y Andalucía, donde ciertas familias nobles se arrogaban la posición de soberanos casi independientes, y hasta en algunas ocasiones pudieron poner en peligro la existencia del Estado. Con la grande ambición de Fernando y el fervor exaltado de Isabel por ensanchar el cristianismo, resultaba clarísimo para entrambos que era cuestión indispensable poseer dominio supremo en el país, si habían de llevar adelante sus miras. Los reinos de Aragón no ofrecieron gran dificultad, pues en ellos imperaba el orden y la rectitud, aunque sus Constituciones, estrictamente parlamentarias, limitaban enojosamente el poder real y daban a los estamentos la dirección de la Hacienda. En Castilla, los nobles, en eterna lid unos contra otros, estaban completamente libres de toda dependencia, y las primeras providencias de Isabel se dirigieron a arrancarlos de un poder tan funesto. Los reyes anteriores de su linaje—el de Trastámara—habían sido no más que monigotes en manos de la nobleza; Isabel estaba determinada a gobernar sola en sus reinos. Su tarea era tremenda, y requería tan extremada diplomacia para dividir a los adversarios, como firmeza para librarse de ellos. Isabel valía por sí misma tanto como una hueste poderosa, y a ella, infinitamente más que a su marido, se debe el honor de convertir la más desenfrenada anarquía en orden y seguridad, y todo en tiempo maravillosamente breve.

La única apariencia de vida arreglada y de respeto por la ley en Castilla se encontraba en las ciudades amuralladas. El Gobierno municipal ha sido siempre la base de la civilidad en España, y como la nobleza gozaba de exención, las Cortes castellanas estaban constituídas únicamente por representan-

tes de la clase media. Con verdadero genio de gobernante se volvió, pues, Isabel hacia estos elementos para robustecer la corona enfrente de la nobleza desaforada. El proyecto de resucitar en nueva forma la vieja institución de la «Santa Hermandad» de las ciudades, le fue sometido en las Cortes de Madrigal (Abril 1476), y fue aceptado inmediatamente. Se convocó en Dueñas una junta de diputados, en Julio, y a los pocos meses quedó establecida la Hermandad. Se organizó una fuerza armada de 2.000 de a caballo y número muy considerable de a pie, pagada con un impuesto sobre las casas (1). Fueron más que una simple guardia rural, aunque ejercía su vigilancia por la comarca e imponía a las gentes a la paz, asegurando sus funciones con una legislación criminal que completaba la tarea del castigo. Nombrábanse magistrados en cada pueblo de treinta vecinos para la jurisdicción sumaria, y en todas las aldeas había miembros de la Santa Hermandad, subordinados a un consejo supremo, compuesto de diputados de cada provincia de Castilla, que juzgaba sin apelación las causas transferidas a él por los magistrados locales. Los castigos que se aplicaban a la menor transgresión eran de terrible severidad, que infundió pavor en las clases turbulentas. En 1480 se reunió en Cobeñas una liga de nobles y prelados, bajo la presidencia del duque del Infantado, para protestar contra la nueva fuerza que la reina había concedido a la burguesía. En contestación a esta querrela acreditó ella su poder, diciéndoles altivamente que se mirasen ellos bien y obedeciesen a la ley, e inmediatamente estableció la Santa Hermandad sobre más firme base que antes, para que

---

(1) Cada grupo de 100 cabezas de familia costeaba lo suficiente para pagar manutención, armas y caballo de un jinete; cuando se tenía noticia de algún crimen, todas las campanas de las iglesias de un distrito daban señal de alarma para convocar a todos los miembros de la socampana a perseguir al malhechor, proponiéndose premio especial para el aprehensor. Hay que tener en cuenta que en España el término de una ciudad alcanzaba una gran extensión de territorio extraurbano; por ende, el impuesto domiciliario, aunque de nombre era urbano, porque lo recogían las municipalidades, provenía también de las aldeas y caseríos rurales.

fuera terror de los malhechores, y todo con afabilidad y sencillez.

Isabel no era una santa dotada de ternura, como frecuentemente se la ha representado. Era demasiado grande, como mujer y como reina, para poder mostrarse así; y aun cuando en los dos o tres primeros años de su reinado usó de la cautela diplomática como arma principal, tan pronto como tuvo divididos a sus adversarios, y sólidamente establecida la Santa Hermandad, cayó el látigo de hierro sobre cuantos la habían estorbado. En Galicia los nobles se habían adueñado prácticamente de las rentas reales, y la firma de la reina no tenía ningún valor. Esto podía consentirlo el débil Enrique, pero Isabel estaba hecha de una madera más recia que su hermano; en 1481 mandó dos funcionarios animosos a convocar a los representantes de las ciudades gallegas en Santiago, para pedirles dinero y hombres con que reducir a la nobleza al orden y rectitud. Los burgueses no confiaban en que pudiera otra cosa que un milagro de Dios poner remedio a las muchas calamidades que sufrían. El milagro divino por que suspiraban llegó, en efecto, siendo Isabel su instrumento. Cuarenta y siete castillos, que eran otras tantas cuevas de ladrones, fueron arrasadas, y muchas cabezas altivas fueron separadas de sobre nobles hombros. La horca y el rollo anduvieron activos, las cárceles y lugares de tortura se hinchieron, y la gente de mala vida, presa de agudo terror, hubo de corregirse o escapar hacia sitios en que la justicia fuera menos rigurosa.

Pero donde más claramente se mostró la acción personal de Isabel, fue en suprimir la anarquía en Sevilla. Durante muchos años había sido la ciudad víctima de sangrientas rivalidades entre dos grandes familias que se habían enseñoreado de la mayor parte de Andalucía, los Guzmanes y los Ponces de León, y esta contienda, al subir Isabel al trono, tenía el carácter de guerra civil con todos sus saqueos consiguientes, de que no podía verse libre ningún ciudadano. Las ciudades del Sur estaban menos acomodadas a la organización cristiana

que las del Norte, y su gobierno municipal no era tan fácil de combinar. Isabel, en 1477, determinó, con su presencia personal en Sevilla, corroborar las duras enseñanzas que había dado en otros de sus reinos. La escolta armada que le acompañaba, no menos que el terror de que iba precedido su nombre, fueron bastante para atemorizar a los espíritus turbulentos de Sevilla. Resucitando la antigua práctica de los reyes castellanos, Isabel, sola o con su marido al lado, se sentaba todos los viernes en el gran patio del Alcázar Morisco, a administrar justicia, sin apelación, a todos los concurrentes. ¡Ay del injusto ofensor que fuera conducido ante ella! El esplendor oriental de que Isabel se rodeaba, conociendo su poderosa eficacia, daba a este famoso Tribunal regio un prestigio que fascinaba las imaginaciones, ya de suyo también semiorientales de Sevilla, al paso que la severidad terrible de sus juicios y la fulminante rapidez de sus ejecuciones, redujeron la población a una obediencia trémula, mientras Isabel permaneció en la ciudad.

No menos de cuatro mil criminales huyeron—la mayor parte más allá de la frontera,—para evitar la ira de la reina, mientras que aquellos que antes habían delinquido, atropellando y maltratando a otros y pudieron ser habidos, experimentaron en propia cabeza los males que ellos habían causado. Fue tal la severidad de Isabel, que, por último, el obispo de Cádiz, acompañado del clero y de los personajes notables de Andalucía, y seguidos por muchedumbres de mujeres llorando, vinieron a suplicar a la reina que templase misericordiosamente el rigor de su justicia. Isabel accedió; pues ella no atormentaba ni hería porque gustara de hacerlo, sino en obsequio de la obediencia. Una vez que lo consiguió, muy contenta aflojó su mano; y antes de dejar la ciudad, concedió una amnistía general para los delitos pasados, exceptuados los gravísimos. Pero dejó en pos suyo una policía organizada y tribunales activos y vigilantes, lo necesario para sofocar, en lo sucesivo, cualquier intento de resucitar la situación antigua.

Más difícil tarea fue para Isabel reformar las costumbres



de su corte y de la sociedad en general. El Alcázar de Enrique IV había sido una sentina de iniquidad, y el desenfreno universal había hecho imposible la práctica de la virtud, imposible estando el clero, singularmente el regular, vergonzosamente corrompido. Isabel era no ya continente con todo rigor en su propia conducta, sino que estaba resuelta a no otorgar consideración ninguna al que fuera relajado en cualquier cosa; y pronto comprendieron cortesanos y eclesiásticos que la única recomendación para progresar en Castilla era el decoro más completo. Podrá ser que algunas de las reformas súbitas que se implantaron se tradujeran en clara hipocresía; mas vivieron lo suficiente para convertirse en tradición fija y ejemplar perpetuo de la vida privada y pública en España.

Isabel condujo adelante su obra de reforma en todas direcciones. Los nobles prepotentes desmayaron al saber que la reina, provista ya de fuerza suficiente para ello, y con el refuerzo de las Cortes de Toledo, había invalidado todas las mercedes inmerecidas que tan profusamente habían prodigado los reyes anteriores sobre ellos. Algunos de aquellos que se habían agitado más activamente en las últimas turbulencias, como los duques de Alburquerque y Alba, y el almirante de Castilla, tío de Fernando por parte de la madre, fueron despojados hasta quedar en cueros vivos. Las rentas de Isabel, al subir al trono, no montaban más de 40.000 ducados, apenas lo preciso para el sustento necesario; pero en muy pocos años se multiplicó más de doce veces esta cantidad y se añadieron 30 millones de maravedís anuales a las rentas de la corona, que antes sustentaban las suprimidas mercedes. A cuantos requerimientos y protestas hicieron los despojados, se mantuvo Isabel firme y digna, aunque afable en sus maneras. Su voz era suave; su porte, varonil; siempre fundó sus medidas, por opresivas que pudieran parecer, en el amor a su pueblo y en sus propósitos de hacerle grande. De esta suerte, no era susceptible de ataque alguno; y se colocaban alrededor de ella los mismos que habían sentido su rigor, pues invocaba ella sus sentimientos patrióticos.

Ya no quedaba, para acrecentar el poder de Isabel, otra cosa que hacer más que arreglar lo de las órdenes religiosas militares. Se sabe que había tres grandes órdenes: Calatrava, Santiago y Alcántara, que habían prosperado grandemente merced a las luchas contra los moros; constituíanlas caballeros fervorosos que habían hecho voto de continencia e iban adquiriendo vastas propiedades de territorios que arrancaban a los infieles. En tiempos de Isabel habían llegado a una prepotencia escandalosa, porque sus grandes maestros disponían de rentas y fuerzas tan considerables como las de la corona, y en realidad eran independientes de ella. La manera que tuvo Isabel para remediar esto, fue tan diplomática y hábil como de costumbre. Cada maestrazgo que vacaba, se le confería a su marido; y así, los tres rivales más peligrosos de la autoridad real se convirtieron en adelante en patrimonios de la corona, a quien en lo sucesivo se adjudicaron sus dominios (1).

La actividad de la reina, no menos que su fuerza corporal y anímica, debieron ser maravillosas. Sabemos de cómo viajaba continuamente, recorriendo enormes distancias, constantemente sobre la silla de su caballo, visitando las partes más

---

(1) La importancia de tener bajo su jurisdicción las órdenes militares fue comprendida por Isabel desde los mismos comienzos de su reinado. Cuando murió el maestro de Santiago (1476), estaba la reina en Valladolid. Sin perder un instante montó a caballo y se fué a la ciudad de Huete, en que se celebraba cabildo para elegir sucesor. Entró en él, y con enérgico discurso instó a los caballeros a que, en atención a ella, su soberana, eligieran a su marido por maestro. Los caballeros castellanos llevaron muy a mal la idea de que un aragonés los presidiera, y le expusieron esta dificultad. Isabel halló remedio a ésta, prometiendo que, una vez nombrado Fernando, renunciaría sus poderes en un castellano; y así lo hizo, nombrando a Cárdenas, persona de toda su devoción; mas muerto éste, fue ya Fernando el maestro. Desde entonces, las encomiendas fueron dotadas con pensiones provinientes de las rentas de sus señoríos, cuyo total vino a ser absorbido por el tesoro real. Para dar más pormenores acerca de las órdenes y su adjudicación, consúltese la *History of Spain*, de Ulick Burke, editada por Martín Hume.

remotas de los dominios de su marido y de los suyos para asuntos de gobierno, arreglando disensiones, inspeccionando obras militares, animando a las corporaciones civiles y eclesiásticas y reprimiendo todo conato de desorden. Ninguna dificultad la hizo desmayar, ningún obstáculo declinar del exaltado fin que abrigaba su alma. Porque no se ha de suponer que tan infatigable actividad fuera esporádica y no concentrada en algún objeto que inspiraba todas sus obras. En este objeto supremo se ha de buscar la clave de la vida de Isabel. La madre de Isabel era demente; después de la muerte de su marido había caído en una especie de manía mística y sombría, que se transmitió pasando los años a muchos de sus descendientes; y en los impresionables de la juventud de Isabel, pasada en el castillo solitario de Arévalo, todo el ambiente de su vida había sido de mística exaltación religiosa.

Los cristianos de Castilla habían ido recobrando durante siglos, por la causa de Cristo, su reino perdido, en su perseverante cruzada contra los infieles. La lucha secular los había hecho creyentes firmísimos en su misión divina de restablecer el reino del Crucificado sobre la tierra. A este fin habían llevado al combate algunos santos la brillante armadura, y enarbolando refulgentes cruces, habían ido pregonando la victoria de la propia milicia del Eterno; reliquias santas, milagrosamente descubiertas, se empleaban como talismanes que aseguraban el triunfo. El misticismo y el ansia de martirio llenaban el aire que respiraba la joven Isabel, y ella, de santidad neurótica, que había recibido en suerte el genio como reina, participaba de la común obsesión castellana. Las personas que fomentaban el auge de este sentimiento en la joven princesa de Arévalo, se habrían empleado en espolear un ánimo remiso en la devoción; pero inflamar aún más el celo fervoroso innato en Isabel, era innecesario, y uno solo se puso a ello. Era éste un fraile dominico, altivo, indómito, llamado Tomás Torquemada. Los dominicos, siglos antes, habían ganado la confianza del Papa, que los había encargado de la misión especial de mante-

ner la pureza de la fe, y, como custodios suyos, tenían arrogancia y cierta soberbia espiritual, características de esta orden.

Torquemada, como confesor y tutor espiritual de Isabel, tenía ocasiones abundantes de influir sobre ella, y nunca cesaba de recordarle el deber sacrosanto impuesto a los gobernantes de extirpar la herejía, en tronco y raíz, a toda costa. Su hermano Enrique había vivido rodeado de abominables infieles, enemigos de Cristo y de España. Fracasado como rey, arruinado como hombre y miserable en su muerte, tal había sido su destino. Y esta lección retintineaba sin cesar a los oídos de Isabel: que no puede ningún soberano ser dichoso ni próspero si no despedaza a latigazos, por la gloria de Dios, a los herejes, infieles e incrédulos. El moro—le habían dicho—seguía emporcando en Granada el solar sagrado de España, consentido por un rey cristiano indigno de tal nombre, que no se daba prisa a echarlo, merced al mezquino tributo que le pagaba.

Para establecer la ley de Cristo en la tierra, deber que se le había enseñado ser su misión sagrada, veía Isabel que se requería un arma poderosa. Solamente una España unificada y centralizada podía dársela, y así, lo primero fue unificar a España. Con su matrimonio con Fernando quedaba recorrida la mayor parte del camino; la supresión de los nobles y de los maestrazgos de las órdenes era un paso más; la sumisión del país a su ley y voluntad, el tercero; el aumento de sus rentas, el cuarto; pero el paso de más importancia era el de reavivar en los pechos de los españoles todos el sentimiento de exaltación mística y de ambición espiritual que había dado fuerzas a sus brazos contra los moros en los tiempos heroicos del pasado. El carácter del pueblo español y el estado de la opinión pública en aquel tiempo, eran propicios para suscitar el rencor religioso de la mayoría contra una minoría despreciada y desacreditada. Por toda España había numerosas familias de la raza vencida, cristianas en el nombre, que vivían apartadas en barrios separados y sin mezclar su sangre con sus vecinos. Eran, por regla general, industriosos y hábiles negociantes y

agricultores, cuyas tradiciones artísticas y mucha destreza les daban el monopolio en muchos asuntos de provecho y sustancia. Los españoles cristianos, por regla general, no habían desarrollado estas cualidades, y les inspiraba, naturalmente, celos de los llamados cristianos nuevos, que vivían con ellos, pero no eran de los suyos.

Al principio, sin embargo, hubo muy poca enemistad entre estas dos razas de españoles, aunque sí desconfianza y malestar mutuo. Con los judíos era muy distinto el caso. Éstos, durante los siglos de la dominación mahometana, se habían hecho ricos y poderosos por su número, y habían, después, acaparado los negocios bancarios y financieros de toda España, enlazándose muchas veces con familias cristianas de las principales. Como arrendatarios de impuestos y tesoreros reales, se habían hecho muy impopulares, especialmente en Aragón; y, aunque por la mayor parte eran cristianos, se les miraba de reojo, con excesiva celotipia, por casi todo el mundo, y en muchas ocasiones habían sido víctimas de ataques y matanzas en varios sitios (1). Mas con todo, según se ha podido ver, los primeros pasos hacia la persecución religiosa llevada a cabo por Isabel y su marido, no parece haber sido preparada, aunque les haya excitado a ella aquel sentimiento popular. Hacía siglos que existía en Aragón y Sicilia una Inquisición que entendía en investigar casos de herejía. Era institución puramente papal, y sus procedimientos eran muy benignos, aunque excesivamente impopulares. En Castilla la Inquisición papal nunca había sido favorecida por los soberanos, que miraban con malos ojos la intervención de Roma, y, al inaugurar Isabel su reinado, prácticamente no existía ya.

Cuando los reyes tuvieron la Corte en Sevilla (1477), un dominico siciliano fué allí a pedirles la confirmación de un antiguo privilegio, por el que se daba a su Orden en Sicilia un

---

(1) Como en Jaén, en 1473, donde el condestable de Castilla fue muerto mientras trataba de evitar una matanza.

tercio de la propiedad de todos los herejes condenados allí por la Inquisición. Vinieron en ello Fernando e Isabel, y el dominico, que se llamaba Dei Barbieri; pues ya que la observancia religiosa había ido relajándose durante el último reinado, sería acertado introducir un tribunal semejante en Castilla. La ambición de Fernando era grande. Anhelaba fervientemente obtener para Barcelona el dominio del Mediterráneo y la restauración del Imperio Cristiano de Levante, para lo que le era preciso, ante todo, despejar a España misma de la mancha de la infidelidad agarena en Granada. Comprendió que los tiempos habían cambiado y que el nervio de la guerra no consistía ya en los auxilios de los nobles, sino en concentrar en sus manos dinero abundante de sus súbditos. La gente que más abundantes riquezas poseía era precisamente aquella que podía poner en peligro la ortodoxia; esto le hizo concebir un plan que había de hacerle rico mucho más de lo que pudiera imaginar.

Isabel no era codiciosa como su marido; era demasiado piadosa para ello; mas difundir el reinado de Cristo por la tierra, derrocar a sus enemigos y sublimar su Cruz en las alturas, parecía representar para ella la única gloria de que su alma estaba anhelante. Tenía a su lado al confesor Torquemada, al dominico Ojeda y al nuncio del Papa, que continuamente la instaban a que destruyese la herejía en sus reinos, como era su deber. Así, Isabel tomó la determinación que le aconsejaban, y pidió al Papa una bula por la que se estableciera la Inquisición en Castilla. Tal bula fue concedida en Setiembre de 1478, pero no se empezó a aplicarla hasta pasados dos años.

En 1480 Isabel y su marido fueron otra vez a Sevilla, y los dominicos prosiguieron sin tregua sus exhortaciones para que suprimiera el escándalo, cada vez mayor, del judaísmo obstinado. Las quejas del clero contra los judíos eran de las que hacen más efecto en la plebe. Entre otras cosas, decían que los judíos compraban y comían toda la carne del mercado para su sábado, y no dejaban ninguna a los cristianos para el domin-

go (1); que iban atesorando el numerario que llegaría a faltar en la circulación; que vestían ricas telas y galas propias sólo de magnates, y otras cosas a este jaez (2).

Muchos apologistas modernos de Isabel se han esforzado por reducir al mínimo su participación en el establecimiento del tremendo tribunal que produjo estas acusaciones y otras semejantes. A mi ver, no tienen razón para ello: Isabel, con toda probabilidad, lo consideró un acto muy meritorio y, la única vacilación que tuvo fue causada por su temor a robustecer demasiado el poder papal sobre la Iglesia de Castilla (3). Ni produciría a su espíritu gran repugnancia castigar, aunque fuera severamente, a los que miraba como enemigos de Dios y, por consecuencia, indignos de las consideraciones de la humanidad. Fernando añadió su persuasión a los clamores de los eclesiásticos; Isabel mandó desde Medina del Campo en Setiembre (1480) dos dominicos que actuaran como inquisidores, y establecieran su tribunal en Sevilla.

Los judíos de Sevilla se alarmaron súbitamente, y muchos de ellos huyeron para librarse de nobles que los miraban con desprecio desde que tanto habían ido cambiado las cosas en favor del clero. Un decreto real prohibió en seguida a todos sus súbditos fieles ayudaran contra los sospechosos heréticos a los acusadores, y los judíos fugitivos que pudieron escaparse buscaron su salvación entre los moriscos de Granada. En los primeros días del 1481, la Inquisición se puso a la obra, hiriendo de firme desde un principio, pues antes de acabar el año fueron quemados en sólo Andalucía 2.000 de aquellos misera-

---

(1) Galíndez y Pérez de Pulgar.

(2) En las cortes de Madrigal, en 1479, y en las de Toledo, en 1480, Isabel y Fernando renovaron todos los antiguos edictos feroces contra el uso de la seda y de las joyas en los vestidos de los judíos, y los ordenaron severamente que se confinaran en las juderías, y a los dos años se abolió toda la tolerancia de que gozaban por decreto papal.

(3) El P. Flores reclama para Isabel y Torquemada solamente lo que él considera el gran honor de haber establecido la Inquisición.

bles (1). Toda España protestó contra esto. De las principales ciudades salieron diputaciones a pedir la abolición de un tribunal extranjero sobre los españoles. Los aragoneses, rudos e independientes como siempre, recurrieron a la violencia, y dieron caza a los inquisidores, mientras en Castilla la Vieja pudo únicamente establecerse el tribunal escoltado por soldados de la reina. Pero el corazón de Isabel estaba inflamado de religioso celo, y Fernando, disponiendo sus arcas, se regodeaba con los chaparrones de oro judío que habían de ir a parar a él, y fue inútil toda resistencia. El Papa mismo se aterrorizó ante la severidad ejercida, y amenazó con retirar su bula; pero Fernando le hizo callar, amenazándole con que haría de la Inquisición un tribunal independiente, como lo fue en realidad después, y desde entonces el horrible negocio prosiguió triunfante hasta que España quedó limpia de punta a punta, y la conciencia libre fue sofocada durante siglos en la sangre y el humo de los sacrificios.

El despiadado y fanático Torquemada, confesor de Isabel, fue nombrado Inquisidor general en 1483, y aquel hombre, que no cedía en insolencia a ningún otro de España, precisamente por provenir de humildísima situación, llegó a ser el mayor poder de la nación, señor de la conciencia de Isabel y proveedor de la bolsa de Fernando. Los biógrafos españoles de Isabel perseveran en afirmar que ella mostró empeño incesante en suavizar los rigores de su propio tribunal, y en interceder por sus queridos castellanos; mas no existe el más mínimo indicio que pruebe esto, y bien lejos estaban de creerlo sus contemporáneos (2).

---

(1) En los ocho primeros años de su existencia, la Inquisición quemó en Sevilla 700 personas y envió a prisión perpetua en los calabozos a 5.000 más, confiscando a todos sus bienes.—*Bernaldez*.

(2) Poco después de su muerte, el alcalde de su ciudad de Medina del Campo declaraba que el alma de Isabel había ido al infierno, por haber oprimido tan cruelmente a sus súbditos, y que todo el pueblo de Valladolid y Medina, donde más la conocían, creían lo mismo.—*Spanish State Papers*. Suplem. V. I y II.



En su administración, sin embargo, había sido excelente. Reinaban la paz y el orden; la altivez española, que ella con tanta diligencia fomentara, había llegado a su ápice; la reina misma era personalmente popular, por su dignidad, su actividad y su patriotismo; las poblaciones urbanas, que tanto la habían ayudado, y tan poderosas eran ahora, temían causar ningún disturbio que lanzara al país de nuevo entre las garras de los nobles. Así que con todo lo terrible que era la acción del Santo Oficio, consentida por la reina, había muchas razones para que no se le ofreciera en Castilla oposición combinada, aunque por muchos años su existencia era odiada acervamente.

Durante aquellos primeros años de actividad incansable no tuvo la reina otro hijo que la Infanta Isabel, primer fruto de su matrimonio en 1470. Las constantes jornadas a caballo, las penalidades y riesgos acarreados por su obra, previnieron el nacimiento de un heredero masculino. Pero durante la estancia de Isabel en Sevilla, 30 de Junio de 1478, nació el suspirado príncipe de Asturias, a quien se puso por nombre Juan. Fernando estaba por el Norte en aquel tiempo, pero el nacimiento del príncipe se hubo de anunciar con toda la pompa y esplendor de que Isabel sabía rodear las cosas. El 15 de Julio se encontró lo suficientemente repuesta para encaminarse acompañada de magnífica cabalgata a la catedral desde el alcázar morisco en que vivía, y presentar su primogénito a la Iglesia. Por las estrechas y tortuosas calles de la ciudad, henchidas de gente, iba Isabel jinete en tostado corcel; su manto de brocado carmesí, rígido con el oro de sus bordados, se deslizaba casi hasta el suelo desde su corpiño cubierto de perlas. La silla, según se dice era de oro, y las gualdrapas de terciopelo negro con mucho lazo y franja. Alfonso, hermano bastardo de Fernando, y su parienta la duquesa de Villahermosa, marchaban inmediatamente en pos de ella, y las riendas del caballo de la reina las llevaba el condestable de Castilla y conde de Benavente. La música alegre de pífanos, tambores y clarines precedían el cortejo real, y detrás iban a pie los nobles y grandes, y las

autoridades de la ciudad. Al recién nacido le llevaba en brazos la nodriza, asentada en una mula engalanada de terciopelo, en que iban bordados los escudos de Castilla, León y Aragón, y conducidos por el almirante de Castilla. En el altar mayor de la famosa catedral mudéjar consagró con toda solemnidad Isabel a su hijo al servicio de Dios, y luego, haciendo espléndidas larguezas a todos y a cada uno, volvió a Palacio (1).

Isabel no descuidó nunca la práctica de sus deberes religiosos, y dondequiera que se detenía dejaba recuerdo de su visita con donaciones piadosas a la Iglesia. Su humildad y su misión a los sacerdotes y a las monjas se cita con hiperbólicas alabanzas por muchos de sus panegeristas sacerdotales: ellos cuentan cómo al suceder Talavera a Torquemada en el cargo de confesor, mandó aquél a la reina que se arrodillara a sus pies como un penitente cualquiera. Recordóle ella que los monarcas se sentaban siempre al lado del confesor, y Talavera la reprendió diciéndola que su asiento era el asiento de Dios mismo, ante quien todos deben arrodillarse sin distinción, y entonces Isabel lo hizo así ante aquel sacerdote, a quien en lo sucesivo honró más por un acto que en nuestro tiempo consideraríamos de imperdonable arrogancia.

Poco reposo se permitió Isabel aun después del nacimiento de su hijo. Llegaron nuevas a Sevilla pocos meses después de que el viejo y belicoso arzobispo de Toledo y los Pachecos habían persuadido otra vez a Alfonso de Portugal a que intentase un golpe en pro de su sobrina y mujer la Beltraneja. Allegando cuantas tropas pudo, salió Isabel a caballo, camino de Extremadura, a la cabeza de su ejército, determinada a acabar con buenas razones lo que ya juzgaba no había menester de más disputas. Fernando se hallaba en Aragón, donde acababa de morir su padre, y no podía contarse con su presencia; mas Isabel no desmayó. En vano, sus consejeros la rogaron que desistiese de emprender la campaña en persona.

---

(1) Flórez: *Reinas Católicas*.

Decíanla que el país estaba asolado por el hambre y la guerra; que había peste en las poblaciones, y que las correrías de los portugueses y de los rebeldes la pondría a grave riesgo. «No he llegado hasta aquí—contestaba ella,—para pasar peligro y molestias, ni creo que deba dar a mis enemigos satisfacción y a mis súbditos pesar de verme hacer esto, hasta que haya terminado la guerra que se ha empeñado o conseguido la paz que buscamos» (1). Isabel, al mando de los castellanos, destrozó, finalmente, a los portugueses en la batalla de Albuera; y después de reducir a sumisión las fortalezas de los nobles rebeldes, llevó a cabo una paz con Portugal y Francia en Alcántara, por la que ambos poderes se obligaron a reconocerla como reina de España. Acabando las turbulencias, armonizando las disputas y castigando las transgresiones durante su marcha, se encaminó Isabel a Toledo, donde dió a luz a su tercer hijo Juan, en Noviembre de 1479.

MARTÍN HUME



---

(1) Pulgar: *Crónica de los Reyes Católicos*.

# UNA EXPOSICIÓN DE ANTIGUOS MAESTROS ESPAÑOLES

## EN LONDRES

---

Esta Exposición, abierta de Octubre de 1913 a Enero de 1914, en las *Grafton Galleries* de Londres, ha sido un acontecimiento para todos los amigos del arte español, cada año más numerosos. Reunía unos doscientos cuadros, no todos de primer orden, pero casi todos interesantes, algunos incluso capitales: esto es decir lo bastante para dar a entender su importancia.

Organizada bajo el patronato de S. M. Alfonso XIII, y bajo la presidencia del duque de Wellington—grande de España, al mismo tiempo que miembro de la Cámara de los Lores,—el éxito se debe, en gran parte, al comité director, en el que grandes coleccionistas alternaban con críticos ilustres, y que tenía por secretario a Mr. Maurice W. Brockwell, ayudado por Miss Wolston. Hay que hacerles el honor, en gran parte, del excelente y muy copioso catálogo.

La mayor parte de los cuadros procedía de colecciones inglesas; son éstas muy ricas—sobre todo, desde el último siglo—en pinturas de la escuela española; y no es la primera vez que Londres ve organizarse exposiciones de arte hispánico: recuérdese la *Exhibition of the works of Spanish painters*, abierta en 1911, en la «Corporation of London art Gallery».

Al muy particular éxito de esta última han contribuído, por una parte, las colecciones de Madrid y de la Península, que no han enviado un número considerable de cuadros, pero que no los han enviado sino excelentes.

La reunión excepcional, en un espacio restringido, de tantas obras generalmente dispersas, permite una porción de nuevas comparaciones; cuadros inéditos, de los que algunos llevan firmas y fechas, aparecen y entran también en el terreno de la crítica. En fin, una exposición semejante es de científico provecho para la historia de toda una escuela.

La primera sala está consagrada a lo que se llama—con razón o sin ella—el arte primitivo español. Este arte, que floreció del siglo XIII al XV, ¿fue propiamente nacional? No es aquí el lugar de discutir esta oscura cuestión. El caso es que, durante ese largo período, numerosos artistas, extranjeros unos, autóctonos otros, produjeron en la Península una porción de obras, cuya historia no está aún definitivamente escrita.

La más antigua de estas obras arcaicas es, en la Exposición de Londres, un frontal de altar de mediados del siglo XIII, que el catálogo refiere a la primera escuela catalana (núm. 9), obra curiosa que representa escenas de la vida de San Martín. ¿Es verdaderamente un ejemplar del «primer estilo catalán»? Sería aventurado afirmarlo; pero es, en todo caso, un bonísimo «primitivo español».

El siglo XV ha proporcionado a la Exposición cuadros que autorizan conclusiones más ciertas: una *Coronación de la Virgen* (núm. 30), y una *Virgen reinante* (núm. 32), cuyo origen catalán no me parece dudoso, así como el de las cuatro tablas de una divertida *Leyenda de Santa Ursula*, que datan, aproximadamente de 1420 (números 7, 10, 12 y 15).

A fines del mismo siglo fue pintado el admirable *San Miguel, vencedor de Satán*. Este precioso cuadro lleva una firma absolutamente auténtica: *Bartolomeus Rubens, fec. Rubens* fue traducido por *Bermejo*, y el artista identificado con Bartolo-

meo Bermejo, artista de Córdoba, que pasó de Andalucía a Cataluña, en donde trabajó varios años. El cuadro que se encuentra desde hace algunos años en Inglaterra, en la colección Wernher, es de una belleza tan viva, de una originalidad tan saliente, de una tan rara distinción y de un esplendor tan deslumbrante de colorido, que bastaría para atestiguar el brillante florecimiento del arte español a fines del siglo xv; por lo demás, no faltan otros ejemplos de esto.

Citaré entre ellos las tres tablas (números 14, 17 y 20) que representan seis imágenes de santos, de medio cuerpo, reunidas por parejas, fragmentos de un magnífico retablo procedente de Ciudad-Rodrigo (provincia de Salamanca), y perteneciente a la colección de sir Frederik Cook. Son pinturas de Fernando Gallegos, que datan, aproximadamente, de 1480. Las fisonomías enérgicas, hasta un poco rudas, de estos santos, acusan bien el gusto naturalista y vehemente del artista, uno de los primeros españoles cuyo talento anuncia aquellos vigorosos maestros cuyo realismo había de dar a toda la escuela, en el siglo xvii, su propio sello.

No podríamos citar todos los *primitivos* que figuran en la Exposición. Preciso es mencionar, sin embargo, una bellísima muestra del arte portugués de principios del siglo xvi, cuadro hasta aquí desconocido, y perteneciente igualmente a sir Frederik Cook. Es una *Piedad*, con escenas de la vida de San Francisco, firmada «*Vasco Frz.*», magnífica obra del más grande de los pintores portugueses de aquella época, de una composición emocionante, realizada todavía por el bello paisaje del fondo, desgraciadamente mal conservado.

A principios del siglo xvi, los progresos del arte fueron rápidos en Castilla y en Andalucía. Es lástima que este período se halle mal representado en la Exposición, a pesar de los números 8, 11 y 22, atribuidos a Alejo Fernández, y de algunos otros más secundarios todavía. Tan mal representado está el período siguiente, en el que sobresalieron, en Valencia, el italianizante Juan de Juanes, y, en el centro de la Península, Morales, que

se desprendió de la influencia de Leonardo de Vinci para crear un estilo personal, de un carácter ascético, muy conforme con el espíritu nacional de su tiempo. Los cuadros de estos dos artistas, expuestos aquí, no permiten juzgar su manera.

Por el mismo tiempo, es decir, bajo el reinado de Felipe II, florecía también otro arte: el de los retratistas de la corte, fundado por Antonio Moro, que vino de los Países Bajos a crear en el reino una verdadera escuela, cuyos nombres más famosos son Sánchez Coello, Pantoja de la Cruz y Bartolomé González. La Exposición de Londres agrupa varios cuadros atribuidos a Sánchez Coello, y de méritos diversos. Los números 95 y 97, falsamente titulados *Carlos Quinto e Isabel de Portugal*, son cuadros admirables y que podrían ser del fundador de la escuela, Antonio Moro, puesto que Sánchez Coello le imitó tan sabiamente, que es a menudo difícil o imposible distinguir las obras de ambos. Pero lo cierto es que los personajes representados no son ni Carlos Quinto ni la emperatriz, figuras sobrado conocidas para que se las confunda con estos dos retratos.

El rey de Inglaterra ha prestado a la Exposición tres bellos retratos de archiduques por Sánchez Coello: *Wenceslao de Austria* (núm. 81), *Rodolfo* (núm. 82) y *Ernesto* (núm. 85), preciosos ejemplares de los numerosos retratos de corte ejecutados por el pintor. No lejos de éstos encuéntrase otros, muy típicos también, y entre ellos los hay firmados y fechados. El número 109, titulado *Retrato de joven*, me parece ser una efigie de Alejandro Farnesio: Antonio Moro pintó retratos del duque de Parma que son muy conocidos, y que pueden servir de punto de comparación para comprobar nuestra identificación. Todos estos Sánchez Coello son, como se ve, de primer orden: no se podría decir lo mismo de los Pantoja de la Cruz expuestos.

El orden cronológico nos conduce ahora ante las obras de un maestro que contrasta violentamente con los graves y monótonos retratistas que acabamos de citar. Es ese artista cuyo genio enigmático y singular irradió sobre toda la escuela, y cuya huella no se ha borrado aún, ese Domenico Theotocopou-

li, conocido hoy en el mundo entero por su sobrenombre *el Greco*. Discutido en su tiempo, olvidado después, ha surgido de nuevo con una fuerza irresistible, en el mundo del arte. Más aún que los artistas, los poetas, los críticos refinados, los hombres de extrema cultura sufren su influencia. Y este hecho obedece al poder de emoción y de sugestión de esos inmensos lienzos, al misterio que en ellos flota, a ese no sé qué inexplicable que poseen y que apasiona y subyuga: un soplo espiritual, un alma invisible y presente, que hace no solamente olvidar, sino hasta amar las extravagancias y las desproporciones que llaman la atención en todos esos cuadros.

En cuanto a la técnica del Greco, ha ejercido, a no dudarlo, una influencia profunda sobre la gran escuela española del siglo xvii; Velázquez, el pintor de la serenidad, ha enriquecido ciertamente su paleta con colores de la del Greco, el pintor de la pasión. La gama tan fina de los grises, las armonías del gris plateado, ciertos carmines y ciertos amarillos, que no se ven en los Velázquez de la primera manera, pero que dan tanto encanto a los de la madurez, son otras tantas tomas hechas voluntariamente al Greco, de quien toda la escuela ha heredado, y que prestan a sus obras una distinción muy ostensible.

Vense, en la Exposición, diez y seis cuadros atribuidos al Greco. El más notable, como composición, es la *Comida en casa de Simón*, perteneciente a sir Edgar Vincent—obra completamente personal, maravillosa de técnica y de una materia admirable, que hace pensar en resplandecientes esmaltes. Es una obra de la última manera del pintor, y una obra absolutamente típica.

No lejos de esta obra maestra, se ven dos cuadros, representando ambos a *Jesús arrojando a los mercaderes del templo*, asunto que el Greco trató a menudo. El más bello de color (número 116) es una obra de juventud, ejecutada probablemente en Italia bajo la influencia de los pintores venecianos (colección de sir Frederik Cook). El maestro multiplicó los asuntos de una sola figura, y de ellos se encuentra cierto nú-



mero en la exposición: *Salvator Mundi* (núm. 121), figura bien construída, sin ninguna desproporción (colección de la señora T. de Iturbe); el *Hombre de dolor* (núm. 123), tan expresivo (colección de D. Luis Errazu); el *Cristo llevando su cruz* (número 125); una de las frecuentes réplicas que el Greco pintó de este asunto (colección de M. Archibald Stirling of Keir); *San Pedro* (núm. 117), perteneciente al Museo de Barnard Castle, y *San Francisco* (núm. 138), lienzo luminoso, perteneciente a sir Hugh Lane.

Varios retratos del Greco merecen llamar la atención: el suyo, por él mismo (núm. 127), bien conocido ya; el de Pompe Leoni (núm. 129), y un retrato de una muchacha (número 119), que el Sr. Cossío, en su hermoso libro sobre el gran visionario, titula *La dama de la flor*, encantadora cabeza, obra de la segunda manera del pintor, pertenecientes ambos a M. Archibald Stirling of Keir; dos lienzos, en fin, de la colección de sir John Stirling Maxwell; un retrato de hombre (número 126), y *La hija del artista* (núm. 128). Este, al que el Sr. Cossío ha llamado *La dama del armiño*, me parece ser un bello Tintoreto; la profunda influencia del Tintoreto sobre el Greco, y, por consiguiente, la semejanza de algunas de sus obras, han determinado confusiones que son frecuentes.

La influencia del pintor sobre el arte español no fue inmediata. Nos daremos cuenta de esto ante los cuadros de su tiempo y de los primeros años que siguieron a su muerte, como esas obras de Navarrete, el pintor de Felipe II, durante mucho tiempo empleado en El Escorial, y de Herrera el Viejo, cuyo arte, un poco tosco y mezquino, pero típico, es tan interesante de comparar con el arte que siguió, o como esos retratos de Carducho (núm. 1) y de Caxés (núm. 193), menos interesantes por su ejecución que por los personajes representados. A Rodas se le atribuye un curioso *Santo Tomás de Villanueva* (núm. 168), cuya autenticidad no garantizamos, y a Luis de Tristán un cuadro sin interés. Los ejecutores testamentarios de sir Ch. Robinson han prestado un cuadro atribuído a

Pacheco, *La batalla en la feria* (núm. 43), extraña composición en la que no faltan los buenos trozos. Se ve otro lienzo del mismo maestro, el *Retrato de un caballero de Santiago* (número 40), firmado y fechado en 1626, que ha sugerido a M. Herbert Cook, cuya autoridad es sabida en materia de arte español, un artículo muy interesante, publicado por el *Burlington Magazine*, y en el que analiza la influencia de Pacheco sobre su discípulo Velázquez.

Ribera está insuficientemente representado, y sólo es de citar, de los cinco cuadros que se le atribuyen, un *San Juan Bautista* (núm. 185), de bello carácter; *El Escultor ciego* (núm. 190), más bien que un Ribera auténtico, me parece ser una de aquellas admirables imitaciones del Españolito, pintadas por Luca Giordano.

Y henos aquí ahora, en el corazón de la Exposición, ante los cuadros expuestos bajo el nombre de Velázquez. ¡El catálogo da veintisiete!, y, evidentemente, hay que descartar las atribuciones demasiado generosas. Pero, aun hecha esta reducción, queda bastante para representar dignamente al más grande de los maestros españoles. Desde el primer tercio del siglo XIX, desde la época en que el pintor inglés, sir David Wilkie, compró en España algunos Velázquez, Inglaterra es el país del mundo en que mayor número se ve de aquéllos—dejando aparte, por supuesto, el Museo del Prado.—Son, además, Velázquez de todos los estilos. Del primero, que se podría denominar el estilo sevillano, anterior al establecimiento del pintor en Madrid, colecciones inglesas poseen los dos mejores ejemplares conocidos, los cuales figuran ambos en la Exposición; la *Vieja friendo huevos*, cuadro que se ha titulado también *La tortilla* (núm. 47), colección de sir Frederik Cook, y el *Agua-dor de Sevilla* (núm. 49), colección del duque de Wellington—asuntos tomados de la más simple realidad, y que el artista ha traducido con gran carácter, pero sin ninguna infidelidad a ese naturalismo innato, que no deformaran las lecciones de Pacheco, ni las máximas del pseudo-clasicismo entonces reinante.

Nada convencional, ningún embellecimiento aportado a los rudos y vivientes modelos populares; el joven Velázquez se ha limitado únicamente a copiarlos rigurosamente, sin atenuación alguna. Aparte estas dos obras capitales, hállanse todavía otros cuadros de juventud en esta Exposición; por ejemplo, *El almuerzo* (núm. 45), y un lienzo tanto más interesante, cuanto que puede pasar por inédito, *La cocinera* (núm. 41), colección de M. Otto Beit, de indiscutible autenticidad, en mi opinión, emparentado por el asunto y la técnica con los cuadros antes citados, obra modesta y sobria, pero en la que se notan ya las cualidades extraordinarias del maestro, gérmenes de su grandeza futura. Es, ciertamente, uno de los primerísimos cuadros de esta época, pintado antes de los veinte años, y que prueba la precocidad del joven discípulo de Pacheco. La aparición de un nuevo Velázquez, hecho tan raro, aun cuando no se trate de un cuadro capital ni de la gran época, bastaría por sí solo para dar a esta Exposición un singular prestigio. Al mismo período de la carrera del maestro pertenecería un cuadro titulado *El concierto* (núm. 39); pero ¿es verdaderamente un original? El Museo de Berlín posee un cuadro idéntico y más vigoroso: ¿es una réplica el lienzo expuesto en Londres, o no será más bien una buena y antigua copia?

Del período que sigue, es decir, de aquel en que se desarrolla el genio del maestro, no hay, en la Exposición, sino una obra de autenticidad indiscutible: el *Retrato de un señor español* (núm. 62), de la colección de Apsley House, tan conocido y tan a menudo publicado, que no nos detendremos en comentarlo. Este retrato parece próximo, por el estilo, a los del rey y de los príncipes, posteriores al primer viaje a Italia, y a las *Lanzas*.

He aquí lo que hay indiscutible en materia de Velázquez en esta Exposición; he aquí las únicas obras en que se manifiestan brillantemente las cualidades personales del pintor: dibujo impecable, grandiosa sencillez, austeridad, y esa autoridad directa y poderosa con la que toda figura se halla estable-

cida. En los otros cuadros expuestos bajo el nombre de Velázquez, y entre los cuales los hay de gran valor, esas cualidades no aparecen tan claramente, y emitimos algunas dudas respecto de ellos. Tal es, por ejemplo, ese *Retrato de Felipe IV* (número 61), en el que, a pesar de la belleza del conjunto, la pincelada, la manera de tratar ciertos trozos y, especialmente, el modelado sin relieve del rostro, acusa una mano menos experta que la del maestro. Es, tal vez, una buena copia de un original perdido. Se ha hecho valer, para sustentar la autenticidad de este lienzo, que en la fecha que hay que asignarle, con arreglo a la edad aparente del rey, sólo Velázquez pudo ejecutarlo, argumento sin valor si se trata de una copia. Emitimos las mismas dudas a propósito del *Retrato de Quevedo* (núm. 42), del *Retrato de Inocente X* (núm. 59), copia de la famosa obra maestra de la galería Doria, y del *Retrato de Isabel de Borbón* (número 52), que me parece copia también, en donde el traje, la gorguera, las perlas, están muy hábilmente tratados, y la cabeza, en cambio, es menos afortunada.

La *Dama de la mantilla* (núm. 53), perteneciente al duque de Devoushire, es un excelente retrato, pero que atribuimos, sin vacilar, a Mazo, discípulo y yerno de Velázquez. Mazo trabajó en el taller de su suegro, unas veces como ayudante, otras por su propia cuenta, pero siempre con los mismos procedimientos y con los mismos modelos. ¿Qué hay, pues, de asombroso si, pasados dos siglos, se confunden las obras de ambos, cuando Palomino dice de las de Mazo, desde el siglo xvii: «Fue tan incomparable copista, sobre todo de la obras de su maestro, que es casi imposible distinguir las copias del original»? Obsérvase aquí un dibujo menos seguro, una línea menos firme, cierta vacilación de pincel que no se observaría en un Velázquez; un estudio atento, no de estrechas semejanzas, sino de pequeñas diferencias entre las obras de Velázquez y de Mazo, corroboraría mi opinión. Encuéntrome aquí en contradicción con el eminente crítico inglés, sir Claude Phillips, que ha visto en este cuadro un Velázquez de particularísimo interés. Puesto

que me ha hecho el honor de citarme, al exponer su juicio, me permito recomendar a su alta competencia una nueva comparación entre esta *Dama de la mantilla* y la *Dama del abanico*, de la colección Wallace, que es un innegable y magnífico Velázquez; las diferencias de técnica que se observan entre estos dos lienzos justifican, en mi sentir, mi manera de ver. Tanto más, cuanto el personaje representado en estos dos retratos es el mismo, a no dudarlo. ¿Cuál es, pues, esa dama, cuya efigie pintaron los dos, Velázquez y Mazo, hacia la misma época y en actitud análoga? Recordemos que ni el uno ni el otro acostumbraban a pintar retratos de lo que llamaríamos hoy «la clase media». Deben ser, por lo tanto, retratos de familia, y, por la edad y ciertos detalles, he adquirido la certeza de que esa «dama de la mantilla» o «del abanico», no es otra que Francisca Velázquez, la mujer de Mazo.

Vuelvo a encontrar la técnica especial de Mazo en el bello *Retrato de la reina doña María* (núm. 64), copia del de Velázquez que se conserva en el Prado, y en los dos pequeños *Paisajes con figuras* (números 56 y 57). Bajo los números 148 y 149, se ven otros dos cuadritos del mismo género, pero harto mal conservados para que se ose emitir sobre ellos un parecer formal. Los lienzos que llevan los números 35, 54, 60, 63, 66 y 67 no son, a mi entender, sino copias de originales conocidos, o cuadros compuestos de elementos tomados de diversas obras del maestro y combinados después por imitadores, por lo demás, de mérito desigual.

La importancia y el insigne valor que han adquirido las obras de Velázquez explican la tentación que experimentan los que ven un cuadro poco conocido de su escuela, de atribuírselo, creyendo prestar así al arte un servicio memorable. Esto es, en mi concepto, un grave error. La serie de las obras de Velázquez ha sido tan largamente estudiada y tan sabiamente perseguida, que la aparición de un nuevo cuadro que emane realmente de este maestro, que ha producido, relativamente, bastante poco, es cosa rara, tan rara, que antes de hacer

una atribución de este género, nunca son bastante rigurosas las precauciones que se tomen. De estas atribuciones aventuradas, la Exposición de Londres nos proporciona algunos ejemplos, tales como el *Muchacho dormido* (núm. 50), el *Retrato de un cirujano* (núm. 51) y el *Muchacho de la capa gris* (núm. 55). Cualquiera que sea el mérito de estas obras; cualquiera que pueda ser su belleza, ¿por cuál característica del maestro, ni aun de sus imitadores, se justificaría semejante atribución? Entre estos cuadros, los hay que ni proceden siquiera de la escuela española.

En puesto de honor, y rodeado de cierto renombre por varios artículos, se ve el *Anuncio a los pastores* (núm. 44), colección de M. M. H. Spielmann, recientemente atribuido a Velázquez. Es, en efecto, un hermoso lienzo, muy interesante, pero en el que no encuentro la mano del maestro. Hubiera querido rebustecer la impresión que aquí consigno con una atribución positiva a otro artista; confieso que no he podido descubrir al pintor que poseyera esa técnica bastante particular. ¿Se trata, en suma, de una obra pintada en España, como parece indicarlo algunos de los tipos que figuran en la composición? ¿O no se tratará más bien de una obra de aquella escuela hispano-napolitana, a la cual la influencia de Ribera dió un aire muy español?

Encontramos después, no con el nombre mismo de Velázquez, sino con esta denominación más prudente: «atribuidos a Velázquez», los números 36 y 37, un *Gladiador moribundo* (colección de M. J. D. Wallen) y un *Mendigo español* (colección de sir Frederik Cook). Sin querer hablar del interés artístico de estos lienzos, me contentaré con notar que las semejanzas señaladas entre tales cuadros y los de Velázquez son únicamente coincidencias fortuitas; los artistas que los pintaron eran evidentemente por completo extraños a las tradiciones técnicas de Velázquez.

Se ha dado el nombre de *Escuela de Madrid* al conjunto de pintores de la segunda mitad del siglo xvii, que trabajaron

primeramente bajo la influencia viviente, después con arreglo a las tradiciones persistentes de Velázquez, antes de que Luca Giordano diese, al final del siglo, un refuerzo al italianismo, y de que la influencia francesa penetrase en la Península con los Borbones, como se vió en el siglo siguiente. Esta Escuela de Madrid fue una floración artística de una originalidad particular, y cuyo interés aumenta a medida que mejor se la conoce. Insuficientemente representada aquí, lo está, sin embargo, de una manera fragmentaria, con algunas bellas obras: citaré, desde luego, el núm. 68, *Retrato de un Corregidor*, que yo atribuyo a Carreño más bien que a Mazo, como hace el catálogo; es en todo caso una obra madrileña impregnada de influencias sevillanas. Inversamente, transferiría de Carreño a Mazo el *Retrato de la reina doña Mariana* (núm. 65), repetición menos importante de un gran retrato de esta reina, debidamente identificado, pintado por Mazo, y del que conozco dos notables réplicas, una en la National Gallery, otra en Toledo, en el Museo del Greco. Carreño está representado por otros lienzos, especialmente un *Retrato de Carlos II* (número 151), colección de D. José Garnelo, el artista español bien conocido, réplica singularmente interesante de otro retrato del rey; pero réplica ejecutada, a lo que creo, ante el modelo vivo, y ese curioso *Festín de Baltasar* (núm. 104), composición original en la que hallo por completo la técnica y la paleta del pintor; de suerte que no veo ninguna razón para sospechar de la autenticidad de la firma *J. Carreño*, que se lee en el suelo.

Hay en la misma serie otros cuadros de importancia artística secundaria, pero que merecen ser señalados por su valor documental o iconográfico: tales, *la Virgen de Montserrat* (número 162), de Fr. Juan Rizzi, en el que figura el retrato del autor, como lo demuestra con creces una breve comparación con otros cuadros del mismo pintor; el *San Jerónimo* (número 191), que lleva la firma de Puga; la *Inspiración de San Jerónimo* (núm. 187), que lleva la de Cabezalero, cuadro identi-

cado por primera vez, y el *Cristo muerto* (núm. 143), firmado por Alonso del Arco. Además de una *Magdalena arrepentida* (número 89), de Pereda, encuéntrase algunos cuadros con la firma de este artista, que no valen lo que éste. Otra *Magdalena* (número 169), es el único cuadro de Cerezo expuesto aquí. El de Antolíñez, sólo, igualmente, de su especie, nos da una justa idea de este pintor. Claudio Coello está representado por dos cuadros: uno es de carácter religioso, el otro es el *Retrato de Don Juan de Alarcón* (núm. 170) (1), ejemplar típico de la pintura madrileña de fines del siglo xvii.

De la escuela andaluza del mismo siglo se ven en la Exposición de Londres diversos cuadros interesantes. Zurbarán es la grande y austera gloria de esa escuela. Contemporáneo de Velázquez, pero sin haber salido de Sevilla en el momento propicio en que maduró el talento, no adquirió, como su compañero, un estilo más amplio, más sintético, más libre de progresar y desarrollarse; pero, en cambio, conservó más celosamente las cualidades propias de su raza y su originalidad íntima, tan expresiva. Los cuadros de él que se ven aquí le caracterizan muy netamente: citaré la *Traslación de San Francisco* (núm. 93), el *Monje en meditación* (núm. 91) y el *Obispo mártir* (núm. 98), pertenecientes estos dos últimos al Dr. Carvallo, cuya colección española, si se juzga por sus envíos a la Exposición, es una de las más variadas y más selectas que haya.

Veintitrés cuadros de la Exposición están atribuidos a Murillo; los hay de todos géneros, la mayor parte religiosos, naturalmente; pero, al lado de ellos, algunos retratos del maestro ofrecen especialísimo interés; rara vez se habrá visto reunido un conjunto más copioso de obras del pintor. De su émulo, Valdés Leal, artista desigual, a menudo incorrecto, pero tan expresivo, tan lleno de pensamiento, y que crece cada vez más, desde que se le ha sacado de la sombra, la Exposición agrupa

---

(1) Colección Beruete.



seis lienzos pequeños, de caliente colorido, esas escenas vivientes y singulares de la *Historia de la Virgen* (números 87, 88, 90, 92, 94 y 96, colección de Sir Edgar Vincent); una *Asunción* (núm. 102), de un carácter bastante diferente, composición llena de movimiento y pintada con vigor, y un *San Buenaventura* (núm. 111), muy discutido, cuadro enigmático, ciertamente, pero que, a pesar de las objeciones que se han opuesto a la atribución del catálogo, persisto en creer de Valdés Leal.

De los lienzos atribuidos a Alonso Cano, dos solamente ofrecen algún interés: un *Cristo muerto* (núm. 69), prestado por D. Pablo Bosch, de Madrid, cuya colección es justamente reputada, y una *Asunción* (núm. 75), tan poco característica, que varios críticos han propuesto ver en ella un cuadro italiano pintado bajo la influencia de Ribera. En fin, no cito sino como recuerdo, los cuadros insignificantes atribuidos a Herrera el joven Castillo y Tobar. Restaríame hablar de dos obras de gran mérito: el *Oficio* (núm. 6), no ha mucho atribuido a Velázquez, y que figura aquí con la mención más discreta: «Escuela española», y el *Retrato de gentilhomme*, que lleva el núm. 132, y que ciertamente representa a un español. Pero lo que me parece muy dudoso es que estos dos cuadros hayan sido pintados por pintores de España.

El orden cronológico nos lleva al término de la Exposición, es decir, a Goya. Y, sin duda, no es posible representar bien a un artista tan fecundo, tan variado, con un número necesariamente restringido de obras. Pero, de otra parte, no era menos preciso mostrar aquí algunos ejemplares de su arte caprichoso y amargo, aunque no fuese sino para hacernos sentir cómo evolucionó bruscamente la pintura española, a fines del siglo xviii y principios del xix, bajo la influencia de ese maestro singular, innovador, hasta revolucionario (como lo fue en su tiempo); pero que permanece, sin embargo, en comunión íntima y profunda con el alma de su raza. El sugestivo *Retrato de dama española* (núm. 183), de una expresión tan original y de una técnica no menos nueva, bastaría para probar cuántos

artistas modernos, de todos los países, se han inspirado en Goya. De la numerosa serie de retratos realistas, exuberantes de vida y trazados con tanto genio por el maestro, he aquí tres bellas muestras: el *Don Ramón Satua* (núm. 184), el retrato del poeta *Meléndez Valdés* (núm. 179) y el *Retrato de dama*, que lleva el núm. 182. De otro género de asuntos, de esas extravagantes visiones, en las que dió libre curso a su imaginación desbordante e inquieta, hay dos ejemplos: *La casa de locos* (núm. 176) e *Interior de cárcel*. Los otros lienzos que se le atribuyen son o de una autenticidad discutible o de un interés muy secundario.

Júzguese por estas notas rápidas de la importancia de esta Exposición. Ciertamente, hemos tenido que hacer una distinción bastante severa entre las atribuciones demasiado indulgentes y las que se imponen. No por esto es menos verdad que rara vez se ha descubierto una selección más bella de obras nuevas y reveladoras. Los amigos del arte español han de estar, por lo tanto, muy agradecidos a los organizadores de esta bella manifestación, cuyo recuerdo nos ha parecido que debía fijarse.

A. DE BERUETE Y MORET

## FELIPE II AMIGO DEL ARTE

---

No sin razón se ha dicho que el hombre es un mundo en pequeño; pues infinito como el grande, este pequeño mundo se presta, como él, a múltiples y aun contradictorias interpretaciones. Los hombres, sobre todo, que, por el nacimiento o por sus dotes personales, han sido llamados a desempeñar los primeros papeles en el mundanal teatro, se nos suelen mostrar bajo muy distintos aspectos y semblantes, según que los contemplemos desde las butacas, a la luz de las candilejas de su vasto escenario, o que los sorprendamos a la luz del día, entre las cuatro paredes de su hogar. Con intensa emoción nos colocamos frente al tablado en que Felipe II se nos presenta meditando tremendas decisiones contra sus pueblos, y no sólo contra ellos, sino contra su carne y sangre mismas. Los odios nacionales y de religión han hecho de él un modelo acabado de déspotas, algo así como un Anticristo de la humanidad. Pero las crónicas de quienes le conocieron y trataron en vida nos revelan otros rasgos de su personalidad. ¿Fue Felipe II, como hombre, ni mejor ni más malo que sus enemigos? A decir verdad, si como regente se captó desde el principio el afecto de los castellanos, que le hallaban muy de su gusto, a los alemanes, por el contrario, fue su persona de todo punto antipática, desde la vez primera que pisara este suelo: «poco grato a los italianos — anota Soriano, — antipático a los holandeses, pero

repulsivo a los alemanes». Y se podría añadir que también a los ingleses, los cuales tuvieron ocasión de verle más de cerca que todos los demás. El alemán desea hallar en sus príncipes igualdad de carácter, afabilidad, franqueza; el español les pide ante todo dignidad, aquella gravedad apática y encerrada en sí misma, a que llaman «sosiego»; y esta última cualidad había hecho tan suya el hijo de Carlos V, que nunca, ni aun en las crisis más pavorosas de su vida, se dejó arrebatarse por sus afectos, ni dejó asomar a sus labios más que frases de extremada indiferencia y frialdad. Y aun estas mismas gustábale ahorrárselas, siempre que podía servirse de la pluma, recatando su espíritu hasta hacerlo por completo invisible.

No faltan, con todo, en los retratos de Felipe II rasgos que nos lo presentan más humano, menos alejado de nuestra condición. Aquel perturbador de la paz de Europa, «que gobernaba a sus pueblos con férreo azote»; que jamás hizo uso de la divina prerrogativa de los reyes, la clemencia (Morosini); aquel «Padre del engaño» (Vendramin); aquel entusiasta testigo del espantoso Tribunal de la Fe; aquel «demonio del Sur», en una palabra, tenía esparcidos por su reino algunos palacios de difícil acceso, y estancias en su Alcázar de Madrid, donde se mostraba bajo un aspecto muy distinto. Las fuentes que pueden servir para la historia del regio burócrata que, desde su mesa de escritorio, en su celda, situada al pie de la abrupta sierra, removía el Antiguo y el Nuevo Mundo, son innumerables. Pero pueden ojearse centenares de despachos correspondientes a un mismo año, de los que él mismo dictaba o en los cuales sus más astutos espías diplomáticos llevaban la cuenta de los movimientos todos e incidentes de su política, sin que se ocurra sospechar, por la lectura de una sola siquiera de sus líneas, que la crónica de aquel año contiene otros datos de muy distinta índole, ni se llegue a traslucir que el monarca gobernaba otro Estado, acaso más halagüeño para él que la gran política en cuyas redes tenía cogido al mundo. Apenas transcurre un trimestre sin que los anotadores de aquellos legajos consignen,

no sin cierto dejo de lamentación, cómo nuevamente Su Majestad, de mañanita muy temprano, sin avisar a nadie, montó a caballo, seguido de reducido séquito, y se salió de Madrid o Toledo, para retirarse a alguna quinta de su posesión, cuyo acceso, según el monarca mismo expresara formalmente en 1565, estaba vedado aun para los mismos embajadores. Y no era sólo su misantropía la que a esos retiros le llevaba. En ellos se entraba a esas cosas de las cuales los diplomáticos saben decir poco y pueden decir aún menos: «niñerías», que no deben trascender a los oídos de los jefes de Estado ni a los pueblos interesan. Y, sin embargo, los resultados de esas horas de asueto han tenido consecuencias más duraderas que otros muchos acaecimientos y sucesos, sobre cuyo alcance las gentes más avisadas de Europa emborronaron en aquella época montañas de papel. Aunque pereciesen todos los archivos, quedarían esos frutos visibles de su pensamiento como monumentos conmemorativos, a todos manifiestos, cuya contemplación sugiere la pregunta: ¿qué clase de hombre era quien concibió estos planes?

### Felipe II y el Tiziano.

En el año 1550 es cuando por primera vez encontramos al heredero de la corona, joven de veintitrés años en aquella sazón, al lado de un artista. El Nestor de los pintores venecianos, el Tiziano, que por entonces estaba ya entrado en los setenta, había ido a Augsburgo, al Reichstag, a hacer su tercera y última visita a su antiguo protector, el emperador Carlos V, con la intención de consultarle acerca de un gran cuadro, *La Gloria*, que el ya cansado señor de dos mundos debía llevarse consigo al Monasterio de Yuste, donde había de marcar el sitio destinado a guardar sus cenizas. El príncipe había hecho poco antes una brillante jira por el Norte de Italia, y venía ahora de Flandes, Génova y Milán—principalísimas poblaciones de Europa por aquel entonces en lo tocante a las artes suntu-

rias;—le habían dispensado uno de esos recibimientos que sólo son posibles allí donde el buen gusto va acompañado de la riqueza, y a la antigua práctica se unen las dotes de la inspiración.

Los arcos de triunfo que la capital lombarda alzó en sus calles en honor del joven príncipe, formaban una cadena larga de una legua. En los bailes, como diestro danzarín, habíase granjeado la gratitud de las damas milanesas. Las demás distracciones principescas, de la caza y los festines, así como los caballerescos ejercicios de cañas y torneos, sólo le produjeron un regular contento; pero, en cambio, al visitar las hospitalarias moradas de los Doria y los Borromeo, nacieron en su ánimo vivísimos deseos de tener en su sombrío palacio, arreglado conforme al gusto antiguo, aposentos por el estilo de los que en ellos viera.

Al encontrarse ahora con el Tiziano, concertó con él el plan de un ciclo de escenas mitológicas para el adorno de un gabinete («camarín»). Breve fue la entrevista del pintor con el príncipe; pero no había pasado mucho tiempo, cuando aquél se vió sorprendido por una carta de este último, que venía a demostrarle la seriedad de sus proyectos. El Tiziano acogió con vivo gozo la misiva, y desde aquel punto decidió cultivar el favor del príncipe. «Esta carta—decía él en su respuesta—me ha rejuvenecido, y de ahora en adelante, el resto de mi vida no tendrá para mí otro precio que el de poder consagrarlo al servicio de V. A.; no tengo en mis labios otro nombre que el «del gran Felipe mi señor». Desde aquel instante puso el artista manos a la obra, reuniendo en sus diseños las más seductoras figuras, motivos y colores, que su inspiración le sugiriera para halagar el gusto del príncipe. No contento con esto, empieza a imaginar ya nuevas creaciones para cuando hubiese despachado aquel primer encargo; el anciano pintor se propone sorprender al rey, anunciándole, después de un año de trabajo, que tiene casi terminada otra obra maestra. En todo este tiempo, más de una vez, a decir verdad, tu-

vo que implorar la intercesión del rey para cobrar los atrasos de su pensión, que los empleados del Fisco de Milán y Nápoles solían retenerle con sobrada frecuencia, por lo que encarecía el envío de dinero contante y sonante; «por oro—escribe Vargas—se puede obtener de él cuanto se quiera». ¡Flaquezas de la ancianidad, sobre las cuales debe correrse un velo, así como sobre las frases de sumisión que estampaba en sus cartas! Se ha llegado, sin embargo, hasta interpretar como muestra de de servilismo y de bajeza, la consabida fórmula «beso sus pies», que aun hoy se emplea en España en el estilo epistolar, sobre todo dirigiéndose a señoras.

El Tiziano retrató entonces al príncipe dos veces: una revestido de soberbia armadura; la otra, en hábito de corte. Este último había de ser ofrecido como regalo de boda a su prometida, María Tudor. En él aparecía el príncipe, con su figura pequeña, pero proporcionada, y la elegancia de su porte, cualidades ambas que el pincel de Tiziano había hecho resaltar. Quien se haya formado una idea de la figura de Felipe II por las caricaturas con que suelen contentarse los lectores de historias, no podrá menos de maravillarse ante las descripciones que observadores tan sagaces como los embajadores venecianos hacen de su persona. Cierto que sus facciones, comparadas con las de su padre, tan bien delineadas y de tan acusado relieve, podían parecer menos expresivas y hasta como embotadas; pero por sus ojos azules hablaba una afabilidad que os seducía desde el primer momento, y sus maneras, al decir de todos, eran de las más atractivas (1).

---

(1) Soranzo: Relaz., 1559: «Contribuye a realzar aún su gracia la forma del cuerpo, su viril talante, sus actos y palabras, que por igual respiran majestad y dulzura, y aunque sea pequeño de estatura, es con todo tan bien formado, son tan bien proporcionadas y tan acordes con el todo todas las partes de su cuerpo y viste con tanto primor y acierto, que no es posible le gane nadie en perfección.» En términos análogos se expresan Cavallo (1570), De Mula, Morosine, Contarini (1592). Tiepolo dice: «No se imaginen que le afea aquel poco de mentón que le sale hacia fuera (1567).

El retrato de Madrid (núm. 454), apenas si deja adivinar estas amables cualidades; la etiqueta no permitía ya que el semblante del rey se mostrase a sus vasallos a la luz de aquella su primera gracia; el obligado «sosiego» había impreso en su rostro aquella expresión abotargada y llena de misantropía que, según observación de una dama, se aviene tan mal con su tono de color rubio claro. Y cuenta que Tiziano poseía un sentido finísimo, irresistible, para coger al vuelo lo característico de una fisonomía.

El anciano maestro envió a su protector primeramente una colección de «fábulas», de asunto erótico en su mayoría, y en la que poco había de nuevo, pues esas obras eran muy buscadas, abundaban las copias hechas por él mismo y por sus discípulos, y Rubens mismo las ha copiado todas. Algunas de ellas, sin embargo, habían sido hechas expresamente para el rey de España. A las primeras pertenecen *La Danae*, *El Adonis*, *La hermosa con el tocador de órgano* y *La Europa*. Entre las últimas figuraban el gran paisaje alpestre con la cacería y el *Antiope durmiente*, la *Venus haciendo su tocado*, *Los dos baños de Diana*, que se hallan en Bridgewater House, las más pobladas de figuras y las mejor compuestas de estas «fábulas». ¡Cómo brillan y lucen las esbeltas figuras de las ninfas que juegan sobre las aguas espumantes, sobre el verde oscuro de los árboles, a la sombra de los arcos rústicos, con las azuladas montañas, de un azul profundo allá en el fondo! Una gracia natural, exenta de toda afectación y artificio; una gracia rarísima en aquel tiempo de amanerado culteranismo, y un colorido cuyo secreto sólo posee el Tiziano, ennoblece esas escenas. La elección de los asuntos respondía al carácter de aquel Felipe que, aun en medio de los más graves negocios de Estado, no podía reprimir su afición a las aventuras nocturnas.

---

El grabado sacado por W. Unger del busto de la colección de Ambras, reproduce fielmente las facciones de Felipe II en sus primeros años. La cabeza de dicho busto es de plata; el busto (añadido en época posterior), de arcilla.»



A esas «fábulas» vinieron a añadirse en lo sucesivo gran número de cuadros de asuntos religiosos: *El Santo Entierro*, *La Oración en el Huerto*, y también algunas copias, aunque muy reformadas. Al difundirse en Venecia el anuncio de la fundación del monasterio de San Lorenzo, emprendió Tiziano, de su propia mano, aquel gran cuadro de *La Cena*, que asegura haberle llevado seis años de trabajo. Y a petición del rey hizo luego una copia de aquella pintura del martirio del santo que ya ornaba los muros del Crocifer veneciano, pavoroso nocturno en el que se destacan con vivo realce los diversos fulgores de las parrillas, de la luna, de las antorchas y la celeste claridad de los dos ángeles mensajeros.

En cuánta estima tuviese Felipe II aquellos envíos que le llegaban de la ciudad de las lagunas, puede colegirse de numerosas cartas suyas, escritas de su puño y letra. Como al desembalar el *Adonis*, apareciese éste deslucido por un rasguño transversal, se apresura el rey a escribirle a Vargas y al Tiziano una efusiva carta, recomendándoles asistan con el mayor cuidado al embalaje de los lienzos. El rey llega hasta indicar detalladamente el camino que ha de seguir la expedición, quejándose de lo tarde que llegan los cuadros a sus manos. «Cuanto más pronto hagáis el envío, tanto mayor gozo y servicio me proporcionaréis.» Quiso también tener un retrato del pintor; Tiziano hízose uno teniendo el del rey en la mano; sólo así podía aspirar el artista a ocupar un puesto en el gabinete de Felipe. Al tener noticia de haberse extraviado un *Santo Entierro*, en el camino de Lombardía, no puede reprimir su cólera, y la refleja en las cartas que sobre esto escribe. Cumplidos ya sus ochenta años, aún volvió Tiziano a retratar al rey, de memoria, poco después de la gran batalla naval en que tan señalado triunfo obtuvo, y que coincidió con el anhelado nacimiento del príncipe Fernando. El rey aparece en ese cuadro, erguido entre unas columnas, teniendo en sus brazos al recién nacido, y en gallarda y animada postura eleva al infantito hacia los cielos, de donde desciende el genio de la

fama. El cuadro lleva esta leyenda: «majora tibi» (que Dios te depare aún mayores cosas). Veintiocho años trabajó Tiziano en el servicio de los reyes de España; su última carta a Felipe II lleva la fecha del último año de su vida.

Y a esta circunstancia debemos un grupo característico de obras que marcan una época en la larga carrera artística del Tiziano: la interesante e incomparable colección de obras suyas, que pertenecen en parte al período de su más avanzada ancianidad. El menor interés de esas obras, que tan grande lo tienen, estriba en que muestran la influencia de la edad y las transformaciones internas experimentadas en la inventiva y en la técnica, por un artista de extraordinarias energías, orientadas en las más distintas direcciones. Comparados ese *Santo Entierro*, ese *Dinero del César* y otras de esas obras con las del mismo título, salidas de sus manos en épocas anteriores, y que constituyen verdaderas joyas sin par, no podrán menos de parecer duras, huera y amaneradas. Pero si apartamos la atención del dibujo flojo e inseguro, y de la pincelada turbia y vacilante que están denunciando una innegable merma de las facultades del maestro; aquellos cálidos tonos de color, que substituyen allí a las armonías cromáticas finamente calculadas de épocas anteriores; aquellas luces prodigiosas, que ora se atenúan en nocturnos opacos, ora refulgen en radiantes glorias, ¿no están diciendo a voces cómo el artista, a pesar de sus años, se esfuerza aún por descubrir secretos de la técnica pictórica, cuyo hallazgo está reservado al porvenir? Hasta en el ocaso de su vida ha sabido el gran artista crear modelos, en que generaciones enteras de pintores españoles habrán de inspirarse para adquirir estilo propio e infundir al arte nueva vida.

### Felipe II en su casa.

Una vez en el trono Felipe II, y cuando trasladada la corte, al poco tiempo, de Toledo a Madrid, arreglóse a su gusto

el regio alcázar, procuró el monarca disponer cierto número de aposentos, en los cuales tuviese siempre un discreto refugio donde sustraerse al tedio de los negocios oficiales y gozar unas horas de asueto. Su residencia predilecta eran las habitaciones altas del ala occidental, que dan al parque. Saliendo de la «galería del Oeste», se pasa a un gabinete saledizo, en forma de hemiciclo, donde, en armarios de nogal, tallados y dorados, guardaba el monarca los planos de sus grandes edificaciones, juntamente con los informes que sobre ellos emitieran los técnicos. Estos aposentos reservados estaban decorados con frescos, según el estilo de la época, llamado grotesco, y en esta labor habían colaborado artistas italianos con aquel Becerra, que sobresalía en el dominio de esta técnica, de poca aplicación en España. Allí había reunidos planos y vistas de todos los palacios, conventos y apeaderos del reino, así como representaciones gráficas de todas las ceremonias religiosas y profanas y de todos los festejos (incluso los autos de fe) que constituían por aquel entonces la parte más importante (la más divertida y costosa) de un español de posición. A esta galería estaba aneja la gran torre del Sur (la Torre dorada), con la sala de la biblioteca, en la cual se guardaban, cómodamente catalogadas, las producciones de la literatura italiana, castellana y francesa de aquel tiempo, las obras científicas sobre arte y antigüedades, geografía y astronomía. Desde allí se tenía acceso a la torre más alta y al mirador, cuya perspectiva la formaban, por un lado, la ciudad de Madrid, y por otro, la apretada arboleda y los estanques del parque, situado al pie mismo del palacio de la Casa de Campo, y allá en la lontananza El Escorial y las cimas, ora azuleantes con tonos profundos de violeta, ora deslumbrantes de inmaculada albura, de la sierra del Guadarrama.

Allí era donde el monarca se retiraba todos los días ciertas horas, y allí donde sus arquitectos le presentaban sus planos, que él examinaba y estudiaba juntamente con ellos. No era, en efecto, el monarca un profano en arquitectura; en los mu-

chos edificios que durante su reinado y por su iniciativa se erigieron, vigiló él hasta el más mínimo detalle, y más de una vez introdujo cambios y modificaciones en los planos, «como un Vitrubio». A él se le atribuye el proyecto de la iglesia madrileña de la Trinidad. Su amor a la arquitectura pruébalo el hecho de haber fundado en Madrid (1582) una Academia de Construcciones civiles y militares. Excusado es decir que era un admirador de la arquitectura romana, y así, con ocasión del viaje que hubo de hacer para tomar posesión de Portugal, detúvose quince días en Mérida, a fin de examinar, con su escrupulosidad acostumbrada, en compañía de Herrera, los restos de aquella ciudad en ruinas, la mayor que de su clase subsiste en la Península. Aún hoy día pueden verse en la Biblioteca de El Escorial todas las planchas en bronce por él allí reunidas, y en las cuales el genio de los Lafreri, Rossi y Cock evocaba a los ojos de Europa la «magnificencia» de los monumentos romanos.

Allí también solía él distraerse con su paleta de pintor, trazando aquellos cuadros y figuras que luego, según dicen las crónicas, no tenía reparo en vender, para repartir entre los pobres, con su propia mano, el precio de la venta; «questa elemosina e fatta dalle mie mani».

También atendía al mismo tiempo el monarca a que las ciudades de su reino estuviesen primorosas y presentasen una espléndida vista. «Así como no toleraba en sus habitaciones ni un hilacho en las paredes ni una mancha en el suelo—dice Sigüenza,—así también lo primero que enseñaba a su reino era decoro y limpieza.» Dos años antes de su muerte, aún escribía al Corregidor de Toledo para hacerle saber que había podido convencerse aquel verano del mal estado en que se hallaba la plaza de Zocodover. «La forma en que se la tiene—decía el Monarca—ofende la vista.» Desde aquella época quedó dispuesto que nadie pudiese edificar allí sin atenerse estrictamente al programa trazado por el arquitecto de Palacio; y cuando los propietarios se resistían a cumplir sus indicaciones, se les ex-

propiaban las casas a beneficio de quien quisiera edificar con arreglo a lo preceptuado. «Lo cual es conforme a la razón y a la justicia, pues se trata de la hermosura de una ciudad tan principal y distinguida.»

### **Antón Mor y la galería de pinturas.**

Desde los tiempos de Felipe el Bueno y Jan Van Eycks, hasta los del pobre Carlos II, desgraciado remate de su raza, fue costumbre fielmente seguida por todos los regentes de la Casa de Burgunda, la de tener pintores en Palacio, a título de funcionarios cortesanos, y admitirlos a su confianza. En la tesorería aneja al Palacio de Madrid se hallaban instalados los estudios de los pintores de cámara, que, por medio de un pasillo secreto revestido de madera, cuya llave sólo tenía el monarca, comunicaba con los regios aposentos. Allí acostumbraba a presentarse Felipe II sin previo aviso, para inspeccionar el trabajo de sus pintores, que en tales ocasiones estaban dispensados de guardar la etiqueta palatina. Probablemente Felipe II experimentaba entonces el placer de «abandonar por una vez los músculos del rostro a su posición natural».

A ninguno de sus pintores tuvo el monarca tanto afecto como al holandés Mor, el primero entre los retratistas holandeses de su época, y uno de los artistas más verdaderos y objetivos de todos los tiempos. Tres veces estuvo Mor en España, y aunque ninguna de ellas permaneció allí mucho tiempo, supo, sin embargo, aprovecharlo para dejar terminados muchos cuadros notables; que los artistas de aquel tiempo poseían el secreto de ser a la vez prolijos y fecundos.

Aquellos tres viajes los hizo Mor para retratar a las tres primeras esposas de Felipe II: María de Portugal, María de Inglaterra e Isabel de Valois. Durante diez y seis años no encontró la Corte en todo el reino quien pudiese competir con Mor, en cuanto a retratar a las prometidas del monarca. Al cabo,

éste quiso guardar a su lado al artista holandés. Mor sabía conducirse bien en la corte, y poseía ese tono «grave y majestuoso» que allí se exigía a los caballeros. A menudo el rey se presentaba de improviso en su estudio, cuando se hallaba trabajando ante su caballete; colocábasele detrás y le daba un golpecito en el hombro, a cuyo saludo contestaba Mor, fingiendo enojo, con otro golpecito discreto administrado con su tiento. Familiaridades como éstas solía tenerlas el emperador con sus flamencos, pero en su hijo eran cosa desacostumbrada, y el favor de que gozaba el holandés concitaba en su contra la envidia y los celos de los cortesanos. Un noble llegó a advertirle que había llamado sobre su persona la atención del Santo Oficio, pues se decía que tenía embrujado al monarca. Mor no echó en saco roto la advertencia, pidió licencia al soberano y se apresuró a volver a Utrecht, de donde ya no regresó, a pesar de las reiteradas instancias que en este sentido se le hicieron. Es de sospechar que el duque de Alba, que quería retenerle a su lado, no tuviese reparo en interceptar las cartas del monarca.

Felipe II tuvo que resignarse a buscar una compensación a aquella pérdida, y, afortunadamente, la encontró en un portugués, Alonso Sánchez Coello, que se había formado enteramente en la escuela del holandés. El nuevo pintor de cámara, fue, pues, a instalarse con su familia en la Casa del Tesoro, aneja, según hemos dicho, al Palacio, y el monarca volvió a reanudar sus visitas al estudio. Don Carlos y Doña Isabel fueron compañeros de juegos infantiles de los hijos del «amadísimo hijo Alonso». Entre los pintores de Madrid llegó a decirse después que D. Alonso era un personaje de tal viso en la corte, que prelados y grandes le hacían antesala como a un «privado».

Los retratos ejecutados por Coello completan la serie, que Tiziano iniciara y que continuó Mor. Hasta el año 1608 ascendía a 45 el número de cuadros que componían esa incomparable galería de retratos de la corte y de aquel tiempo juntamen-

te, reunidos en la gran sala del Palacio de caza del Pardo, próximo a Madrid, el más majestuoso y rico de cuantos poseía el Rey, al decir de Argote de Molina. En esa galería figuraban las obras maestras que durante aquel siglo produjeran los pinceles de los mejores retratistas de tres naciones. «Los he visto muchas veces—escribe Vicente Carducho,—y cada vez que los recuerdo se me renueva la aflicción, no sólo porque se hayan perdido los retratos de tan altas personas (a consecuencia del incendio de aquel año, del que pudo salvarse el *Antiope*, del Tiziano); sino también porque eran obra de los artistas más grandes que hayan hecho retratos.»

Es probable que se salvaran muchos de aquel incendio, pues al menos, algunos ejemplares de los que actualmente se hallan en el Museo del Prado no parecen ser reproducciones. Entre estos últimos figuran los más primorosos retratos que pintara Mor, y ellos nos dan la medida de sus facultades.

La mayoría de aquéllos, en número de quince, fueron obra de Mor; el pintor de Cadore ejecutó once, y Sánchez Coello nueve. La colección se remonta a la época de Isabel de Valois.

En el centro del testero principal se ve al emperador, con la emperatriz y su hijo, las tres figuras obra del Tiziano; siguen a la derecha la hermana del Emperador Carlos V, Leonor, esposa de Francisco I, y su parentela portuguesa con la otra hermana Catalina; a la izquierda, la parentela austriaca, la tercera hermana María de Hungría, y los hijos e hijas del emperador Fernando, con Maximiliano II a la cabeza. A continuación vienen damas y caballeros de la corte, figurando entre las primeras algunas inglesas, que debieron acaso a su belleza el honor de pasar a los lienzos, así como entre los segundos, aparte el duque de Alba y Ruy Gómez, aparecen también muchos personajes, cuyos nombres apenas han trascendido a la Historia, y que sin duda, están allí por el favor que con el monarca gozaban; rematan la serie retratos de magnates del reino, parientes en su mayoría, y, por último, el príncipe Juan Federico de Sajonia.

La más principal entre las damas de corte, por su belleza y valimiento, era la duquesa de Feria, Juana, hija de Sir William Dormer (n. 1538, 1612), compañera de juegos infantiles de Eduardo VI, e inseparable amiga de María Tudor. En 1558 casóse la duquesa con el entonces conde y después, duque de Feria, que había ido a Londres, formando parte del séquito de Felipe II. Era la duquesa rubia, de aventajada estatura, de carácter vivo y despejado, celosísima protectora de los católicos ingleses, y sostuvo larga correspondencia con cuatro pontífices.

Pero en el centro, frente al retrato del emperador, se destaca un grupo, que para el historiador resulta el más interesante, y que forman el holandés Mor, D. Juan de Austria, D. Carlos, Isabel de Valois, y en último término los archiducos Rodolfo y Ernesto, especialmente caros al rey y al Tiziano (1).

Cuán estimados eran los artistas en la corte, pruébalo la historia de la pintora de Cremona, Sofonisba Anguisciola. También hay en El Pardo un retrato, obra suya: el de la reina Isabel, que la había nombrado su dama de honor. Esta francesa, la única de sus esposas que llegó a inspirar a Felipe II verdadero amor, interrumpía a veces con sus alegres travesuras la rígida etiqueta palatina. La noche de su boda, como el rey hubiese mandado que se bailase la *gagliarda*, y ningún palaciego se atreviese a comenzar el baile, destacóse Farrante Gonzaga, fue en busca de la cremonesa, y con ella dió principio a la danza (2).

Es de notar, que en esta colección falta María de Inglaterra; su retrato que Mor fue a pintar a Inglaterra, nos muestra todos los rasgos característicos de su persona. Sus facciones componen un semblante frío, voluntarioso, Tudor puro, ancha la frente, finos los labios, fuertes las mandíbulas y los cabe-

(1) Argote de Molina: libro de la *Montería*. Sevilla, 1582. F. 20.

(2) Girol Nerli al duque de Mantua, 8 Febrero de 1560.



llos de un rubio que tira a rojo; ¡qué ausencia de gracia se advierte en su actitud, en el gesto con que sostiene la rosa, ofrenda de su prometido! Nunca ha estado una rosa tan fuera de su ambiente. Y sin embargo, ¡cuánto no nos cautiva ese retrato de un carácter endurecido por la herencia y por la suerte, dotado de una fuerza propia de voluntad y de una resuelta decisión, como no es corriente hallarlas ni en los hombres! Mor conocía como pocos el arte de hacer resaltar bajo la suntuosa y pesada armazón de aquellos trajes recamados, bajo aquel cúmulo de gorgueras, collares, cruces de perlas y piedras preciosas, la figura viviente, conservando a los miembros su flexibilidad y gracia naturales. No se reducía Mor a pintar sujetándose estrictamente a los convencionalismos de la época, sino que también dejaba impreso en sus cuadros el temperamento, el carácter, la vida individual de sus modelos.

Ahí está el retrato de Juana, la hermana de Felipe II, viuda a poco de contraer nupcias con el príncipe Juan del Brasil, mujer de duras y severas facciones, a la cual su augusto hermano encomendara la presidencia del Consejo de Estado.

El artista retratóla de pie, toda de negro, con firme mano apoyada en el respaldo de un alto y rígido sillón. Míresela despacio: cada una de sus palabras, aun la más insignificante, ha de ajustarse a ese recato que de consuno piden la diplomacia y la etiqueta. Hay personas a las cuales, el ceremonial, la ostentación, no cuestan el menor sacrificio ni molestia, pues constituyen su ambiente natural. Pero esos seres, impenetrables en el trato social, que miden sus palabras y calculan sus pasos, en los retratos de Mor se diría que están hablando, y que nos van a descubrir los pensamientos y emociones que cubre el sereno semblante. Y hasta la encarnadura, con aquella coloración fría, tierna, de un gris argenteo, que tira a violeta, y tiene el brillo metálico del grafito, sienta a maravilla a aquella pálida y estirada princesa, que los convencionalismos oficiales han vaciado en su rígido molde.

En Setiembre de 1560 celebróse en el patio del Alcázar morisco de la gótica Toledo una fiesta palatina, que fue la última de su clase organizada por la corte. En aquella fiesta, donde se hallaba reunida la flor de la nobleza holandesa, española e italiana, las miradas de toda la asamblea se concentraban en las juveniles figuras de tres príncipes, en los cuales se cifraban grandes esperanzas. Eran éstos un hijo natural y dos nietos del viejo emperador. Estos últimos, que descollaban entre los más cumplidos caballeros de aquel siglo, no eran otros que el hijo de Margarita de Parma, la hija natural de Carlos V y Don Juan de Austria. El tercero era Don Carlos. Gracias a los cuadros de Mor y de Coello, podemos hacernos la ilusión de que asistimos a esa fiesta, que los embajadores venecianos califican de admirable. En la galería de Parma se conserva aún un retrato de Alejandro, vestido a la elegante moda española de aquel tiempo, que el delicado y pálido mancebo sabía llevar con gracia insuperable. Con él compite la esbelta y proporcionada figura acusadora de extraordinaria energía y el bello rostro, lleno de acometividad y franqueza del bastardo que deja en la sombra a su hermano legítimo (1). «D. Juan—dice Tiepolo,—no obstante ser tan joven, combatió con gracia y destreza; pero Alejandro Farnesio llevó el premio, pues rompió las tres picas.» Al lado de ellos se encontraba el heredero del trono, poco aficionado a danzas ni torneos, de innoble traza, raquítico, paliducho, lleno de pesadumbre, consumido por las pasiones, débil de cuerpo y lacerado de espíritu. (Museo del Prado, 1.032.)

### El Escorial.

Mientras tanto, el rey Felipe meditaba una empresa, que ocupó su mente durante los cuarenta años de su reinado, cuya

(1) V. Carderera: *Iconografía Española*, II, tav. 79. Despacho de Pablo Tiepolo de 11 de Setiembre de 1560. He visto un hermoso retrato de Don Juan de Austria en el palacio de Riófrío, próximo a San Ildefonso.

ejecución ha legado a la posteridad un monumento perenne de su genio, y en la cual colaboraron, imprimiéndole su sello, sus facultades todas, cuanto en él había de entusiasmo y terca obstinación, de grandeza de miras y de limitación espiritual, de magnificencia y de severa austeridad para producir una obra, sobre la cual se hallan tan divididas las opiniones entre la admiración y la censura, como sobre su autor mismo.

Del edificio de El Escorial, único en su género, no es fácil dar una acabada idea. A un tiempo, iglesia y palacio, convento y mausoleo, biblioteca, museo y relicario, móviles no menos heterogéneos, concurren en su edificación. El primer destino que tuviera en la mente de su fundador, fue el de dar cumplimiento a un voto que el rey había hecho cuando el cerco de San Quintín, en 10 de Agosto de 1557, como una especie de reparación y para tranquilizar su conciencia. Había ordenado el rey en aquella ocasión destruir un convento dedicado al Santo, porque ocupaba un punto estratégico importante para el asalto de la plaza, y había sentido luego remordimientos por esta irreverencia. Dato es éste que consta en el libro diario del arquitecto mayor. Que se trataba de un voto religioso formal, lo confirman también un despacho de los venecianos y un documento anónimo dirigido al monarca (1). De ser esto así, el rey quiso dedicar a San Lorenzo, soldado y mártir, de prosapia española, un nuevo monasterio en su país, que testimoniase a un tiempo su gratitud al Santo, por la victoria conseguida, y su rendida sumisión a la Iglesia. De ahí, que aun antes de ponerse la primera piedra del nuevo edificio, llevase ya éste el nombre de San Lorenzo de la Victoria (2).

---

(1) En el despacho del veneciano Gio. Soranzo, de 27 de Abril de 1562, se lee: «Una iglesia y monasterio, que S. M. manda fabricar y fundar de nueva planta... dedicada a San Lorenzo de la Victoria, que así quiere se la llame, en satisfacción del «voto» que hizo en la jornada de San Quintín. El nombre oficial reza: el sitio de San Lorenzo el Real.»

(2) «La ocasion y primer motibo que tuvo el rey Don Felipe II de este nombre pa haçer este monasterio de San Lorençio fue que, estando sobre

Como al año siguiente muriese el emperador, encomendándole el cuidado de construir un mausoleo para él y para su esposa, la idea de una sepultura familiar vino a combinarse en la mente del rey con el plan primitivo de la obra. La extraña resolución de Carlos V, de abandonar por propio impulso el esplendor del trono para acabar sus días en un convento, acción la más sublime que registra la Historia, había hecho impresión profundísima en la religiosa imaginación de Felipe II, y resolvió construir en el nuevo convento de jerónimos un palacio que, por la severidad de su estilo, armonizase con el monasterio. Amaba el rey la soledad tanto como odiaba las grandes ciudades y gustábale escapar de vez en cuando a la agitación de la vida cortesana con sus audiencias, consejos, recepciones y fiestas. Su residencia favorita, durante la Semana Santa, había sido, hasta allí, el monasterio de Guisando, desde el cual hizo las primeras excursiones al lugar de la nueva edificación.

En el fondo, todos estos móviles no habían hecho otra cosa que dar pábulo a la pasión que el monarca sentía por la arquitectura, incitándole a experimentar y utilizar, para dar cuerpo a sus ideas, todas las fuerzas artísticas de los países que reconocían su autoridad o que podía ganar con su largueza.

Acometiendo aquella empresa de edificar el grandioso monumento por él concebido, pensaba el monarca reunir en un

---

San Quintin por la parte que se avia de batir la muralla, estaba vn monasterio de frayles de San Lorençio, y mandó salir los frayles y sacar el Sachramento y toda la ropa, y acabado esto fue batido el muro y monasterio, y entrada la ciudad y aun si ubo la vitoria del rey Francisco de Françia, y por aber destruydo este monasterio dicho, prometió de haçer otro en España, y con este fundamento se començó este de San Lorençio que está cerca a de la villa de El Escurial, jurisdiccion que era de Segovia.» (Efemérides de mano de Fray Antonio de Villa-Castín, alias F. Antón Moreno, Prefecto de la Fábrica de Sanct Laurentius el Real y su Alcaide y de sus fortaleças y palacios.)

todo completo los temas principales de la gran arquitectura, enriqueciéndola con todos los tesoros del arte, de la ciencia y de la piedad, para de este modo, cual nuevo Salomón, dotar a la monarquía, a la cual había ya impreso un sello de hispanismo (valga la frase), dotarla, repetimos, de un símbolo, de un monumento representativo, que correspondiese a su carácter político-religioso y a su universal grandeza.

Una vez animado de este pensamiento, tuvo la suerte de encontrar dos hombres que, educados en el extranjero y reconocidos como los primeros arquitectos de su época, parecían destinados por la providencia para llevar a feliz término los ideales del monarca.

JUAN BAUTISTA DE TOLEDO se hallaba al servicio de aquel virrey de Nápoles, D. Pedro de Toledo, tan dado a las edificaciones, y al cual había secundado en sus grandes empresas. En calidad de director de las obras reales, había presidido a la construcción del (antiguo) palacio regio, de la iglesia de San Jacobo y de la calle de Toledo, habiendo trabajado, además, en la iglesia de San Pedro, en Roma. Estos fueron sus estudios preliminares, su preparación, digámoslo así, para la magna obra de El Escorial. En 1559 mandóle venir Felipe II a Madrid desde Gante, donde se hallaba a la sazón. Sólo cuatro años pudo dirigir las obras del Real Monasterio; su muerte produjo gran trastorno; bien pronto, sin embargo, encontrósele un digno sucesor en la persona de su ayudante, Juan de Herrera. Nacido en Asturias, Herrera había hecho sus estudios de arquitecto en Bruselas, guerreado más tarde en Italia en las filas del emperador y acompañádole, como oficial de sus guardias, a su conventual retiro, donde, hasta la última hora, permaneció a su lado. Espíritu cultivado, conocedor de las matemáticas (en una de las cartas pide las obras de Copérnico), dotado de un arraigadísimo sentimiento de los propios deberes, al par que de una soberbia conciencia de su propio valer y de una gran entereza de carácter. Hasta 1557 estuvo dirigiendo las obras, sin título y con sólo 250 ducados de sueldo.

Felipe II, que solía derrochar el oro a manos llenas con los extranjeros, olvidaba, con no poca frecuencia, recompensar debidamente a sus más allegados y fieles servidores. Herrera soportó largo tiempo en silencio este estado de cosas que menoscababa sus intereses; pero al fin llegó un día en que reclamó lo que se le había ofrecido, recordando al rey su deuda, con el tono de quien hace valer su derecho. En todas las cosas que atañen a la arquitectura había llegado Herrera a ser la mano derecha del monarca. El había edificado el Palacio de Aranjuez, la parte del Alcázar de Toledo que mira al Mediodía, la Lonja de Sevilla y la Catedral de Valladolid, de la que se ha conservado un fragmento. Todo cuanto se edificó bajo el reinado de Felipe II lleva el sello de su severo genio, que salta en seguida a la vista del observador.

El estilo que predomina en esas obras es el adoptado por los cultos arquitectos del Norte de Italia; un estilo que busca su efecto total en la proporción de las partes y reduce la ornamentación a la más estricta sobriedad, al modo de los entablamentos romanos. Ese estilo fue considerado como un retorno a la «pureza de lo antiguo»; pero lo que más contribuyó a difundirlo por Europa fue la reacción que por aquella época se operó en el gusto, estragado por la ornamentación pictórica, excesivamente frondosa, del Renacimiento. Y que su mérito era de índole negativa pruébalo la denominación misma de *desornamentado* que se dió a dicho estilo. Para el arte que en el siglo xv despuntara tan lleno de fantasía, bajo el cielo español, al impulso de los elementos góticos y moriscos, no tenían ojos aquellos arquitectos, verdaderos pedantes, que sólo prestaban atención al áspero latín de los Vitrubio y de los Vignolo. Así, en El Escorial, apenas si el genio español puso otra cosa que la piedra, lo que no obsta para que aun hoy día se siga hablando de su estilo *eminentemente español*, sin perjuicio de recurrir al estilo árabe de la Alhambra, cuando se trata de dar una nota típica de españolismo, como ocurrió con la sección española en la Exposición Universal de 1878.

Se adoptaba también el orden dórico, «porque éste, en virtud de su nobleza y robustez, es el más propio para simbolizar la fuerza, y por eso ya los antiguos le consagraron a Marte, Júpiter y Hércules, y nosotros lo hemos dedicado a los campeones de Cristo». Pero este noble estilo dórico no se muestra en parte alguna tan severo y tan frío como en las obras de Herrera. Quizá esto fuera debido en parte a la premura con que rematará esas obras, a la índole del material empleado, el granito (berroqueña), el más duro de todos, y acaso también a resabios adquiridos en la edificación de las numerosas fortalezas con que el monarca había guarnecido el litoral de entrambos continentes.

Colocado el espectador frente al gigantesco edificio, sólo advierte de su mole los paredones grises, de blancuzcos tonos, de un colosal cuadrilátero horadado por múltiples hileras de pequeñas ventanas desprovistas de toda ornamentación, y flanqueado en sus cuatro esquinas por otros tantos torreones, coronados por agudos remates y alumbrados también por múltiples filas de ventanillas, igualmente pequeñas y escuetas. Se acusa allí el mismo plan seguido en la construcción de los grandes palacios, como El Pardo y el Alcazár de Madrid. Esta cuadrada mole, rígida y pesada, abarca al mismo tiempo la iglesia y el monasterio en el recinto de sus altos muros; el edificio, adaptándose en esto a la tradición oriental, muestra un exterior hermético, como el de una fortaleza, que no responde ni aun deja trascender la animación que sus muros encierran.

Sólo la majestuosa fachada, achatada por cierto a la moda del siglo xv, exenta de profundidad y de claroscuro, con su triple portada de un decorado bien dispuesto en dos órdenes, nos advierte que vamos a contemplar algo grandioso. El Santo se nos muestra allá arriba sosteniendo las áureas parrillas en la mano. Por esa puerta penetramos en un amplio atrio, el zaguan del rey, en cuyo fondo se alza la fachada de la iglesia, con sus seis estatuas del regio constructor del templo de Jerusalem, obra de Monegro. Este vestíbulo hubiera podido ser de

un gran efecto, si aquellos escuetos muros, más propios de una fortaleza, hubiesen sido sustituidos por arcadas, como se observa en el Hospital del Cardenal Tavera en Toledo, construido en 1541 por Bustamante, probablemente, a excitaciones de Felipe II. La iglesia, en un principio, se pensó que tuviese, a semejanza de la primitiva de San Pedro en Roma, la forma de una cruz griega, con una cúpula de 315 pies de alto, dos torres al Oeste y tribunas cuadradas. Por desgracia, el temor de sobrecargar demasiado los pilares de la cúpula hizo que luego se redujese ésta, con perjuicio de la impresión total; pero la idea de un templo semejante, dominando todo el edificio, era grandiosa. En el coro, a ambos lados del altar, entre columnas, se ven las estatuas del Emperador y su consorte, de Felipe II con sus tres esposas, y de D. Carlos, todas de bronce sobredorado. Estas estatuas se nos muestran postradas de hijos sobre su Panteón: una edificación subterránea, en forma de cúpula, revestida de costosos mármoles, que no quedó terminada hasta el reinado de su nieto. Junto a la iglesia se extiende el amplio claustro, de 140 pies en cuadro; detrás de él, en el eje central, destacándose con gran relieve sobre todo el cuadrilátero, se alza el Palacio Real. A los lados de aquel atrio y de la iglesia, un laberinto de claustros más reducidos, circundados de capillas, salas de estrado y celdas. El plano, en forma de enrejado, debía representar probablemente las parrillas del Santo, cuyo mango lo ocupaba la residencia real. Las dimensiones totales del edificio son 740 pies de largo por 580 de ancho. Cuando se contempla una sola de sus partes, por ejemplo, la iglesia, cuyo examen atento requiere todo un día, no puede menos de pensarse con asombro, que lo que se tiene ante la vista es sólo una parte de todo el edificio. Sólo desde la cumbre de la sierra puede darse una cuenta de la disposición del conjunto. No cabe siquiera poner en duda lo atrevido del pensamiento, lo bien meditado del plan, la irreprochable simetría y la perfecta acomodación de lo pequeño en torno de lo grande, de todo el conjunto en torno al templo, según en el pro-



yecto estaba calculado. La ejecución, por desgracia, no estuvo aquí a la altura de lo demás.

Aun cuando el autor cuenta en la historia de sus peregrinaciones artísticas la obligada visita a la creación de Felipe II, no será tan temerario que se arroje aquí a hacer la descripción del edificio, según el modelo de los folios de De los Santos, Ximenez, etc. La historia del edificio, por el contrario, tal como la trazara el Prior Sigüenza y se completara hace poco con el diario de Fray Juan, sí tiene derecho a figurar en una historia del arte hispánico.

Tres años nada menos se invirtieron en la elección de sitio, para lo cual se puso en movimiento y recorrió toda Castilla una legión de maestros canteros, naturalistas y arquitectos. Al cabo, escogiése sitio para el emplazamiento en el llamado Real de Manzanares, en un paraje lindando ya con Castilla la Nueva, donde hubo primero unas herrerías. El nombre de Escorial se derivó del de escoria, por alusión a esa circunstancia. El lugar elegido, a 2.700 pies sobre el nivel del mar, a ocho leguas de Madrid, al pie mismo de la sierra, no podía recomendarse ni por la amenidad del sitio ni por ninguna referencia a la historia sagrada ni profana; pero reunía en cambio, tres indispensables condiciones: abundancia de aguas, canteras y salubridad del aire.

Después que el rey hubo declarado su plan—en 1561—al Capítulo general de la Orden de San Jerónimo, el 28 de Marzo del año siguiente, dió ya orden de comenzar las obras. Construyéronse hornos de cal y se marcó sitio para los cimientos. El 23 de Abril de 1563 se colocó la primera piedra del monasterio, y en 20 de Agosto la de la iglesia, esta última por el fundador mismo. En 1581 quedó puesta la cruz sobre el remate de la cúpula.

Instalada la colonia de constructores en las dependencias de las antiguas herrerías, no hubo que preocuparse ya de nada más. El lugar era pobre, no había allí chimeneas ni ventanas; pero el rey no podía reprimir su impaciencia por ver adelan-

tar las obras, y a lo mejor se presentaba con cuatro o cinco caballeros de su corte; en esos casos, el monarca se alojaba con el párroco, y los monjes con los labradores. En la estancia donde se decía la misa hacía de altar un crucifijo pintado con carbón en la pared, y de dosel una mantilla blanca de cama. Su Majestad tomaba asiento en una silla rústica, formada de un tronco de árbol, a manera de sillico de tres pies, que recubrían luego de un paño francés todo agujereado.

Una vez, como llegara demasiado tarde a la sagrada ceremonia, el rey sentóse sin cumplidos en el banco común, al lado de un gañán. El año 1571 pudo ya empezarse a celebrar el servicio divino en la capilla provisional (hoy capilla vieja).

La numerosa legión de trabajadores ocupados en las obras componíanla en su mayor parte, gentes de la montaña, vascos y navarros, nada fáciles de manejar. Como en 1577 hubiese el alcalde encarcelado a uno de ellos, y amenazase con imponerle el castigo del burro y los azotes, los compañeros del detenido dejaron guardia por la noche junto a la prisión, y al ser de día volvieron a ella, golpeando tambores, con bandera desplegada y armando un estruendo insoportable con las campanas que servían para llamarles al trabajo, dispuestos a matar al alcalde y libertar a toda costa al compañero. Ante aquel motín, no hubo otro remedio que parlamentar y poner en libertad al culpable. Eran, según se ve, hombres de hierro, que al fin encontraron la mano férrea que necesitaban. Halláronla en la persona del prefecto de la fábrica, superintendente y jefe de Palacio, Fray Antonio de Villacastín, de la Orden de los jerónimos, toledano, hombre de voluntad enérgica, dotado del dón de mando, de severidad monacal, pero no desprovisto, sin embargo, de un gran conocimiento del carácter del pueblo. Léase a este propósito la descripción de la grotesca mascarada ideada por el reverendo, en la que tomaron parte todos los trabajadores de la colonia, y que venía a ser la acabada parodia de una procesión, con andas, con sagradas alegorías, con caricaturas y chuscadas, al estilo de los cortejos burlescos de

la Edad Media. Ya el día mismo de su llegada a las obras, había echado tal arenga a los trabajadores, acostumbrados a la indolencia española, que desde aquel día nunca dejaron de acudir puntualmente a sus horas. El fue quien puso en conocimiento del monarca el motín que queda referido, sobre lo cual S. M. rió de muy buena gana, suplicándole les perdonase, pues habían faltado a fuer de *hidalgos, de honrados y de necios*. Y él fue también quien hizo se le diese al cuadrilátero aquella excesiva altura que no se había calculado en el primitivo proyecto. Su fuerte eran las cuestiones financieras, en las que Herrera no llegaba a igualarle. Al colocar Toledo la primera piedra del edificio, brindóle el honor a Fray Antonio, el cual rehusó aceptar, diciendo: «Coloque usted la primera, que yo me reservo para la última.» Así fue en efecto, y el 13 de Setiembre de 1584, cumpliendo su palabra, colocaba Fray Antonio la última piedra del pórtico. Herrera y Villacastín rivalizaban en la escogitación de métodos que pudieran duplicar y aun cuadruplicar la duración de las obras. Herrera creía haber descubierto que los antiguos trabajaban todas las partes de sus edificios, aun las ornamentales, en la cantera misma, hasta dejarlas acabadas, de modo que no hubiese sino conducir las al lugar de las obras y elevarlas por medio de una grúa hasta el sitio en que habían de quedar colocadas. Su propósito de imitar en esto a los antiguos suscitó una protesta general, que quedó sofocada por la determinación del rey favorable a su arquitecto. Este, alentado por aquel triunfo, instaló un taller en la misma cantera para trabajar las piedras allí mismo, y llevó las cosas como le vino en gana. Resultó de ahí, que tanto en la iglesia como en el claustro, apenas se oyeron martillazos ni golpes de cincel.

Como en el primer año sólo dos maestros canteros hubiesen sido llamados a trabajar en las obras, por lo que éstas iban con harta lentitud, aconsejó Fray Antonio que se repartiese la iglesia en diez destajos, encargando de cada uno de ellos a un maestro; gracias a esta competencia, no sólo adelantaron los traba-

jos, sino que también salió ganando la calidad de la mano de obra. A este efecto, se convocaron para 1.º de Enero de 1576 sesenta maestros de todas las provincias, eligiéronse los veinte más activos y diestros, y se les dió a cada uno cuarenta picapedreros.

Y de este modo pudo rematarse en seis años lo que se había calculado exigiría veinte. ¡Qué animación y qué bullicio de vida se advertía ahora en aquellos parajes, sobre los que antes se cernía un montaraz silencio! Durante un cuarto de siglo, hubo allí una ciudad industrial por el estilo de las que en nuestro tiempo de actividad febril vemos surgir en un abrir y cerrar de ojos de la tierra misma. Ruido de herramientas, vocerío de obreros, al mismo tiempo que aplicación solitaria y discreta. «Bullia al fin aquí — dice un testigo ocular — un hormiguelo concertadísimo, tan sin encontrarse ni embarazarse, que parecían todos uno, o que uno lo hacia todo. Aquel bullicio y aquel ruido, y aquella al parecer confusa muchedumbre, aunque a la verdad admirablemente concertada, causava un como pasmo y admiracion a quantos de nuevo la vian, y aun a los que despacio la estauan considerando.

»Estaba todo el contorno sembrado de talleres, fraguas, tabernáculos y aun tabernas, donde se amparaban de las injurias del tiempo; los campos de esta comarca resonavan con los golpes de las almadenas y cuñas y con la fuerza de los martillos, picos y escodas, rebanando el jaspe y el mármol con tanta maña y artificio, que al rendirse parecían de cera y en la blancura de dentro de nieve. Avia en sola la iglesia veinte gruas de a dos ruedas, unas altas, otras bajas; estos davan voces a aquellos; los de abajo llamavan a los altos, que parecia trabajaban, no solo para ganar de comer, como en otras obras, sino para remate y perfeccion.

»Quien viera la multitud de aserradores y carpinteros de tantas suertes y diferencias de obras, unas gruesas, como andamios, gruas, cabrillas, agujas y otros ingenios y vasos, tixerias y maderamientos de tejados, otros de puertas y ventanas, y

otras más primas y delgadas, manos para caxones y sillas, y estantes y todo cuanto toca a ensamblaje, pensara que se hacia alguna ciudad de solo madera. Quien considerara las fraguas y el hierro que se gastava y labrava, pensara que era algun castillo o alcazar de puro hierro. Y lo que se gastava de cal, yeso, estuque, azulejos, ladrillos y cosas de este menester era tan grande, que si se derramara ocupara gran parte desta campaña.

»La multitud de la carreteria, carreteros y bueyes era tambien de consideracion, por la puntualidad con que acudian a sus horas concertadas, para que no parasen las obras. Vehíase cada dia traer piezas grandes, basas, cornijas, capiteles, pedestales, linteles, jambas y otras piezas de tan descomunal grandeza, que no las meneauan menos que siete o nueve pares de bueyes, y hasta se veian procesiones y rosarios de doce, veinte y hasta quarenta de estos pares de bueyes.

»En leuantando las paredes, ya estaua la madera del tejado y el carpintero le cubria, el piçarrero le empiçarraua, acudia el albañir y enluzia las paredes; y si se auia de pintar, assentauan el estuque y le pintauan; el otro tenia hecha la cerradura, y tan presto el solador la solaua de lo que la pieza pedia, mármol, jaspe, piedra, azulejo o ladrillo. Assí se via acabar un monton grande de cosas a la par, con tanta presteza, que parecia auia nacido assí.

»Entre estos maestros públicos que hazian tan acordado bullicio, auia otros más secretos y retirados, como eran pintores, muchos y de gran primor en el arte, que llaman ellos valientes; vnos hazian dibuxos y cartones, y otros executauan; unos lavrauan al olio tableros y lienços, y otros al temple, y otros iluminauan; otros estofauan y dorauan y otros muchos, porque los juntemos con estos, escriuian libros de todas suertes, grandes y pequeños, y otros los enquadernauan. Deste género, y de no menos primor, auia gran copia de bordadores, que iuan haciendo ornamentos al culto divino para altares y sacristias, en telas de raso, marañas, terciopelo y brocado.

«Y no solo allí, sino en muchas ciudades de España, de Holanda y de Italia, se hazian obras de canteria y fundicion para el Monasterio. En Florencia o en Milan se fundian grandes figuras de bronze; en Flandes, las campanas, los candela-bros, y tambien se traian de allá lienzos pintados para adornar las celdas. Las ciudades de España suministrauan el hierro. Y aun en los monasterios de monjas estauan ocupados en las cosas desta fabrica.» Y por último, América facilitaba la principal palanca de la empresa, el oro; madera de cedro y de ébano, y otros muchos leños de colores.

CARLOS JUSTI

*(Continuará.)*



# LA AMÉRICA MODERNA

---

La emigración europea a América. Reacción en las interpretaciones y en la política de la emigración. El porvenir español en América. Disminución de la personalidad del emigrante. Las pérdidas del país de origen. La información de López de Gomara. La ciudadanía alternativa. La disolución del italianismo en América. Informes de publicistas italianos. Imposibilidad de ejercer la protección del emigrado. Los emigrados en las colonias europeas. Las colonias francesas. Autoritarismo de la administración para el elemento extranjero. Túnez, campo de experimentación. La población española e italiana en las colonias francesas de Africa. La solución imperialista contra la emigración. Crisis de la emigración. Situación de la Argentina, Paraguay, Brasil, Uruguay, y Cuba. Una información portuguesa sobre los emigrados en el Brasil.

La vida de los inmigrados se hace muy difícil por todas partes. No lo sería tanto si en la vida no se persiguiese más que un fin puramente económico; pero aun los emigrados, cuya finalidad suele ser la prosecución de un intento económico, no pueden prescindir de otros aspectos de la vida moral, como son los que aparecen en las aspiraciones de derechos del hombre. La consideración social, la fama, el goce de derechos políticos que hacen del hombre una personalidad y borran toda servidumbre, constituyen una necesidad en la vida moderna. Los emigrados, por regla general, no encuentran tales satisfacciones de orden moral y político en los países en donde se establecen. Allí suelen vivir en perpetua tutela, por más que el oro

fluya a chorros en sus cajas, cosa que no les basta para compensarles de la condición humillante de perpetuos menores. Y esta situación de los inmigrados en un país que cercena sus derechos políticos es tanto más intolerable, cuanto que los inmigrados proceden de países civilizados y están hechos al goce de los derechos inherentes a la plena ciudadanía.

Esta es la realidad, por más que los retóricos que abordan el problema de la emigración en sentido optimista digan lo contrario. Un distinguido periodista español, el Sr. López de Gomara, director del *Diario Español*, de Buenos Aires, al leer estas opiniones mías, me escribe para confirmar mis juicios con su autoridad, basada sobre treinta y cuatro años de experiencia en la Argentina.

Precisa fijar bien la significación de América para la emigración europea, sin dejarnos llevar de motivos puramente sentimentales.

Lo que yo he expuesto con ocasión de algunas manifestaciones políticas hechas en España en són de programa, que afirmaban como porvenir español el desenvolvimiento en América de las fuerzas españolas, y que ha merecido la aprobación de los representantes de los emigrados españoles de la Argentina, es lo siguiente:

Es ya un tópico entre nosotros, que se quiere hacer valer en la política del Estado, la afirmación rotunda que dice: «El porvenir de España está en América.»

El tópico rebota de boca en boca siempre que se trata de la orientación internacional de España y de las posibles expansiones de nuestra vitalidad colectiva; sobre todo, se emplea para combatir la acción española en Marruecos. Como toda frase hecha, se suelta sin razonamiento que la apoye ni hecho que la confirme, en cerrazón dogmática, como hablan los pontífices, en materia de fe. Tiene en su abono la seducción del nombre de América para los españoles, la significación pacifista de tal idea, la al parecer poco costosa realización del programa. ¿Hasta qué punto puede hacerse tal afirmación?



Es verdad que en el inmenso territorio comprendido desde California hasta el cabo de Hornos se realizó la colonización española que afirmó la expansión de la raza ibera, transfigurando la imagen de España y encarnando su espíritu en los nuevos pueblos que se formaron sobre las tierras nuevas; que España llevó al continente colombino toda la cultura latina de su época, y que los países iberoamericanos reciben todavía el tributo de la sangre española, llevada por una emigración persistente. Pero, ¿es esto un porvenir o, como dicen algunos, *el porvenir* para España?

Hay que pensar que toda la población de origen español que se forma en América ha de vivir sometida a soberanías ajenas a España, y produce una riqueza en territorio extraño; si el emigrado español se establece definitivamente en América, la madre Patria pierde todo lo que empleó en formarle y lo que después de formado puede producir; alimenta así, con sangre propia, un cuerpo extraño; si el emigrado vuelve al país de origen, repatría sangre vieja, tal vez alguna riqueza; pero su juventud quedó derramada sobre otros suelos para fecundarles, quedándole a la Patria, como restos del naufragio de una vida, los huesos del repatriado y algún dinero. El momento de vitalidad creadora del hombre que abrió fuentes de riqueza ha sido aprovechado por otras naciones, sobre las cuales jamás llegará el poder de la Patria que les dió el material humano. Ninguna nación europea ha podido indemnizarse de las pérdidas de la emigración con la ganancia que suponen las rentas de los emigrados enviadas al país de origen. He aquí por qué Roscher, el notable economista, consideraba como beneficiosa la emigración a las colonias propias, y como muy desventajosa la que se dirigía a países extraños, a los cuales llamaba colonias negativas. La América española es, en este sentido, una colonia negativa para España, como los Estados Unidos son la colonia negativa para Alemania.

Es desconocer por completo la emigración actual. el creer que la expansión de los súbditos de un Estado en territorio

ajeno no supone sacrificios para el país de origen. La vida de los emigrados es tan humillante como la de los ex-hombres o los sin Patria, cuando su madre Patria no pone a contribución un poder militar, una organización consular y diplomática costosa y una acción cultural, mediante la formación de escuelas y otros medios de influjo, a disposición de los expatriados. Y aun con todo esto siempre resulta que el patriotismo, el carácter nacional brotado de la fuente pristina, se transforma y acaba por ser absorbido por el país nuevo. Todos los esfuerzos de la madre Patria se convierten en beneficios para el país que recibe la emigración. La raza se habrá extendido, perpetuado; pero la madre Patria habrá perdido en fuerzas propias. Sólo los países que no tienen espacio libre para su población excesiva pueden considerar la emigración como un mal menor; para los que, poseyéndole, se les escapa la población, la emigración es la más grave de las heridas.

Antes de afirmar que el porvenir de España está en América, habría que estudiar si todavía quedaba espacio para los españoles en España o fuera de ella, bajo la acción de la soberanía española.

La población española de América puede favorecer la expansión comercial de España; pero no en la medida que algunos esperan, porque el consumidor prefiere los artículos baratos, vengan de donde vinieren; los alemanes no han necesitado de una gran población en Sur-América para hacer crecer su comercio en una intensidad mayor que los demás países. Además, no es el sentimentalismo de raza lo que determina la conclusión de tratados de comercio entre pueblos afines. Las ventajas para los españoles en América son más bien de orden intelectual y moral, cosa que todavía no hemos aprovechado en la medida necesaria. Pero tales ventajas no constituyen el porvenir de España.

La concurrencia de razas y de nacionalidades en América es terrible. Celosos los americanos de su independencia y de su carácter nacional, gobiernan con mano de hierro para no

perder ambas cosas. Reciente está el ejemplo de los españoles en el Congreso de Confederación Española de Buenos Aires, en el cual, para suavizar las asperezas de la vida soportada en territorio extraño, pidieron la ciudadanía argentina más de un millón de ellos, esperando al mismo tiempo no perder la calidad de españoles, y enviar representantes al Parlamento español que hicieran pensar a la madre Patria en los hijos expatriados. Recuérdese también que el Presidente Sáenz Peña consideraba a los emigrados en la Argentina como elemento adventicio, lleno de peligros...

No quiero citar las observaciones de aquellos que, como Clemenceau, no creen en la benevolencia de los americanos para los españoles inmigrados en América; hay americanos ilustres, como el Dr. Zeballos, cuyas campañas a favor de los inmigrados nos deben enorgullecer; pero lo cierto es que el porvenir de España en América no es la tierra de promisión que se nos pinta. El individuo podrá tal vez sacar alguna ventaja de la emigración en las condiciones descritas; el país de origen, bien pocas. Por millones puede contarse la población perdida así para España.

«Hay comerciantes españoles—escribe López de Gomara—o de otros pueblos diseminados por la campiña, que por sí solos dan vida a una zona entera, siendo como el músculo cardíaco que mantiene en ella la circulación vivificante, y muchas veces la inquina o la torpeza de un cacique analfabeto, de un alcalde insolente, de un polizone coimero, basta para que toda su honrada vida se perturbe; porque en carne de *gallego* o *gringo* creen poder cortar a mansalva, desde que no tiene voto ni voz para hacerse respetar en la legislatura, única que maneja los presupuestos en que aquellas malas autoridades ven todo el ideal de su patriotismo.

»Si el *gallego* y el *gringo* trabajadores tuviesen derecho de ciudadanos, desaparecería la influencia del cacique, substituída por el voto consciente, supeditado solamente al interés progresista del pueblo; y el juez de paz abusador, reemplazado por el

amistoso componedor de los negocios vecinales, y el polizone coimero, que ya no tendría campo para el abuso tratándose de ciudadanos que le igualaban en derecho y representación.

»Por lo demás, intervenir en la administración pública, allí en donde se está estable y sinceramente radicado, debe considerarse acto tan elemental de la vida social como la respiración lo es de la vida fisiológica. Lo contrario, resulta una opresión viciosa y enfermiza.

»El sér moral se asfixia si se le deprime y posterga, negándole la expresión de su voto consciente sobre aquello en que actúa y colabora, como el organismo material si se le regatea el aire respirable.

»Dignidad y vida son sinónimos bajo este especial aspecto. Y no se vive con dignidad allí donde al hombre libre se le moteja de esclavo, aunque sea en ridícula pugna con los resultantes de los hechos: hogar, paternidad, propiedad, trabajo.

»Cierto es que hasta este último concepto tan amplio y libre en todo pueblo culto, y, sobre todo, de organización democrática, acaba de ser ofendido de la manera más asombrosa, nada menos que por la Comisión Nacional de Bellas Artes, que debe representar el máximum de la cultura, declarando excluidos de un concurso artístico (¿no será étnico?) a los pintores y dibujantes radicados, y admitiendo sólo a los nativos y naturalizados.

»¡Qué concepto del arte! Pero estos mismos excesos apremian por su remedio, probando que se acerca, porque jamás puede extremarse la opresión del absurdo, sin provocar la explosión de la justicia.

»Reducir la mayoría de la población de este país, que produce y tributa, a ser manejada por una minoría privilegiada (en que no siempre impera la ilustración y buena fe), es mantener un verdadero artificio, precario, como todo lo injusto, y debe trabajarse en su fin como imposición de la lógica.

»La emigración resulta, para nosotros, un *suicidio del ciudadano*, puesto que desaparecemos como tales, desde el mo-

mento en que el emigrado no tiene derechos ni en la patria de origen o de ausencia ni en la de adopción o de presencia.

»Claro es, que en esta no se le persigue ni se le despoja (salvo dolorosas excepciones, generalmente rurales), otorgándole los derechos generales en las leyes escritas (olvidemos benévola mente la *ley de residencia*, que deja a la discreción de un jefe de policía secuestrar y desterrar, sin juicio previo, en veinticuatro horas, que pasa incomunicado, a cualquier *extranjero*, arrancándole a su familia e intereses, porque es tan monstruosa la facultad, que rara vez hay crueldad para cumplirla); pero los derechos que se acuerdan al extranjero en las leyes argentinas que restringen la admirable Constitución, son los universales de humanidad y civilización, no los de comunidad y ciudadanía que, sólo como favor han de mendigarse, y como tal, son muchas veces revocados o echados en cara.

»Nosotros, como emigrados o inmigrantes, no tenemos, pues, ciudadanía efectiva, viviendo entre un ideal de que a cada paso se nos desengaña, y una realidad que nos mortifica a cada instante. Los extranjeros radicados conservan el amor a su patria de origen y prolongan idealmente su vida en ella; pero, en lo real e inmediato, viven en la Argentina, y las limitaciones que se les oponen resultan molestas y depresivas, por lo mismo que son palpables y prácticas.»

El ilustre periodista español, esforzado campeón del españolismo en la Argentina, propone una resolución para regular el estado de los inmigrados, que es de extrema justicia y sería muy viable si en el estadismo pesasen algo los motivos sentimentales. sin despertar el recelo del instinto de conservación de la personalidad del Estado nacional. Así ofrece la solución el Sr. López de Gomara.

No debe, pues, sorprender, que en el caso estudiado, o sea la vida del emigrado español radicado en la Argentina, proponga como solución la doble ciudadanía, o mejor dicho, la *ciudadanía alternativa*, ejercida por legítimo derecho de su

acción, también duplicada en cualquiera de los dos países en que se encuentre.

Es decir, que sin que España nos borre de sus listas de ciudadanos, la Argentina nos incluya en las suyas, ratificando el hecho en el derecho, y permitiéndonos colaborar, con amplia capacidad electoral, a la organización del pueblo de que en realidad formamos parte.

Véase otro ejemplo bien terminante: Italia.

Desde 1891 a 1910, la emigración italiana fue de 4.900.139; de éstos han retornado el 35 por 100. En cuatro lustros ha perdido Italia cerca de tres millones de italianos.

Pero no es esto lo peor. El italianismo se diluye en los países de inmigración. Enrico Corradini, después de recorrer América, cuenta de los italianos las siguientes cosas:

«Hice por mi cuenta una especie de información, dirigiendo a muchos periodistas esta pregunta: ¿Recuerdan haber ejercitado alguna influencia en la voluntad de los poderes indígenas? Invariablemente, la respuesta fue esta:—¡Ninguna, jamás!

»En la Argentina y en el Brasil encontré esto, sin distinción: cultura francesa, desde las ideas de los literatos hasta las modas de las señoras; oro francés e inglés; grandes obras y grandes servicios públicos en manos de los ingleses y de los americanos del Norte; política indígena y trabajo italiano... El emigrante hace pensar en un árbol arrancado del suelo natal y abandonado más allá del Océano con las raíces en el aire. Dejando de ser ciudadano, esto es, de pertenecer a una civilización, se reduce a ser solamente un hombre de trabajo y de producción.

»En Buenos Aires, en dos escuelas italianas, interrogué a unos treinta hijos de italianos, niños y niñas, de seis a diez años:—¿Eres italiano o argentino? Todos me respondían:—¡Argentino! ¡Argentino! ¡Argentino!...—Igualmente cuando interrogué a alemanes y franceses de origen: ¿Sois franceses o argentinos, brasileños o alemanes? Y respondían:—¡Brasile-

ños! ¡Argentinos!...—Para todos la misma *diminutio capitis*.»  
(*Il volere de Italia*.)

El profesor Lustig hizo en el *Nuovo Giornale* de Florencia las siguientes declaraciones, relatando sus impresiones recogidas en Buenos Aires con ocasión del Congreso Internacional de Medicina celebrado en las fiestas del Centenario:

«En Buenos Aires hay más de 300.000 italianos; pero los habitantes de origen italiano son muchísimos. Hay que ver el trabajo colosal que debe desplegar el Consulado italiano. Resalta en esto nuestra insuficiencia en instalación y medios. El actual consul, el comendador de Gaetani, no puede llenar las necesidades de tan fatigoso oficio ni aun con el sacrificio personal más evidente, ni con toda la laboriosidad de que un hombre puede ser capaz.»

En un artículo publicado por el *Corrière de la Sera*, de su corresponsal en Buenos Aires, en el que se consignaban las manifestaciones de Fernando Martini, se decía lo siguiente:

«Los italianos en la Argentina se encuentran, poco más o menos, en las condiciones del tercer estado en Francia antes del 89: no son nada, mientras lo debieran ser todo.

»Individualmente pueden alcanzar una fácil comodidad, algunos ganar millones y gozar de mucho prestigio; pero como colonia, como masa, no representa ninguna fuerza colectiva. Constituyen la más vasta difusión de gente del mismo origen entre la que vive en este país y el elemento máspreciado, no solamente sino indispensable para la prosperidad de la Argentina. Merced al agricultor italiano se han transformado las pampas en poderes, y por consiguiente en riqueza; han convertido las tierras de Mendoza en viñedos de Canaán y los arenales en campos feraces. La valorización de las tierras, y por lo tanto la creación del bienestar nacional, es en su mayor parte obra de los italianos. Pero estos modestos y maravillosos edificadores de la prosperidad del país, los cuales con su esfuerzo multiplican (y a menudo decuplicado) el precio de las propiedades que por regla general no les pertenecen, poseídas

por los latifundistas, no gozan de ninguna autoridad, de ninguna influencia en el consenso de la nación a la que dan las iniciativas, los hijos y la prosperidad.

»Existe tal desproporción entre la multitud de italianos y su escasísima influencia social, que hasta los observadores más circunstanciales se ven sorprendidos. Un escritor español, Blasco Ibáñez, al visitar la Argentina, ha podido decir que en este país la mente era francesa, el capital inglés y el brazo italiano. Lo repiten todos a cada momento, que es el brazo italiano el que hace esto o aquello.

Todo aquel que haya visitado la América del Sur—escribe Corradini (1),—habrá visto que la tutela de los emigrantes no es posible en las tierras de emigración. Lo mismo verán los que hayan visitado la América del Norte. Hay que recordar que en cierta ocasión, Italia exigía del Brasil tratados especiales para la tutela de los emigrantes, tratados que no fueron concedidos, y a los cuales se contestó con el decreto de Prinetti. Pero nadie hizo observar entonces que aun habiendo sido celebrados tales tratados, había sido todo en vano, y no por mala voluntad del Brasil, sino porque esta República tiene un territorio de cerca de 9 millones de kilómetros cuadrados, con una población tan sólo de 16 a 20 millones, sin caminos, policía, guardas ni jueces, ni todas aquellas otras organizaciones materiales y morales necesarias para la tutela del trabajo y de la vida de su misma gente. Véase qué tiene que ocurrir con una gente extranjera encargada de realizar un trabajo servil después de los negros esclavos de Africa. He visitado muchas «fazende» en el Estado de San Pablo. Son feudos, no feudos en el sentido guerrero y novelesco de la Edad Media europea, sino verdaderos y propios feudos, feudos agrícolas del Nuevo Mundo. Las casas de la colonia están encerradas dentro de las plantaciones de la «fazenda», vastas como las provincias en Italia, rodeadas de inmensas soledades.

---

(1) *Il Volere d'Italia.*



En medio está la quinta del señor, y hasta allí el brazo de la República brasileña no puede llegar para hacer justicia. Deber de equidad es el reconocer que semejantes condiciones, si no iguales, existen en toda la América del Sur. Los que hayan visitado la América del Norte dirán lo mismo. Y hay que reconocer esta verdad: que la emigración por sí misma, por el sólo hecho de serlo, lleva un estado de ínfima civilización, lleva una milicia extranjera desarmada sobre tierras en donde cualquiera organización de vida, material y moral, se encuentra aún en formación.

Por estos dos hechos en sí mismos, por estar en formación la tierra de inmigración, y porque el emigrante es extranjero en ellas, y va a buscar pan y trabajo, la emigración es la peor de las necesidades, después de la necesidad de morir de hambre.

Los emigrados europeos tienen en las colonias europeas, pertenecientes a un país ajeno, la misma suerte que en América. El italiano, por ejemplo, se ve sometido a la misma condición política, en América que en Túnez.

Enrico Corradini comentando la política colonial francesa, cita la frase de un general francés que responde a las reclamaciones de indígenas y de extranjeros en Túnez: «Yo soy el sable, no el Código.» «El Gobierno franco-tunecino—escribe Corradini,—en este momento suramericaniza un tanto. El mismo general Pistor resulta un tanto argentino cuando declara que él es el sable, y no el Código. No está desprovisto de interés el descubrir en esta costa de Africa un pedazo de Sur-América de la Francia republicana. El suramericanismo en los gobiernos significa arbitrio y significa desorden, y en Túnez resulta esto. Según Corradini, las autoridades francesas excitaban a los árabes contra los italianos en Susa. Disculpando toda exageración posible del escritor italiano en gracia al buen nombre de América y de Francia, no se podrá negar que el hecho claro es la situación humillante de todo emigrado en territorio ajeno, que pierde derechos en su patria de origen, y no los encuentra en el país adonde se dirige.

«En oposición a las naciones de voluntad imperialista—escribe Conrradini (1),—Italia es aún la nación de la voluntad opuesta: es la nación que tiene la voluntad de la servidumbre, no tanto porque emigra, como porque celebra su emigración. Hay un criterio que alimenta el optimismo: el criterio del número. ¡Cuántos millones de italianos por todo el mundo! ¡Qué fecundidad tienen las mujeres italianas! ¡Parece un signo de no sé qué celeste predilección, de no sé qué fausta predestinación, esta prodigalidad nocturna y diurna de los lechos matrimoniales!

»Debemos hacer votos para que cambien las opiniones. Podemos enorgullecernos de la fecundidad de nuestras mujeres, no de la dispersión de sus hijos.

»Debemos comprender que la nación es una unidad de fuerzas, cuyo fin natural es dominar. Porque a quien no tiene la voluntad de dominar, le corresponderá la suerte de ser dominado.»

La loba romana tiene jugosas ubres y alimenta hijos audaces y fieros, que comienzan a recorrer las rutas que señalaba el *miliarum aureum* de la antigua Roma, hasta los más remotos confines. El resurgimiento militar de la Roma moderna completa la capacidad expansiva de su pueblo, cuya fecundidad es enormemente superior a la del galo de nuestros días. No necesita Italia dirigir su emigración hacia determinadas comarcas para establecer núcleos de población importantes; le basta con dejar algunos italianos sobre un paraje para que, a semejanza de los renuevos que hacen brotar un nuevo bosque, la célula italiana, de vitalidad pasmosa, se desarrolle como una trepadora de los trópicos, cubriendo toda la tierra.

La costa oriental tunecina, donde se extiende Enfida; la de la tierra verde, Bu Ficha, Reyville, Bu Arkoub, Nabeul, Kelibia, son comarcas colmadas de olivos y viñedos, y habitadas

---

(1) *II Volere d'Italia*, 1911. Resumen de una conferencia dada antes de la acción de Italia en Trípoli.

por una población casi exclusivamente italiana. Esta gran población no es hija directa de la emigración italiana; procede de unos italianos que habitaban la isleta llamada Pantellería, junto a la costa oriental de Túnez. Cruzaron el brazo de mar que les separaba de la costa, levantaron una casa, y al cabo de algunas docenas de años la raza se había extendido, en proliferación asombrosa, por toda la región costera. En Bu Ficha la población es italo-árabe, y el elemento francés está representado por cinco o seis empleados de la Administración. La soberanía es francesa allí; la sangre es italiana. En la concurrencia de los dos grupos étnicos se impone y selecciona la sangre del romano.

España muestra un fenómeno más interesante en las colonias francesas, como Argel, y es que aumenta la natalidad en las familias españolas cuando dejan la tierra peninsular y se establecen en Argel. Y lo que más avalora la significación de la población, tanto italiana como española, en su especial fuerza del trabajo, su bajo tenor de vida y la adaptación a las labores de descuaje y de roturación de las tierras incultas. No solamente en Africa, sino también en América, han demostrado los españoles esta capacidad de trabajo, que causó la admiración de los yanquis en el Canal de Panamá.

El porvenir de España en América es muy parecido al que le ha cabido en Argelia, fecundada por la sangre de los españoles y perdida para España; el mismo porvenir que Alemania tiene en los Estados Unidos, en donde los hijos se burlan hasta del idioma de los padres; algo que se recuerda la suerte de Italia en el Brasil, Argentina y Túnez.

Y que conste que esto no es obstáculo para que en España nos preocupemos de América con menos retórica y más acción cultural y económica; pero América es para España el pasado, grande, luminoso, símbolo de mayor esfuerzo humano por la difusión de la cultura; para el presente, un título de orgullo y un país de intercambio. Y mientras la geografía política del planeta no se transforme, el porvenir de España para su gran-

deza en el espacio y en la magnitud propios está en el espacio libre del Continente negro, cuyas zonas se disputan los pueblos de Europa, y en el propio suelo de entraña fecunda, que puede hacer brotar las espigas del pan para mayores masas de iberos que las que hoy viven de él.

\*  
\* \*

Los informes oficiales del Consejo de Emigración de España dan a conocer la situación de los emigrados españoles en diversos puntos de América, demostrando los grandes peligros a que están sometidos.

Una gran parte de la Prensa argentina está haciéndose eco de la verdadera situación por que atraviesa, desde hace algún tiempo, aquel país; situación crítica y angustiosa para quien llega creyendo encontrar trabajo y sufre el desengaño de ver a miles de obreros de todas clases que no encuentran ni aun lo necesario para el diario sustento.

Preciso es que los que traten de emigrar sepan claramente:

Que en la Argentina hay en estos momentos más de noventa mil trabajadores que no encuentran trabajo a ningún precio.

Que ese exceso de brazos ha ocasionado una baja grandísima en los jornales.

Que se cuentan por miles los trabajadores que piden, angustiados, la repatriación.

Del Paraguay y del Brasil se dice:

Que causa espanto el trato que se da al trabajador en los *hierbales*, y, refiriéndose a esto, *La Vanguardia*, de Buenos Aires, dice así:

«Los métodos de explotación de Putumayo, que dieron margen a la intervención del Gobierno de Inglaterra, y a raíz de la cual una Comisión investigadora informó a la Cámara de los Comunes de este país, denunciando como «criminales» a los patronos de las Gómeras, que tan inhumanamente trataban a

los trabajadores, no se diferencian en mucho de la inicua explotación de que son víctimas los obreros de los hierbales del alto Paraná, tanto en lo que corresponde al territorio argentino como al brasileño.

» Los patronos, como verdaderos negreros, y bajo promesas de dinero, que nunca alcanzan a ver, cargan a los trabajadores en inmundos barcos, como si fueran fardos, para luego desembarcarlos en sus dominios, donde entran sin saber si podrán salir alguna vez.

» Entre todas, una de las Sociedades, la «Macte Larengeira», se especializa en el mal trato que da a los peones.

» En las diferentes fases de la elaboración de la hierba ocupa esta Sociedad a 1.500 hombres, que se contratan dándoles unas ropas como anticipo, cuyo coste se evalúa en 100 a 200 pesos, aun cuando valen únicamente 20.

» Los obreros así contratados en posadas, llegan al puerto de destino, donde son recibidos por los empleados de la Compañía, encargados especialmente de someterlos a un minucioso registro. Se les despoja de esa manera de toda clase de armas, a fin de evitar la posibilidad de una defensa armada contra los atropellos de que luego han de ser víctimas.

» Al comenzar el trabajo, empieza el *via crucis* del obrero; allí no valen protestas de ninguna especie.

» Las condiciones del trabajo son brutales bajo todo concepto: jornada de sol a sol; a las ocho se les da una comida, compuesta únicamente de *locro* (maíz, casi siempre podrido), y esta comida se repite a las doce y al anochecer. El peón está obligado a trabajar con cualquier tiempo, aunque llueva a torren-tes, y ha de obedecer inmediatamente a las órdenes de los capataces, so pena de ser víctima de sus iras. Hay que tener en cuenta que el capataz que no tiene dos o tres muertes en su haber, no es bien mirado por sus administradores, quienes lo consideran demasiado «benévolo» para la disciplina de la casa.

» Los obreros enfermos quedan entregados a la fuerza de su organismo para resistir las enfermedades, puesto que allí no se

ha conocido nunca a ningún médico, ni existen medicamentos de ninguna especie.»

De la Isla de Cuba no llegan mejores noticias.

El *Diario Español*, el *Diario de la Marina*, *La Independencia* y otros periódicos, y las noticias particulares que llegan de aquella Isla, presentan la situación del obrero como una de las más críticas que se recuerdan. La zafra del pasado año no fue buena, y la presente lleva idéntico camino.

En Cuba hay una corriente emigratoria europea en los momentos actuales muy superior a la que la Isla precisa, aumentada con un contingente de miles de haitianos, jamaicanos y 6.000 obreros que están contratados en Panamá. Todo esto ha creado en la Isla un estado congestivo de brazos, que producirá una baja considerable en los jornales y una dificultad grande para encontrar trabajo aun en los ingenios más apartados de la Isla.

El *Diario Español* dice en uno de sus artículos:

«El corte de caña es la ocupación más dura y más penosa de todas, y, sin embargo, es la peor remunerada. No puede hacerse de este bracero un intento de emigración golondrina; porque además de que el jornal es corto, con él es imposible el ahorro, ni siquiera para los viajes de los emigrantes. Con los cortadores de caña se lucran de una manera despiadada, fiera, brutal, cobrándoles exorbitantemente la bazofia que les suelen servir en las tiendas de los ingenios, para lo cual les pagan en fichas.»

El *Diario de la Marina* dice:

«Hoy el trabajo escasea; hay muchos obreros que desean trabajar, que buscan infatigablemente un lugar en que ser útiles y en que ganarse el pan con su sudor, y que no acaban de encontrarlo. El paro forzoso en Cuba es una plaga continua. Hoy los jornales no resuelven nada; son lo mismo o mayores que los de hace algunos años, pero no guardan relación ninguna con el precio de las cosas, que de día en día se encarecen.»

Montevideo refleja igual malestar.

Toda la Prensa uruguaya se preocupa en estos momentos de la cantidad tan grande de obreros últimamente llegados de Europa, de la Argentina y del Brasil, por la escasez de trabajo que en estos países hay actualmente, y que han producido un exceso tal, que andan por las calles en grupos pidiendo trabajo, sin encontrarlo, y suplicando el que se les facilite la repatriación.

De las islas Hawai las noticias son también pesimistas, hasta el punto de ser muchos los emigrantes que han ido a aquellas islas y han tenido que ser repatriados por no encontrar trabajo.

El *Seculo* de Lisboa (5-2-914) publica una descripción del estado en que se encuentra el Brasil como país de inmigración. Véase el comentario del diario portugués:

«Las tierras brasileñas, que han constituido y continúan constituyendo la ilusión suprema y más bella de una gran parte de la población portuguesa, están atravesando en la actualidad una crisis terrible, en la que el hambre, por la falta de trabajo, se yergue como una amenaza negra y permanente. Que esto se divulgue por todo el país, y principalmente por las provincias del Norte, en donde la emigración ha tomado un incremento pavoroso, lo consideramos como una obra de patriotismo y de humanidad, pues de esta manera podrá evitarse acaso que muchos ingenuos, corriendo tras un espejismo engañoso, vayan a caer en la miseria más atroz, en el hambre, y, por fin, en la desesperación que precede a la alucinación última.»

Los párrafos que transcribe de la información directamente recibida del Brasil, son como sigue:

»Los emigrantes, generalmente, comienzan por entregarse ciegamente en las manos criminales de los ganchos, los cuales, con promesas de que en el Brasil está la felicidad y la independencia, les arrancan los pocos ochavos que juntaron, Dios sabe a costa de cuántos sacrificios.

»Embarcan después en grandes vapores, en los cuales el lujo es asiático para los pasajeros de primera clase, regular para los de segunda y detestable para los de tercera. Ordinariamente, para los pasajeros de tercera, el agua se acaba y la sed les devora. Con grandes esfuerzos se adquiere una garrafa de agua o de vino, teniendo que pagar el pasajero, de 20 a 50 centavos. Para estos pasajeros, el agua es un lujo...»

Al desembarcar, se recrudecen los padecimientos del emigrante, que no encuentra hospedaje que merezca el nombre de tal por precio modesto. De cinco a seis mil reis les cuesta diariamente el pupilaje, imposible de ser satisfecho por los emigrantes durante muchos días; no pueden lavarse, porque sólo en los buenos hoteles encuentran tal comodidad y aseo. Consumido el poco dinero que llevan, buscan trabajo y no le encuentran.

«...Eça de Queiroz decía: *Sobre a nudez forte da verdade o manto diáfano da fantasia*. La fuerte desnudez de la verdad es el dueño del hotel que les dice a los emigrantes que, en vista de que se encuentran atrasados en el pago, se ve obligado a ponerles en la puerta, quedándose en prenda las míseras ropas que trajeran. El manto diáfano de la fantasía desaparece entonces.

»El pobre emigrante sufre el primer golpe y ve acercarse la figura del hambre con todo su cortejo de desgracias. Entonces siente grandes deseos de volver a su tierra; pero no puede, porque tiene que sufrir más y más. Al fin de largos meses de desesperación, de lágrimas y de dolores, si consigue tener la felicidad de emplearse como segador, recibe por largos e interminables meses, de 70 a 80 mil reis, que representan, respectivamente, 20 escudos y 16 centavos, y 23 escudos y 4 centavos, teniendo que pagar con ese dinero, lavandera, cuarto, comida, etc., etc.

Hay aquí empleado en una tienda, haciendo refrescos y vendiendo Paraty, un joven que en Lisboa fue un hábil primer cajista. Vino aquí a procurar fortuna.»



Aquí el corresponsal del Brasil hace una descripción espeluznante de la situación del desdichado emigrante del caso. A muchos emigrados se les ve durmiendo en los bancos de los jardines, por falta de cama, y desesperados se entregan a la bebida, abusando del terrible Paraty. «Enloquecidos por el alcohol, que en organismos débiles rápidamente ejerce sus terribles efectos, terminan esos infelices suicidándose para encontrar el descanso a sus terribles males.

»Las fábricas y las minas están despidiendo personal. Las quiebras se suceden unas a otras...»

Tal cuadro de desolación se extiende por todos los Estados del Brasil, no sólo en Río Janeiro. Como remedio a esta situación se propone la prohibición de la emigración al Brasil.

VICENTE GAY,

Profesor en la Universidad de Valladolid.



# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO.—FILOSOFÍA: La opinión.—LITERATURA: El misterio de Shakespeare.—HUMORISMO: Esta miseria de los zapatos.—HISTORIA: Un favorito de Luis XIV.—IMPRESIONES Y NOTAS: *La charme* y otros disparates *ejusdem furfuris*.—Higiene de las comidas.—La inestabilidad de las pagodas.—El pensamiento sin imágenes y sin palabras.—Barómetros naturales.

## FILOSOFIA

LA OPINIÓN.—Hace casi tres siglos, llamaba ya Pascal a la opinión «reina del mundo». Esa reina misteriosa es la que, trasformando las civilizaciones, ha creado la Historia. Ha hecho revoluciones, destruido imperios, restaurado reinos, roto ídolos, cambiado sentimientos, e imponiendo la moda, otorgado la gloria y aclamado el éxito. ¿De qué naturaleza es, y de dónde viene ese poder? Hasta ahora no se ha encontrado respuesta satisfactoria. El Dr. Gustavo Lebon ha examinado el problema en su obra *Las opiniones y las creencias*, y Andrés Chaumeix recoge sus conclusiones en la *Revue Hebdomadaire*.

La idea madre del libro de Lebon, es la de que saber es una cosa y creer es otra. La lógica es una gran potencia, diosa de los matemáticos, de los abstractores, de los sabios, y alma del conocimiento; pero no guía nuestra vida; porque para la conducta de la vida y para la historia de los pueblos, tiene más importancia lo que creemos que lo que sabemos. Desde que la humanidad ha descubierto el mundo del conoci-

miento, y la ciencia le ha revelado leyes inflexibles, ha creído que todas las cosas podrían explicarse por los mismos métodos; pero la vida presenta sin cesar lo desconocido. Las realidades más precisas encierran misterios, y esos misterios son, como dice Lebon, el alma ignorada de las cosas.

A fuerza de oír repetir que el hombre es un animal razonable, muchas personas han acabado por creerlo. En teoría, debería obedecer a la razón; pero de hecho se guía por otras consideraciones. No es el calendario el que determina la luna, ni el reloj el que arregla el sol. Ribot ha dicho que es una tesis insostenible la de querer explicarlo todo por la inteligencia; pues así como fisiológicamente la vida vegetativa precede a la vida animal, que se apoya en ella, así psicológicamente la vida afectiva precede a la vida intelectual, que se apoya en ella. Según Lebon, los elementos afectivos, y no los intelectuales, son los que dan al individuo su verdadera personalidad. Lo más nuestro son nuestras tendencias, nuestras sensaciones, nuestros sentimientos, nuestras pasiones. Somos, ante todo, lo que nos hace nuestra facultad de sentir.

El deseo que lleva en la Mitología el mismo nombre que el amor, Eros, es en las más viejas cosmogonías, la chispa divina que hace brotar la vida, y que, del espacio y la materia, hace nacer el erebo y la luz. El es quien, en la hora marcada por el destino, abandonaba la isla de Chipre para ser regocijo de la tierra. Padre de todo esfuerzo y creador de todo ideal, el deseo no figura, sin embargo, en los panteones antiguos. Sólo Budha comprendió que el deseo es el gran resorte de la actividad, y para librar a la humanidad de sus miserias conduciéndola al perpetuo reposo, intentó suprimir ese gran móvil de nuestros actos; su ley sometió a millones de hombres, pero no logró anular el deseo.

En el mundo, sembrado de apariencias, hay dos nociones absolutas para cada cual: el placer y el dolor; lo que se desea, lo que se quiere, lo que se cree, es lo sugerido por el ansia de dicha y el temor al sufrimiento. La sensibilidad, que es la

trama misma de la vida, es diferente en cada uno, y es la que crea equívocos y antipatías, transformando frecuentemente la existencia en una soledad en compañía. Hay comunicación de ideas; pero hay personas con ideas parecidas que viven como en un destierro, al lado de las demás. Sensibilidades diferentes colorean diferentemente a los seres, y cuando se encuentran las del mismo color, se sienten del mismo reino, y llevan algo así como esos anillos que servían a los viajeros antiguos para reconocerse tras largas ausencias.

Lebon trata con ironía de los hombres que pretenden haberse emancipado de los sentimientos, y que dependen de ellos como todo el mundo. Recuerda a este propósito la historia de los rayos «N», cuyo índice de refracción midieron ilustres físicos, y que fueron descubiertos por un reputado sabio; otros repitieron los experimentos y vieron lo mismo que él; pero al cabo de dos años, se descubrió que había error, y que los rayos «N» no existían. Entonces los mismos físicos repitieron los mismos experimentos, y ya no vieron lo que habían visto; el encanto estaba roto. En medicina, los casos semejantes son innumerables.

Ni la educación del carácter se hace por libros, ni la de una nación por ideas abstractas. La creencia es el gran resorte de los pueblos; la fe venida de Galilea ha transformado pueblos bárbaros, renovado el viejo mundo, implantado una nueva civilización; tribus nómadas, perdidas en el fondo de la Arabia, iluminadas por Mahoma, fundan en cincuenta años un imperio; una nación en plena anarquía crea la epopeya revolucionaria y napoleónica. Se comprende el mártir, para quien la hoguera representa la puerta del cielo. Pero ¿qué saca un legionario romano o un soldado de Napoleón de sus correrías por el mundo? Su ideal colectivo era, sin embargo, bastante fuerte para permitirles resistir todos los sufrimientos. Nación sin ideal, pronto desaparece de la Historia. Por otra parte, el Dr. Lebon asegura que los pueblos sobreviven poco tiempo a la caída de sus dioses.

Esa lógica mística y sentimental contribuye a formar las leyes y las costumbres, transforma lo ideal en real y hace surgir todas las ilusiones; inspira a veces torpezas; pero es una gran creadora de esperanza y de felicidad.

Es posible obrar sobre la opinión y sobre las creencias. Lebon analiza la marcha singular de la opinión, estudiando las pasiones colectivas y procediendo por descripciones, sin formular leyes. El poder de la moda es el ejemplo más sencillo: no reina solamente sobre los trajes, sino gobierna el teatro, el arte y la política; influye en la ciencia y hasta perturba a los filósofos. El romanticismo ha sido una moda; el volapuk, otra; el nietzschismo, otra. Se han necesitado cientos de años para que el arte gótico dejara de parecer bárbaro, y han bastado cincuenta para que las tragedias de Voltaire parecieran ilegibles.

Hay un arte de fabricar opinión y de dirigirla, sin que los gobiernos, por autoritarios que sean, hayan conseguido nunca triunfar de ella. El veleteo de la opinión es prodigioso. Shakespeare lo ha cristalizado en una frase inmortal: después del asesinato de César, un ciudadano exclama: «¡Viva Bruto! ¡Hagámosle César!» Las frases representan en la fabricación de opinión un papel importante; tienen un papel evocador que hace estremecer a las multitudes.

Resumiendo el libro de Lebon, pueden sacarse de él tres nociones principales, según Chaumeix. La primera es que la vida de la razón y la lógica no son sino una parte de nosotros mismos, y que la vida de la sensibilidad tiene mucha más importancia en nuestro destino. La segunda, que esa vida de la sensibilidad no tiene nada que ver con las reglas ordinarias del raciocinio; cambia mucho menos que nuestras ideas a través de los tiempos; es la herencia permanente de la humanidad, y mientras el conocimiento crece y la ciencia trastorna el mundo material, ella apenas cambia. La tercera es que la razón y la sensibilidad, por separadas que puedan estar en sus orígenes y en su esencia, son vecinas en nosotros mismos, y hay que invitarlas a colaborar.

## LITERATURA

EL MISTERIO DE SHAKESPEARE.—En los trescientos años que han pasado desde que Shakespeare ha muerto, no se ha llegado todavía a penetrar el misterio de su existencia ni el enigma de su carácter. El más meticoloso de sus biógrafos, Sidney Lee, no hace más que consignar, como dice en la *Grande Revue* Mauricio Castelain, el lamentable balance de nuestras ignorancias; y el más perspicaz de todos sus críticos, Coleridge, confiesa que «no sabemos absolutamente nada de Shakespeare». Un joven novelista inglés, Mr. Harris, ha venido a despertar con una bomba, *Shakespeare y la historia trágica de su vida*, la apatía en que estábamos sumidos.

El libro de Harris se divide en dos partes: en la primera extrae el carácter del poeta, de su labor; en la segunda desenvuelve la curva de su vida. Todo por medio del libro mismo, leído y releído con amor, desentendiéndose de críticas estériles, y sin retener de los mil y un embadurnadores que han querido hacerse un nombre en torno del gran dramaturgo, tres escritores solamente: Coleridge, Goethe, Swinburne y el testimonio inmediato de Ben Jonson.

La tesis de Harris descansa en un postulado primordial: que Shakespeare y Hamlet son la misma persona. «En esta obra maestra de psicología, dice, el dramata nos ha revelado la mayor parte de su carácter.» Esta inducción preliminar está corroborada por el hecho de que, a partir de 1600, Shakespeare, en casi todas sus piezas desliza una serie de máximas pesimistas que parecen sacadas del «cuaderno de Hamlet». Harris plantea el teorema de que si un autor vuelve con persistencia a la pintura del mismo tipo, y con mayor razón si forja otros caracteres sobre el mismo modelo, se puede estar seguro de que aquel carácter responde al suyo propio; es el caso de Shakespeare, que vuelve diez veces a ese tipo de meditativo dolo-

roso, impropio para la acción. El primer bosquejo del personaje se encuentra ya en *Romeo* (1594). «Romeo—decía Hazlitt—es Hamlet enamorado»; aquel joven soñador, charlatán, siempre dispuesto a filosofar, curioso de las imágenes de muerte, prematuramente hartado de la vida, es el príncipe danés, más joven y bajo un cielo más cálido. Lo mismo Jaques, el filósofo silvestre de *Como usted guste* (1600). Es una segunda prueba del soñador melancólico y pesimista, que se contenta con filosofar sobre la vida, puesto que las circunstancias no le obligan a obrar. Tras estos dos esbozos, viene el retrato acabado, Hamlet (1602); pobre príncipe estudiante, hace por vivir pacíficamente en una ciudad universitaria, entre la dulce Ofelia y su fiel colega Horacio; amigo de las ideas y de los libros, se encuentra de pronto con que se le impone un deber cruel, y discute, epiloga, aplaza y tergiversa, sin acertar a aprovechar la ocasión propicia, hasta el día en que el azar le pone en el trance de obrar, y muere por ello. Ni aun esta creación tan completa basta para disipar la obsesión; y al año siguiente vuelve con *Macbeth*: el jefe de tribu bárbaro se convierte en un soñador cortés y humano, siempre dispuesto a meditar sobre la vida y la muerte, a propósito y fuera de propósito, y que necesita para ejecutar los crímenes tradicionales ser espoleado por la voluntad implacable de su mujer o por el miedo, ese valor de los débiles y de los cobardes; en suma, un Hamlet más viejo, más desencantado todavía y de corazón más tierno. Por si esto no bastara, tenemos en otra obra extravagante al duque filósofo Vincencio, otro príncipe amigo de la soledad que lanza aforismos escépticos por docenas, y que abandona el gobierno por hacer experimentos filosóficos: otro Hamlet-Shakespeare, que reaparece, por último, en *Cimbelina* (1609) con el nombre de Póstumo, otro soñador impulsivo, más dispuesto a vengarse de palabra o por escrito que con hechos forzosamente crueles, réplica idealizada, pero debilitada, de Hamlet. Así como Rembrandt se complacía en hacer su retrato en todas las edades, Shakespeare se ha pintado a sí mis-

mo, seis veces por lo menos, con rasgos sensiblemente semejantes, que nos dan las líneas esenciales de su carácter.

Harris nos da la contraprueba de su tesis, mostrando la complacencia y el acierto con que Shakespeare pinta los personajes de voluntad débil y de espíritu meditativo, y la pobreza de imaginación con que trata los hombres de acción. Precisando algunos rasgos, nos muestra que había amado mucho a las mujeres, como el duque Vincencio; que era, como el duque Orsino, un goloso de sensualidad; que sabía atracarse de amor en medio de la decoración más exquisita, y adoraba las flores y la música. El carácter lo acaba de pintar Harris del modo siguiente: «Naturaleza dulce, pero impulsiva, a la vez sensual y meditabunda; semipoeta, semifilósofo, prefiriendo la Naturaleza y la meditación a la acción y a la vida de la corte; teniendo el horror físico y hasta un asco de mujer delicada, a la suciedad, a los malos olores y a las cosas vulgares; idealista, delicadamente sensible a todo lo que es cortés, caballeresco y refinado.»

Hay además en Shakespeare, según Castelain, otra cosa: un dón humorístico que, por decirlo así, le ha salvado de sí mismo. Aquel soñador aristocrático ha mirado con simpatía la vida vulgar y alegre de mil gentes grotescas, y el placer de la observación le ha impedido caer del lado que le arrastraba su naturaleza. Falstaff no lo ha sacado evidentemente de sí mismo, sino de algún modelo viviente; pero el hecho de poder interesarse por una naturaleza tan distinta de la suya, prueba en el poeta un fondo de alegría, de realismo y de bondad que completa y corrige, restableciendo el equilibrio, lo que hubiera de libresco, de demasiado delicado, casi de morboso, en el retrato anterior.

Y llegamos a la vida de Shakespeare, tal como se nos revela en sus obras. Sus primeras piezas, *Penas de amor perdidas* y la *Comedia de los errores*, están llenas de informes sobre sus gustos personales, de alusiones a su situación de joven campesino perdido en la gran ciudad, y al carácter arisco y celoso



de su mujer. En los *Dos veroneses*, Valentín, sentimental y sensual, replegado sobre sí mismo y curioso de la soledad, es ya como un primer bosquejo del duque Orsino. En *El Mercader de Venecia*, aquel Antonio soñador melancólico (otro), tan desdeñoso de la riqueza, tan fácilmente resignado a la muerte, tan sensible y tan cortés, es Shakespeare mismo, tal como es o como querría ser.

Harris estudia luego los *Sonetos*, esos sonetos shakesperianos que tantas olas de tinta han hecho correr, y toma el partido de los que ven en ellos la confesión dramática de una aventura verdadera. Aquellas 152 piezas de tan desigual valor se distribuyen en dos grupos: las dirigidas a un hombre con hipótesis amorosas, y las que revelan el amor doloroso a una mujer mala y fea. La historia que Tyler y Harris leen entre líneas en estos sonetos, puede resumirse en unas líneas: Shakespeare amaba a Mary Fitton, y la envió a su amigo, el joven lord Herver, para hacerse recomendar a la joven; Mary se enamoró de Herver, consiguió seducirle, y Shakespeare se quedó sin querida y sin amigo; la situación es rara; pero aparece tres veces en el teatro de Shakespeare: en *Mucho ruido por nada*, en *La noche de Reyes* y en una escena de los *Dos veroneses*. Por otra parte, se encuentra la impresión hecha en Shakespeare por la dama morena, en la mayor parte de sus piezas: en *Romeo*, es la inútil Rosalina, «la blanca chica de ojos negros y de corazón cruel», que esclavizó a Romeo antes de Julieta; luego, en *Penas de amor perdidas*, es otra Rosalina, descrita por el poeta con precisión fotográfica: «Una blanca coqueta de frente de terciopelo, con dos bolitas de pez, fijas en el rostro a guisa de ojos.» A su paso por la existencia del poeta, hay que atribuir la profunda tristeza, el áspero pesimismo que van obscureciéndose de *Julio César* a *Otelo* y de *El Rey Lear* a *Cleopatra*. A Mary Fitton, concluye Harris, ha debido Shakespeare la mayor parte de su obra.

La principal objeción que puede hacerse a Harris es la del método. Aplicando a otros escritores la teoría de Harris, habrá

que excluir por de pronto a la mayoría de ellos, a todos los que no sean grandes psicólogos; pues sólo éstos pueden preocuparse seriamente de desmontar la máquina invisible de nuestras impresiones y sentimientos. Tomemos, por ejemplo, a Racine: sus caracteres de hombres son muy variados. Orestes y Pirro, Nerón y Británico, Tito y Mitridates, Bayaceto e Hipólito, Mardoqueo y Joar, otros tantos tipos perfectamente diferenciados; el único que se repite de un extremo a otro de su teatro de *La Tebaida* a *Ifigenia*, es el galán joven, doliente, amado, dispuesto siempre a dormir por el amor que le consume o por obligar a su amada: ¿era ése Racine? Nadie lo dirá. Donde la genial intuición del poeta se manifiesta es en los caracteres femeninos; en su galería de mujeres, Racine presenta varias veces el mismo tipo: Hermiona, Roxana y Fedra reproducen, con diversos matices, la misma mujer orgullosa, celosa y apasionada. De esto pueden sacarse dos conclusiones: o que Racine ha querido a una mujer de ese carácter, sufriendo por ella y vengándose de su sufrimiento, o que había estrecha afinidad entre ese tipo de mujer y su propio carácter orgulloso, sensible y sensual, más femenino que viril, lo que no está distante de la verdad. El teorema inicial de Harris, satisfactorio lógicamente, tiene la defensa de que se aplica, en condiciones especialmente favorables, al caso escogido para aplicarlo.

Aun admitido el principio, los resultados se prestan a varias objeciones. La maestría impecable de Shakespeare es un dogma en Inglaterra; la mezcla brusca de los géneros que yuxtapone sin transición, las peores groserías con las emociones más punzantes, los *calambours* más torpes a los más sublimes arranques líricos, les parece a los ingleses una imagen sorprendente de la vida, y hasta un procedimiento de arte delicado. Harris no se paga de ídolos, y confiesa que Shakespeare «no era un buen obrero dramático, y concedía poca o ninguna importancia a los incidentes exteriores de sus dramas».

A pesar de todos sus defectos, de las faltas de gusto en sus

versos, de los errores en la concepción de sus piezas y de los desfallecimientos en el desarrollo de varios caracteres, Shakespeare sigue siendo el mayor poeta de la literatura inglesa, y lo mismo puede decirse del hombre: a la imagen convencional que le otorga todas las cualidades, Harris sustituye una figura verosímil, conmovedora; lo ha hecho más claro, si no más grande. Hamlet-Orsino es inatacable; Shakespeare, tal como sale de ese hermoso estudio, habría sido un hombre de salud enfermiza, de temperamento sensual, de carácter impulsivo; pero de voluntad débil, de imaginación ardiente, de espíritu meditativo, de sensibilidad tierna y refinada; le gustaba la soledad, la meditación, la música y la sociedad de las mujeres; estaba mal hecho para la vida activa, no comprendiendo bien a los hombres de acción, destinado a ser vencido por la vida.

### HUMORISMO

ESTA MISERIA DE LOS ZAPATOS.—Tal es el título de un curioso artículo de Wells, un escritor que declara haber sentido siempre especial inclinación a mirar los zapatos y a reflexionar sobre ellos. Para él, las cuestiones más vastas podrían resolverse en términos de calzado, y quizá por eso los zapateros son tan frecuentemente filósofos. Wells atribuye a un azar esa convicción: gran parte de su infancia la pasó en una cocina, en sótano, cuya ventana daba a un pasillo delante de la ventana de la tienda de su padre; de modo que, cuando miraba por la ventana, en lugar de ver la cabeza y el cuerpo de las personas, sólo veía la base. Delante de la tienda se detenían botinas y zapatos, finas y coquetonas botitas de mujeres, buenas o malas, unas nuevas y otras gastadas, compuestas o por componer; calzados de hombres, groseros y finos; chanclos, zapatos de tennis, borceguíes. Los zapatos conferenciaban a la ventana, y el desarrollo emocional de aquellos dúos se expresaba por la agitación continua o por pataditas. Eso puede explicar que Wells se preocupe del calzado.

Wells tenía un amigo para quien «era inútil pensar en los zapatos». Era un novelista realista, abandonado por toda esperanza y tratando de vivir los pocos años que le quedaban de vida en una especie de confort libresco, rodeado de cosas que le parecían pacíficas y bellas. Los dos amigos estuvieron de acuerdo en cuanto a que, para la gran mayoría de las gentes, los zapatos son constantemente fuentes de pena, causa de sufrimientos, de malestar, disgustos e inquietudes. Luego hicieron una clasificación de estos males, dividiéndolos por su origen en dos grupos: los producidos por los zapatos nuevos y los resultantes de los zapatos usados.

Los zapatos nuevos están hechos de malos materiales, impermeables al aire, y «pesan en los pies», como suele decirse. En segundo lugar, no se ajustan bien al pie; hay muchas gentes que compran zapatos hechos porque no pueden comprar otros; y, con la dócil filosofía de la pobreza, los llevan «para hacerse a ellos»; y tenéis el pulgar oprimido, el meñique oprimido, el empeine hinchado, y, como consecuencia, los callos con todas sus miserias y la deformación de los pies. En tercer lugar, los zapatos nuevos chillan y hacen un insolente comentario al paso de las gentes.

Por lo que hace a los zapatos usados, producen tres clases de males. El primero es el de las irritaciones, debidas al rozamiento: la peor es, sin duda, la del talón; luego, la producida por el pliegue del forro interior del zapato, y la resultante de los zapatos hechos cuando forman un pliegue a través de la parte vacía, por ser demasiado largos o anchos. El segundo es el de las miserias que provienen del desgaste de la suela, la torsión de la clavija por falta de tacón; las jóvenes deberían siempre ser lindas, y el ver estropeada la gracia de su paso, y adivinar una especie de desviación de su columna vertebral, desola a Wells y le pone furioso contra una sociedad que las trata así; luego hay los clavos que se salen, y, por último, la suela desprendida, que es por donde acaban siempre los zapatos de Wells, gastándolos al principio por delante hasta que la

suela se vuelve de adelante a atrás; cuando se anda, se pone a arrastrar el suelo, se dan pasos fantásticos para evitarlo, y está uno horriblemente avergonzado, hasta que, por último, tiene uno que sentarse francamente a orillas de la acera y cortar lo que sale. El tercero es el de las rajadas y vías de agua; son, sobre todo, sufrimientos morales; la humillación de verse con aquella horrorosa abertura, enseñando los dedos, por ejemplo; pero hay también que pensar en los constipados, los reumas y otras consecuencias no menos desagradables. —¡Os digo que no hay que pensar en esas cosas!—gemía el amigo de Wells, desesperado.

Y Wells seguía hablando de ellas, pero no por disgustarle, sino porque tiene la convicción de que todos esos males son evitables; pues no todo el mundo sufre por sus zapatos. Uno de sus amigos, que había conocido todas las miserias de sus zapatos, tuvo la fortuna, gracias a su habilidad, de verse elevado desde la clase que se viste y calza por lo que le queda de 25 francos por semana, a la que gasta 1.800 a 2.000 francos al año para calzarse y vestirse. Ora compre zapatos y botinas en muy buenos almacenes, ora se los mande hacer, los coloca en un buen armario y los cuida mucho; de modo que ni le frotan, ni le oprimen, ni chillan, ni le hieren, ni le incomodan, ni le molestan jamás. Sólo sufre pensando en que todos no pueden hacer lo que él.

Habrà quien diga que es imposible que todo el mundo tenga lo mejor que hay; pues de todas las cosas buenas, incluso el buen cuero y los buenos zapatos, no hay bastante en el mundo para todo el mundo. Wells reconoce que está en la naturaleza de las cosas que unos zapatos sean peores que otros, y que es natural que haya personas a quienes les toquen los mejores zapatos. No predica una igualdad infantil que es imposible; pero sostiene que hay bastante buen cuero en el mundo para hacer buen calzado, y zapatos bastantes para todo el que los necesite. Planteando la cuestión de otro modo, presenta, de un lado, las gentes mal calzadas, con zapatos viejos, podridos o

agujereados, y por otro lado, las vastas extensiones de terreno que hay en el mundo que podían estar llenas de ganado y de cuero, y las muchas gentes que, por ricas o por pobres, no tienen nada que hacer. Y pregunta: ¿Por qué no poner allí esas gentes, a la labor de hacer y distribuir zapatos?

Imagínese que tratamos de organizar esa especie de empresa de zapatos gratuitos. ¿Cómo lo haremos? Buscamos, ante todo, cuero, y nos vamos por él a la América del Sur; nos encontramos con uno de los rebaños de las Pampas, y empezamos a matar y a desollar el ganado; y viene el amo y nos interrumpe. Le explicamos que necesitamos cuero para las personas que no tienen buenos zapatos en Inglaterra. Dice, que eso a él no le importa, y que si lo queremos, tenemos que comprarlo. Le preguntamos que cómo se las ha arreglado para poseer aquellas tierras y aquellos rebaños, y como los ganaderos suelen ser de raza violenta, es muy probable que nos suelte un estacazo. Hay, pues, que comprarle el cuero. Lo pagamos, y tenemos que traerlo por tierra y por agua; pero nos encontramos con gentes que no tienen gana ninguna de ayudarnos si no se les retribuye, pues el ferrocarril y los vapores son propiedades privadas. Pagamos, y ya tenemos el cuero en Inglaterra; lo llevamos a un centro de población, instalamos talleres y máquinas en un terreno desocupado e invitamos a los obreros a que vayan a hacer zapatos. ¿No es eso? Pues salta un propietario y reclama una suma enorme por el arriendo, y nos enteramos de que los obreros no tienen casa, como no paguen un alquiler, ni nadie les quiere vestir ni dar de comer si no le pagan vestidos y alimentos. Total, que todo se vuelve dificultades por culpa de esa institución de la propiedad privada. Por eso, cuando Wells ve por la calle zapatos raídos y agujereados, y propietarios de terrenos, propietarios de ganados, propietarios de casas y propietarios de todas clases, se pregunta si no hay otro modo de arreglar las cosas, y ve que hay muchas gentes que entienden que el mundo estaría mucho mejor suprimiendo la propiedad privada para todas las cosas univer-

salmente necesarias, y proponen que el Estado se incaute del suelo, de los ferrocarriles, de los barcos y de muchas otras grandes empresas. Esos son los socialistas.

Pero ¿es posible el socialismo? La idea de que cada cosa sea una propiedad privada es de las edades sombrías de la humanidad, y no sólo es una monstruosa injusticia, según Wells, sino un inconveniente todavía más monstruoso. Es decir, que no ve ninguna imposibilidad en el socialismo: se despoja a los poseedores de su propiedad, como antiguamente se hizo, emancipando a los esclavos de sus amos. Y en último resultado, si se les quiere dar alguna compensación, se les deja su propiedad; pero obligándoles a pagar un impuesto de la mitad o de los dos tercios de su renta; y si para ello hay que hacer una revolución, no hay que asustarse por eso. El socialismo quiere hacer un mundo nuevo del antiguo. Todo tendrá que cambiar; y si eso mete miedo, más vale que sea ahora que después. El que no piense así, es como ese amigo de Wells que no quiere reflexionar sobre los zapatos.

Este modo de resolver las grandes cuestiones sociales, meditando sobre los zapatos, me recuerda la manera de explicar Psicología que tenía un catedrático del Instituto de Toledo. Un día que se trasladaba de casa, me rogó me hiciera cargo de su clase por una semana, pues el auxiliar le inspiraba poca confianza; me presté a ello, y le pregunté cuál era el método que tenía para sus lecciones, a fin de acomodarme a él en lo posible. Y el hombre—D. Antonio Aquino se llamaba, y era un verdadero sabio, aunque *blagueur*, y un tanto desequilibrado—me contestó: «¿Método? Yo empiezo siempre con las sopas de ajo; hablo a mis alumnos de cómo se hacen, y de ahí saco después la materia de la lección.» ¡Hay muchos humoristas en este mundo!

## HISTORIA

UN FAVORITO EN LA CORTE DE LUIS XIV.—La historia de Lauzun—dice Nemi en la *Nuova Antologia*—empieza en los

E. M.—Marzo 1914.

13

tiempos de Luis XIII, llega a su apogeo bajo Luis XIV y termina en la época de Luis XV, siendo del principio al fin extraordinaria, pues Lauzun es uno de los más interesantes testimonios del gran siglo. La Bruyère ha hecho su retrato con el nombre de Stratón. «Stratón ha nacido bajo dos estrellas: desgraciado, venturoso en el mismo grado. Su vida es una novela; no, le falta la verosimilitud. No ha tenido aventuras; ha tenido hermosos sueños, los ha tenido malos. ¿Qué digo? No se sueña como él ha vivido.»

Mucho se ha escrito sobre Lauzun; pero uno de sus descendientes, el duque de La Force, ha utilizado muchísimos documentos inéditos, existentes en archivos públicos y privados, haciendo la biografía más completa y más fidedigna del famoso cortesano.

Antonio Nompar, hijo de Gabriel de Caumont, conde de Lauzun, nació en 1633. A los catorce años fue enviado a París para educarse como un gentilhombre, y aprender el servicio de las armas al lado de su pariente el mariscal Grammond. En 1658, lo vemos ya coronel de los dragones extranjeros del rey, en la batalla de las Dunas, y en el sitio de Dunkerque, siendo alabado por Turena al final de la campaña. Al año siguiente, es escogido para acompañar a Mazarino en la paz de los Pirineos; capitán de la primera compañía de gentileshombres al servicio del rey, asistió al lado de Luis XIV, a las bodas de éste con la infanta María Teresa el 9 de Junio de 1660, y allí le distinguió ya mucho la *Grande Mademoiselle*, la señorita de Montpensier, prima del rey, que luego se enamoró de él; pero entonces él no pensaba en ella, sino en la princesa de Mónaco, junto a la cual había pasado su juventud. En Agosto de 1661 asistió a la caída del superintendente Fouquet, que debía precederle en la fortaleza de Pignerol.

En 1664 aparece Lauzun en Italia, como mariscal de campo, a las órdenes del marqués de Bellefonds; pasó a Parma, luego a Módena, y allí conoció adolescente a María Beatriz de Este, que luego fue segunda mujer de Jacobo II y reina de



Inglaterra, a quien más tarde prestó señalado servicio. Vuelto a la corte de Versalles, oye habladurías sobre la princesa de Mónaco que parecía agradarse al rey, y debiese suceder a La Vallière, y su intervención en el asunto le vale la Bastilla, de la que se ve librado seis meses después. Lauzun no logró desde entonces refrenar su lengua, ni su ingenio extravagante y arriesgado. En un coloquio de Luis XIV llegó a tales audacias de palabra, que el rey abrió la ventana y tiró fuera su bastón «por miedo de tener que echarse en cara el haber golpeado a un gentilhombre». Le enviaron otra vez a la Bastilla; pero en seguida le sacaron y le hicieron capitán de la guardia.

El rey había sustituido a La Vallière por la Montespan. Lauzun la conocía ya, demasiado de cerca, según las crónicas secretas del tiempo, ni hubiera podido perjudicarla con su real amante; de ahí entre la favorita y Lauzun, una sucesión de guerras y paces que explican muchos sucesos.

Lauzun alcanza entonces la reputación de un Don Juan. Tiene treinta y seis años y es amado. Se le ha conocido a la señora de Mónaco; se le han prestado la señorita de La Vallière y la señora de Montespan; dos jóvenes, ardiendo en deseos de casarse con él, lo han echado a la suerte, y han estimado que sólo el claustro podía consolar a la que perdiera; esas jóvenes, María Juana Bautista y María Francisca Isabel de Némur, pasan a ser seis años después, gracias a los desdenes de Lauzun, una, duquesa de Saboya, y otra, reina de Portugal.

Una especie de leyenda amorosa circunda a Lauzun, que sigue siendo el favorito del rey que le ama y le teme. No es, por lo mismo, extraño, que Luisa de Orleans, duquesa de Montpensier, la Grande Mademoiselle, le admire y sienta palpitaciones cuantas veces le ve; y en aquella vida de sociedad restringida, especie de vida de colegio que se llevaba en Versalles, las ocasiones de verse y encontrarse eran frecuentes. Lauzun se percató de la debilidad de la princesa; pero no amándola no sabe si aprovecharse o no ni cómo; la progresión de aquel amor, de cuarenta y dos años, excitado por Lauzun con finura y habilidad

extraordinaria, resulta conmovedora tal como el duque de La Force la describe; pero, ¿qué piensa el rey? El rey los deja libres y muchos cortesanos que estaban dispuestos a favorecerla. Si Mademoiselle, y, sobre todo, el ambicioso Lauzun, que deseaba celebrar su boda con grandes preparativos y pompas, hubieran modesta y rápidamente puesto al rey y a la corte ante el hecho consumado, todo, probablemente, hubiera tenido buen éxito. Pero dejaron tiempo para que la reina, y los enemigos de Lauzun, entre ellos, y el acérrimo ministro Dubois influyeran en Luis XIV, que se arrepintió de su asentimiento y retiró su palabra. En compensación, el rey pensaba colmar a Lauzun de muchos favores, y en cambio, mientras la pobre Mademoiselle, que de veras le amaba, se encerraba en su dolor; pero el 27 de Noviembre de 1671 Lauzun es arrestado.

¿Qué había sucedido? ¿Se había conjurado contra la Montespan para vengarse de haber sido contraria a su matrimonio? ¿Se había comprometido por excesiva familiaridad con Mademoiselle? ¿Se temía que contrajera matrimonio secreto y diese un heredero a la princesa? No se sabe. Lo cierto es que Lauzun fue preso y encerrado en la fortaleza de Pignerol, sobre la prisión en que gemía Fouquet y donde murió. A los cuatro años de estar encerrado Lauzun, hizo una audacísima tentativa de evasión: una noche, después de escribir dos cartas, que dejó en la mesa, descendió al piso inferior, donde había fijado ya una barra en los hierros de la ventana. De allí pasó al foso con una cuerda formada por las sábanas; entró en una galería que había perforado durante meses, y atravesando la pared, se encontró con una criada, que fue corriendo a contarle todo.

Entretanto, Mademoiselle no vivía sino por él; por medio de un confidente consiguió estar en correspondencia con Lauzun; sólo ella en la corte no le había olvidado; supo aprovechar todas las circunstancias, hasta seduciendo a la Montespan con donativos de tierras a su hijo; y en 1679, a los ocho años, se permitió a Lauzun hablar libremente con el pobre Fouquet, con quien hacía ya dos años se comunicaba de noche bajando

por una chimenea; los dos prisioneros pudieron sentarse juntos a la mesa del gobernador, y el 22 de Abril de 1681 Lauzun fue puesto en libertad.

Aquí acaba la novela. Tanto amor crecido en la ausencia, se disipa frente a la realidad. Se verifica el matrimonio, pero sólo para aumentar el desengaño de la pobre amante. Lauzun se muestra ávido de enriquecerse con los bienes de la princesa, sin dejar por eso sus aventuras donjuanescas. La princesa, por otra parte, estaba demasiado acostumbrada a la independencia para adaptarse a su nuevo papel, y se produce el rompimiento. La fortuna, sin embargo, sigue sonriendo a Lauzun. Amigo del rey de Inglaterra, pide acudir en auxilio de Jacobo II, amenazado de perder la corona; y después de haber conducido a Francia a la reina, aquella Beatriz de Este que había conocido en Módena, no logra detener la marcha de Guillermo de Orange; pero salva al rey y vuelve a Francia, no sin honor, por lo que Luis XIV le hace duque.

Muerta Mademoiselle en 1685, Lauzun se casó todavía, a los sesenta y dos años, con la señorita de Quentin, con la que pasó todavía treinta años, pues murió en 1723, nonagenario. Sin ser una figura de primer orden en la historia de Francia, Lauzun está mezclado en ella de tal modo, que su biografía es un cuadro interesante de la corte francesa durante todo un siglo.

## IMPRESIONES Y NOTAS

LA «CHARME» Y OTROS DISPARATES EJUSDEM FURFURIS.—¿Hay en el mundo tipo más cursi que un revistero de salones? Seguramente, no. Lo da la clase. Un escritor que se estima bien equilibrado, de regular cultura y con todos sus sentidos cabales, no acepta el papel de turiferario, ni pone en prensa su cacumen para sacar el zumo de un adjetivo por el que resulte hiperbolizada una cualidad o atenuada otra, so capa de cortesía o de exigencias sociales. Nada de extraño tiene, por consi

guiente, que en una revista de salones sólo encontremos azúcares y brillantes, aunque éstos sean de boro y aquéllos estropeen el estómago, como la sacarina. Enhorabuena, pues, ya que el oficio lo requiere, que el pobre cronista de salones eche mano de todos los inciensos, mirras, pebetes, opoponax y pachulís de su más o menos rico repertorio para aderezar sus crónicas turiferarias; pero, ¡por Dios!, que no se empeñe en hacernos tragar terminachos extranjeros, cuyo valor ignora y cuya ortografía desconoce.

Decimos esto, a propósito de la palabra *charme* con que hemos tropezado en las crónicas de tres revisteros de los de más campanillas y de los mejor cotizados en los salones de la corte. Es seguro que la mayor parte de las señoras y señoritas que lean esas crónicas, por figurar en ellas sus nombres, se burlarán de la ignorancia de los asendereados cronistas que tan mal andan de francés. Los tres hablan de la «*charme*» con que recibía la señora de la casa. Pero, ¿qué creen esos señores que es *charme*? ¿Qué cosa tan extraña o tan difícil de traducir es *charme* para ensartarlo entre las perlas de su aderezo cróniquil? ¿O es que les parece elegante y *chic* la palabreja y quieren *épater* con ella a sus lectores? Esto todavía podía pasar, pues sabido es que en esas crónicas los ajuares son siempre *trousseaux*, y entre ellos no se usa, por vulgar, la palabra *canastilla*, sino *corbeille*; pero ya que se complazcan en despreciar la lengua patria, sepan, al menos, usar la extranjera como Dios manda. *Charme*, señores cronistas, no es femenino, y si sueltan ustedes a una de sus clientes un «tiene usted una *charme* encantadora», va a reirse de ustedes.

Lo mismo que de *charme*, decimos de otras muchas palabras que a cada paso aparecen en esos artículos, faltas de sintaxis o de ortografía. Una de las manías más frecuentes en todos esos gomosos pseudocultos, es la de duplicar las *ss* dondequiera que se creen en el deber de emplear palabras que sólo tienen una. Así, hablan de *disseuses*, cuando no *disseuses*, *soi dissant*, *lisseuse*, *maisson* y otras de la misma calaña.

HIGIENE DE LAS COMIDAS.—El Dr. Abrand, en su curso de Higiene de *Le Foyer*, dice que así como hay un mínimo de alimentación, así debe haber un minimum de tiempo destinado a las comidas. Si se distiende uno bruscamente el estómago echando en él revueltos toda clase de alimentos en cinco minutos, nada hay más desastroso, y es lo peor que puede hacerse; hay que dar tiempo suficiente a las comidas, media hora por lo menos.

Las comidas no deben hacerse de pie; los americanos tienen esa mala costumbre, especialmente para sus *lunchs*; los ingleses, no lo hacen tan frecuentemente, y los franceses y nosotros, menos todavía. Pero hay personas que consideran el comer como una especie de carga, de la que quieren librarse lo más rápidamente posible. Si es una carga, es preciso todavía, por deber, llevarla razonablemente; como el fogonero de la locomotora que se olvidara de echar carbón a su máquina, así nosotros nos encontraríamos agotados pronto, si no nos alimentáramos completamente, sobre todo a medida que la vida se hace más activa. Hay que conceder a la alimentación el tiempo que necesita para cumplir sus fines.

La bebida es otro punto importante. Es indiscutible que hay que beber; pero es preciso beber poco en las comidas. Ningún animal bebe durante sus comidas, sino sólo después. Sin llevar demasiado lejos la asimilación, no puede negarse cierta analogía en el modo como digieren los animales y nosotros; si los animales no necesitan beber comiendo, es probable que nosotros tampoco lo necesitemos, pero hemos tomado la costumbre de hacerlo. Ahora bien; al beber se deslíen los jugos digestivos, y no es dudoso que una comida muy rociada es más difícil de digerir que otra tomada con poco líquido. Después de comer, bébase la cantidad de líquido que se necesite. Ni siquiera es malo beber entre las comidas, especialmente en dos momentos del día particularmente indicados: al despertar, que tiene la ventaja de poner el intestino en movimiento y de favorecer las funciones intestinales, y al acostarse; a esas dos

horas se puede beber un vaso de agua pura o adicionada con un jarabe, limón, etc.; es hasta una buena costumbre que debe recomendarse.

En la ciudad se necesita comer más carne que en el campo, y en el invierno deben consumirse más grasas que en el verano. En cuanto al azúcar, que es en pequeño volumen un alimento perfecto, debe aplaudirse la medida de ciertos jefes que han prescrito cuatro trozos de azúcar en la ración del soldado; el azúcar, además de ser muy digestivo, tiene la propiedad curiosa de calmar el apetito y la sed.

\*  
\* \*

LA INSTABILIDAD DE LAS PAGODAS.—Sabido es que los temblores de tierra son frequentísimos en el Japón. En Tokio se habla de ellos como de la lluvia; y ¡cosa asombrosa! esos fenómenos sísmicos, según afirma el Dr. Caze, jamás comprometen la estabilidad de las pagodas, construídas hace cientos de años. Se han investigado los motivos de esa protección excepcional, que los creyentes del budhismo explican, naturalmente, por influencias sobrenaturales, y Miss Lawson, que ha visitado recientemente el archipiélago nipón, estudiando atentamente tan curioso problema, nos ha dado su solución.

Miss Lawson ha observado que las pagodas están edificadas siguiendo un plan uniforme, propio para ponerlas al abrigo de los cataclismos geológicos. Sus picos superpuestos, todos de carpintería de taller, macizos, están dispuestos de modo que contengan en su interior un péndulo suspendido libremente de la cima de la pagoda, y que baja hasta el suelo sin tocarlo. Este péndulo va y viene cuando la tierra tiembla; pero la construcción se sostiene gracias a ese balancín en equilibrio perfecto, y jamás se arruina. Muchas casas japonesas empiezan a edificarse apelando a ese principio.

\*  
\* \*

EL PENSAMIENTO SIN IMÁGENES Y SIN PALABRAS.—Es un problema reciente y muy poco tratado, como dice Ribot en la *Revue Philosophique*. El término *pensamiento* es de la lengua corriente, y, como tal, vago. Se le puede caracterizar por su mecanismo y sus resultados; aquél se reduce a dos operaciones fundamentales: el análisis, fuente de la abstracción, y la síntesis de las relaciones.

Stut es quien ha sostenido más atrevidamente la hipótesis del pensamiento puro. Los experimentos de Binet y Ach son poco concluyentes: donde ellos ven un caso de pensamiento sin imágenes, Ribot ve simplemente ausencia de pensamiento. Lo único que puede ilustrarnos sobre este punto es la *visión intelectual* de los místicos. Escuchemos a Santa Teresa: «A la visión imaginaria—dice—sucede ordinariamente la visión intelectual. Cuando agrada a Dios dar la inteligencia de la aparición sensible, pronto se hace el alma más cautiva que por la misma aparición, y pasa así a la contemplación puramente intelectual.» En otro lugar dice: «He usado diversas comparaciones para hacerme entender, pero me parece que hay pocas que tengan relación con esa especie de visión.» El mismo caso se presenta en Santa Angela de Foligno; siempre hay el esfuerzo de identificarse con lo Absoluto y de pensarse *sub specie æternitatis*.

Esta indagación del pensamiento puro se halla muy caracterizada en la escuela alejandrina, sobre todo en Plotino; más cercano a nosotros, Espinosa ha dicho: «Comprender una cosa, es concebirla por la sola fuerza del espíritu puro, sin palabras y sin imágenes.» Pero las confesiones de los místicos son más instructivas que los escritos de los psicólogos. Nótese, de paso, la distinción entre las voces imaginarias y la *voz intelectual*. El carácter de esta voz es hacerse oír sin el intermedio de los sentidos interiores o exteriores; el entendimiento es inmediato y directo. «El corazón de Dios le hablaba, y no tenía necesidad de palabras», dice la señora Guyón; «la voz de Dios resuena en el silencio del alma, no a través de los oí-

dos del cuerpo, ni por la imaginación, sino por la virtud completamente espiritual del entendimiento», dice el cardenal Bona. El mismo fenómeno se observa en el Swedenborg, que lo llama *lenguaje cogitativo*, el cual «cae en el entendimiento interior».

En suma: la existencia de un pensamiento sin palabras es más difícil de establecer que la de un pensamiento sin imágenes sensoriales. Comparando las declaraciones de los místicos, todas tienen un fondo común. El empleo que hacen de las metáforas y de las comparaciones, no es una prueba suficiente en favor de la ausencia de todo lenguaje. En el caso de Santa Teresa, sin embargo, toda forma de lenguaje parece desaparecer, y se llega al *límite* del aniquilamiento intelectual, y en ese grado, ver y oír se confunden. Sin embargo, ese esfuerzo de los místicos para entrar en el pensamiento puro, no puede admitirse, sino difícilmente, no siendo un conocimiento su contemplación. Pensamiento sin conocimiento, es un estado sin nombre. Luego la hipótesis de un pensamiento puro sin imágenes y sin palabras es muy poco probable, y en todo caso no está probado.

\*  
\* \*

BARÓMETROS NATURALES. — ¿Hará bueno mañana? Para contestar disponemos del barómetro y de la atmósfera, pero también podemos preguntar a los animales y a las plantas: si ha de hacer buen tiempo, las golondrinas y los martinetes vuelan altos, los pinzones lanzan su alegre y brillante canción, y en el corral, pollos, patos y palomas están tranquilos. Las abejas y las avispas madrugan y zumban muy atareadas, y en gran número; las moscas andan volando después de la puesta del sol hasta muy tarde.

Si ha de hacer mal tiempo y amenaza lluvia, la golondrina vuela a ras de la tierra, persiguiendo los insectos de que se alimenta, que han bajado al suelo, y el pinzón anuncia la lluvia con grito ronco. Las abejas renuncian a salir de la colmena, y



---

si prevén tormenta, quieren picar hasta al paseante inofensivo. Las arañas dejan de tejer y los gusanos se estiran.

En cuanto a las plantas, si los tréboles bajan, hará buen tiempo; si levantan sus tallos, lloverá. La arañuela del campo erguida, señala tiempo fresco, y caída, calor. Si las hojas del oscalis se levantan, tormenta; si las hojas del cucú se cierran mientras las de la lechuga se ábren, señal de lluvia próxima; por lo menos, así lo afirma en *La Nature* Daniel Claude.

FERNANDO ARAUJO

# ÍNDICE

---

	<u>Págs.</u>
<i>Guía del buen decir</i> , por Juan B. Selva.....	5
<i>Una nueva modalidad literaria</i> , por Luciano de Taxonera.....	29
<i>Los encantos de la novia</i> , por Juan Pérez de Guzmán.....	42
<i>La «idea» de España</i> , por Juan Guixé.....	53
<i>Las Reinas de la España antigua</i> , por Martín Hume. ....	64
<i>Una Exposición de antiguos maestros españoles en Londres</i> , por A. de Beruete y Moret.....	118
<i>Felipe II amigo del arte</i> , por Carlos Justi.....	133
<i>La América Moderna</i> , por Vicente Gay. ....	161
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	180